



C. SUAREZ

—
RAFAEL



3
90625

3
90625



3
90625

RAFAEL

o

LA ALEGRÍA DE SER ESPAÑOL

OBRAS DE CONSTANTINO SUÁREZ

(ESPAÑOLITO)

3
90625

NOVELAS

- ¡Emigrantes! Novelas cortas. — Habana, 1915.
Oros son triunfo. — Barcelona, 1917.
Doña Caprichos. — Barcelona, 1920.
Isabelina. — Madrid, 1924.
Sin testigos y a oscuras. — Madrid, 1925.
El hijo de trapo. — Madrid, 1926.
Rafael o La alegría de ser español. El libro del muchacho. — Madrid, 1926.
Una sombra de mujer. — Madrid, 1927.

ENSAYOS, CRÍTICA, VIAJES

- La des-unión hispanoamericana. — Barcelona, 1919.
Ideas. — Barcelona, 1921.
Galicia, la calumniada. — Madrid, 1923.
La verdad desnuda. Ensayo sobre el falso hispanoamericanismo y sus mantenedores. — Madrid, 1924.

LEXICOGRAFÍA

- Vocabulario cubano (6.828 voces, 321 frases y 51 refranes). — Barcelona, 1921.

ESTUDIOS DE DIVULGACIÓN LITERARIA

- Galería de poetas cubanos. Poesías de más de cien poetas con sus semblanzas, en seis tomos :

- I. — *Floresta patriótica*. — Barcelona, 1927.
- II. — *Del vergel lírico*. (En prensa.)
- III. — *Poesías amorosas*. (Ídem.)
- IV. — *Los mejores sonetos*. (Ídem.)
- V. — *Musas ligeras*. (Ídem.)
- VI. — *La lira festiva*. (Ídem.)

- Cuentistas asturianos. Colección de cuentos escogidos y semblanzas de sus autores. — Madrid, 1929.

R. 689.877

CONSTANTINO SUÁREZ

(ESPAÑOLITO)

3
90625

* RAFAEL *

o

LA ALEGRÍA DE SER ESPAÑOL

EL LIBRO DEL MUCHACHO

Ilustraciones de Máximo Ramos.

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID : 1929

Librería y Casa Editorial Hernando (S. A.)

Fundada el año 1828.

Arenal, II.



ES PROPIEDAD DEL AUTOR

MADRID. — Imp. de Lib. y Casa Editorial Hernando (S. A.), Quintana, 31.

A mi hija Lolina...

Al estampar tu nombre al frente de estas páginas me ha estremecido una rara emoción. Ellas contienen mi más vivido anhelo de ciudadano y tú encarnas mi más entrañable ilusión de hombre. Ambos sentimientos han germinado entre dolores y desengaños, recogidos con amargura al contacto de la vida... Cuando abras los ojos de la conciencia, mi pequeñuela, al espectáculo del mundo, nutre tu alma en la lectura de este libro, y me sentirás todo entero dentro de tu corazón. Cuando seas madre, ponlo en las manos de tus hijos, y yo entraré triunfalmente en sus corazones... Hazlo así, hija mía, que esto colmará la única gran ambición de mi vida, y bien lo merece el inmensurable cariño de

Tu Padre.

A los seis meses de nacida, en noviembre de 1925.

PRIMERA PARTE



I

LA RECOMPENSA

En una rica y pintoresca villa bañada por el mar Cantábrico nació Rafael Pérez, hijo único del modesto y honrado comerciante D. Damián, hombre éste ilustrado, muy querido de sus compoblanos todos y casado con una señora de ponderadas virtudes, que respondía por doña Ramona.

Rafael vino al mundo con cuerpo sano e inteligencia clara, lo que llenaba de alegría el modesto y feliz hogar de sus padres. Éstos se consagraban con mucho fervor a la educación del niño, quien a los pocos años reveló también un corazón blando y capaz de todas las bondades.

Don Damián cuidaba con esmero de que su hijo se instruyera, y a los conocimientos adquiridos por Rafael en la escuela contribuía él con los que todos los padres están obligados a enseñar para que sus hijos sean bondadosos y lleguen a ser hombres buenos y estimables, ¡Qué celo ponía D. Damián para dotar el corazón de su hijo de buenos sentimientos!

Un día que paseaban juntos vió D. Damián muy cerca a un niño mendigo, de aproximada edad a la de su hijo.

— Mira, Rafael — le indicó el padre —. ¿No te da lástima de ese niño? ¡Pobrecillo!..., ¿verdad? Está vestido de sucios harapos, casi desnudo, descalzo y descubier-to... Tú, en cambio, traes un traje muy elegante, buenas botas y sombrero nuevo. Pero lo peor es que ese infeliz niño acaso tiene hambre y tal vez carece de padres que cuiden de él. Tú, por el contrario, comes bien y me tienes a mí, que aun te doy con frecuencia diez céntimos para golosinas.

Y al decir esto, D. Damián puso en las manos de Rafael una moneda de ese valor.

Tomó Rafael la moneda, y tras un instante de perplejidad, miró al niño harapiento, que se alejaba, corrió hacia él, y en sus manos sucias puso los diez céntimos.

— Toma — le dijo —, para que compres un panecillo. Y volvió contentísimo al lado de su padre.

No solía D. Damián premiar los buenos comportamientos de su hijo inmediatamente, porque temía que se acostumbrara a practicar el bien con la esperanza de la recompensa. Deseaba que su hijo supiera que una buena acción no tiene mejor premio que la alegría de haberla realizado. Don Damián, que era inteligente y bondadoso, tenía como insuperable ese placer que se siente después de haber efectuado una buena obra, y cuidaba mucho de que Rafael aprendiera desde niño a gozar ese deleite. Por eso procuraba que el estreno de un traje o de unas botas o la compra de un juguete no sucedieran inmediatamente después de un comportamiento bueno de su hijo.

Pero esta vez, ante la nobleza y generosidad con que Rafael corrió a poner los diez céntimos en las manos del niño pobre, se enterneció de tal manera D. Damián, que abrazó y besó repetidas veces a su hijo, con los ojos humedecidos.

Después le habló sobre la caridad, y le dijo :

— Debes estar muy satisfecho, hijo mío, de haber entregado a ese pobre niño la moneda que yo te di para golosinas. A él le hará falta para pan, y tú puedes pasar muy bien sin los dulces. Como todos los hombres somos iguales ante Dios, los pobres tienen derecho a que los socorran los ricos, y los débiles a que los protejan los fuertes. Y esto aunque no lo agradecieran ni pobres ni débiles, puesto que les damos algo de lo que Dios entregó a todos para que todos lo disfrutemos en común.



— Toma — le dijo —, para que compres un panecillo.

En esto se detuvieron ante un escaparate donde se

exhibían muy variados juguetes. Don Damián, contra la costumbre indicada, invitó a Rafael a que escogiera un juguete, llevado por la emoción que aún sentía.

— Papá — dijo Rafael —. ¿Me permites la elección de uno que no está en el escaparate?

— Si no es muy caro, indícame el que quieres.

— Creo que no sea muy caro. Yo deseo un rompeca-
cabezas, de esos de cubos de cartón.

Entraron en el bazar y salieron con el juguete elegido, que fué el más estimado de los juguetes de Rafael, por el deleite que recibía en acertar a componer escenas y paisajes con los cubos pintados.

— No te olvides nunca, Rafael — le dijo luego su padre —, que hay muchísimos niños sin juguetes, porque sus papás no pueden comprarlos.

II

UNA PEQUEÑA TRAGEDIA

Rafael recibía con gusto y provecho las enseñanzas de la escuela, del hogar y de la calle, a las que daba un lucimiento que le conquistaban las simpatías de todas las personas.

En la escuela era el muchacho más aprovechado; en la calle, el más formal, y en el hogar, un hijo modelo. Sus padres le amaban con delirio; sus condiscípulos y amigos le querían y admiraban, y los vecinos lo ponían

siempre como ejemplo de chicos buenos, educados e instruidos.

Era, además, de carácter suave y de costumbres sencillas. La humildad o el lujo de los trajes no influían en él para elegir amigos. Los aceptaba por la bondad de sus corazones.

Nunca faltan muchachos perversos que gozan en hacer travesuras con daño de las personas o de las cosas, como llamar ociosamente en las casas, romper cristales, apalear a perros y gatos, provocar a los ancianos, pegar a los más chicos y otras muchas.

Pero con chicos de esta índole, aunque se mezclaran entre los de su grupo, Rafael no estrechaba nunca la amistad. Sabía él muy bien que para divertirse no es necesario hacer fechorías, porque éstas son propias de muchachos sin talento, que se suponen admirados por sus maldades.

Uno de esos chicos malos, llamado Enrique, jugaba en una plazoleta próxima a la casa de Rafael, con éste y otros muchachos, cuando acertó a pasar por la acera un anciano ciego, que utilizaba el bastón para guiar sus pasos. Solían provocarle los muchachos de malos sentimientos, quitándole la cayada o tirándole del raído levitón que vestía, por la maldad de oír al infeliz, en su desesperación, dar gritos de socorro. Y luego si alguien, compadecido, ponía el bastón en sus manos, lo sacudía en torno suyo, con deseos de alcanzar al pícaro que le hacía víctima de tan crueles burlas.

Cuando Enrique vió al ciego, que guiaba con el bastón

sus pasos lentos por la acera, separóse del grupo, corrió hacia él y le arrebató el cayado con tal fuerza, que poco faltó para que el anciano se cayera de bruces. Luego, Enrique, satisfecho, como quien hace una buena acción, arrojó el bastón al centro de la calle y se volvió al gru-



... poco faltó para que el anciano se cayera de bruces.

po, mientras el ciego prorrumpía en llantos y gritos lastimeros que angustiaban.

—Eso está mal hecho— dijo Rafael a Enrique—. Si ese pobre hombre viese, seguramente no te atreverías a quitarle el palo que le sirve de lazarillo, o te pegaría con él.

— Lo hice porque me dió la gana — contestó con grosería Enrique.

Pero Rafael, sin hacer caso de tal desvergüenza, fué a poner el bastón en las manos del ciego. Mas con tan mala fortuna lo hizo, que el ciego, en su manía de sacudir el cayado para vengarse de la maldad, alcanzó con un bastonazo en la cabeza a Rafael, derribándolo en el suelo.

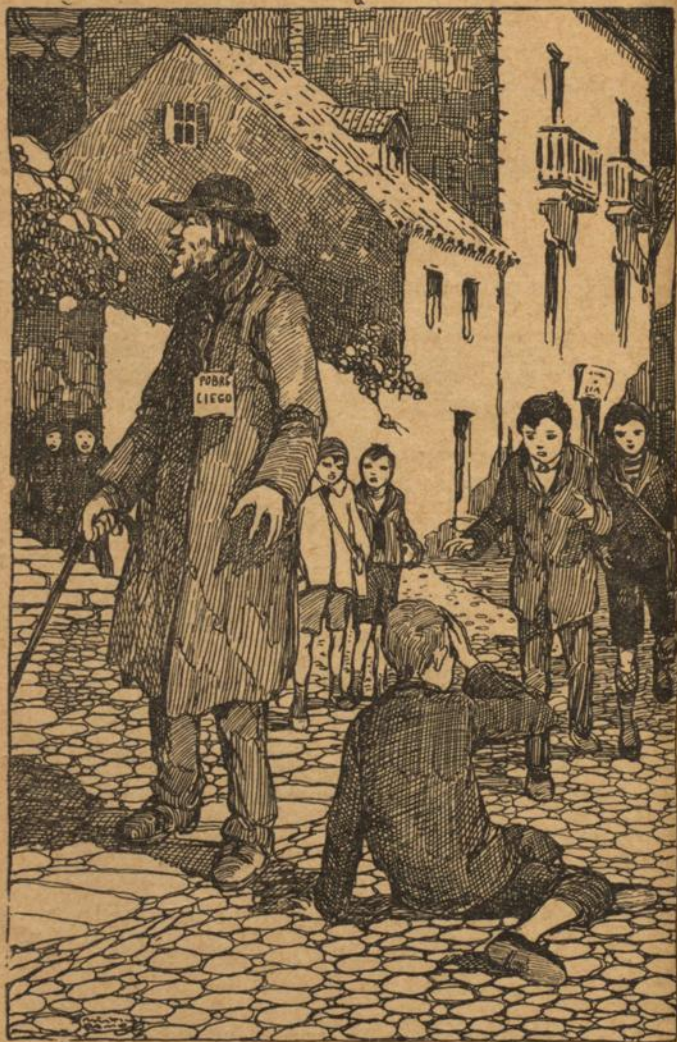
Cuando los del grupo se acercaron al caído, éste se incorporaba ya, tranquilizando a sus camaradas. De su cabeza brotaban unas gotas de sangre.

El *Andalucito*, uno de los chicos menores, al ver herido a su amigo predilecto, corrió furioso hacia Enrique, causante de aquella herida, y se fué a las manos con él, bañándole el rostro en sangre de un puñetazo que le dió en la nariz.

Cuando Rafael entró en su casa con unos ligeros hilos de sangre en la frente, causó un gran sobresalto a su mamá, y su padre subió alarmadísimo del establecimiento, que estaba en el piso bajo.

Más alarmado Rafael por el disgusto de los padres que por el percance, había explicado torpemente lo sucedido, con lo que ellos creyeron que él mismo tendría la culpa de la descalabradura. Pero al ver que la herida no tenía importancia, empezaron a sentirse tranquilos, y don Damián quiso conocer la verdad de lo sucedido.

— Deseo, hijo mío, que me refieras con todos los pormenores lo que ha pasado. Pero deseo me digas la verdad; no me ocultes nada, porque ya sabes que la mentira siempre se descubre y desacredita mucho a las personas. Cuando se dice una mentira para encubrir



... el ciego, en su manía de sacudir el cayado para vengarse de la maldad...

una falta, son dos las faltas cometidas. Dime, pues, la verdad, aunque tú seas el culpable.

Y Rafael relató cuanto en la plazoleta había sucedido, y sus padres se alegraron del suceso, por lo mucho que enaltecía al hijo el socorro prestado al anciano ciego, aunque éste, inocentemente, había pegado a quien no le causó el daño, sino el beneficio.

Poco después, la señora que vivía en la buhardilla bajó con su hijo, el *Andalucito*. Los dos querían saber cómo seguía Rafael, el cual abrazó fuertemente a su amigo, agradecido por la lealtad que le había demostrado.

El *Andalucito*, al ver descubierta su acción en presencia de la madre, a la cual le había ocultado esa parte del suceso, quedóse muy avergonzado, y fué preciso que la mamá le hablara.

— Siempre es una falta, hijo mío, pegar a otro muchacho, aunque se tenga razón por alguna ofensa recibida. Pero esta vez te disculpa en mucho la nobleza y lealtad de tu intención al ver herido a tu buen amigo Rafael. Tu proceder, por lo tanto, merece un abrazo mío, aunque la acción no haya sido enteramente buena.

Y al decir esto abrazó a su hijo. Después le abrazaron también D. Damián y D.^a Ramona.

En esto llaman a la puerta. Eran Enrique y su mamá, que lo traía para que pidiera perdón a Rafael.

— Mi chico — dijo la señora — llegó a casa sangrando por la nariz. Estoy enterada de que fué un golpe dado por otro chico, al ver herido a Rafael, y le está muy bien empleado. Quisiera saber quién es ese muchacho para

darle un abrazo. Ese sí que es un chico leal y bueno, y no este mío, que acaba conmigo a disgustos con las noticias que me traen a casa todos los días, de sus maldades. He venido para que le pida perdón a Rafael... ¡Cuánto diera yo, D.^a Ramona, porque mi hijo siguiera el ejemplo del de usted! ¡Ése sí es un muchacho modelo!

La mamá de Enrique hablaba precipitadamente, porque estaba muy nerviosa. Su hijo la escuchaba con la vista fija en el suelo y el rostro enrojecido por la vergüenza.

Entonces D. Damián refirió todo lo sucedido, sin ocultar el rasgo del *Andalucito*, y la madre de Enrique ordenó a éste que pidiera perdón a los dos muchachos.

Enrique se acercó a ellos y les prometió ser un buen amigo en adelante. Al hablarles tenía humedecidos los ojos, lo que revelaba que su corazón no era malo.

III

QUIÉN ERA «EL ANDALUCITO»

Algún tiempo después cayó enfermo de cuidado el *Andalucito*. Pero antes de seguir conviene saber quién era este muchacho. Se llamaba Romualdo, y había nacido en Andalucía, hijo de madre andaluza y padre valenciano. Residía esta familia en la villa natal de Rafael, y precisamente en la buhardilla de la casa habitada por don Damián y los suyos.

El padre de Romualdo estaba empleado en Telégrafos, y vivía exclusivamente de su pequeño sueldo, por lo que en su hogar se sentían más los efectos de la escasez que los de la abundancia. Era una buena persona, formal en su trato, cumplidora de sus deberes. Había estrechado buena amistad, desde recién llegado al pueblo, con don Damián, en cuyo establecimiento pasaba con éste algunos ratos de charla al regresar de la oficina.

Por esta amistad vino la de Rafael y el *Andalucito*, quienes simpatizaron mucho desde el primer trato, y fueron amigos inseparables. Romualdo, chico muy educado y muy noble, agradeció mucho la amistad que le ofreció Rafael, sobre todo porque era de los pocos muchachos que no se habían burlado de su manera de hablar, propia de los andaluces, la cual le valió el apodo de *Andalucito*, cosa que no le ofendía, sin embargo.

Había observado D. Damián que los chicos se burlaban del pequeño Romualdo por su especial pronunciación, y eso fué motivo para que un día dijera a su hijo:

— Me disgustaría mucho, Rafael, saber que tú cometes la censurable falta de otros muchachos, que molestan y provocan al vecino de la buhardilla por su manera de hablar. Has de saber que esa forma de expresarse no es un defecto; así hablan todos los naturales de esa región, o sea Andalucía. Pero aunque fuese un defecto, las burlas son reprochables siempre. Se trata de un muchacho forastero, y esto basta para acogerlo con cariño, ya que se encuentra sin amigos, puesto que ha dejado lejos de aquí los suyos. Además de ser forastero es un español,

un hermano tuyo, que tiene tanto derecho a vivir y a que se le respete en este pueblo como el que tú tendrías en el suyo. Sus padres son también españoles, aunque hayan nacido en regiones diferentes, y yo los considero como hermanos míos. Se trata, además, de un muchacho pobre, pero educado y bueno, y eso es otro motivo más para quererle. Estímale tú, pues merece ser amigo tuyo.

Esto fortaleció mucho la amistad que ya profesaba Rafael a su vecino, al cual, como efectivamente era pobre y solía merendar pan solo, en adelante le llevaba muchas veces a su casa. Doña Ramona les servía pan con dulce o pasteles, muy complacida, porque el *Andalucito* era muy simpático y se daba pronto a querer de las personas. De que él sabía agradecer la cariñosa amistad de Rafael, había dado buena prueba algún tiempo atrás, cuando el suceso del anciano ciego, cosa que vino a juntar más los corazones de los dos amigos.

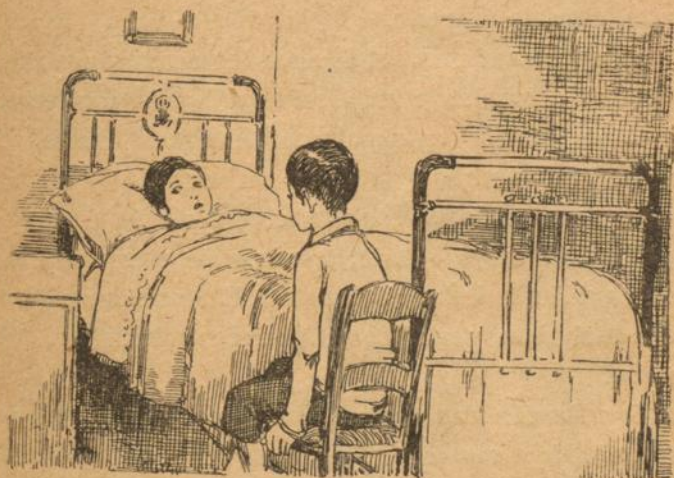
Por eso cuando Romualdo cayó enfermo, Rafael estaba muy triste, como si de un hermano se tratase, y todos los momentos que tenía libres de escuela los pasaba junto a la cama del paciente, consolándole y atendiéndole.

El *Andalucito*, en los delirios que la fiebre le producía, solía acordarse del rompecabezas de Rafael, y muy frecuentemente pedía a sus padres que le compraran uno. Ellos se lo prometían para cuando se pusiera bien, promesa que no consolaba a Romualdo, y promesa vana, puesto que apenas podían atender a los gastos de la enfermedad, cuanto menos comprar juguetes.

Rafael, que se dió cuenta de esto, creyó un deber suyo

desprenderse del rompecabezas, que aún conservaba nuevo, como el juguete más estimado, y decidió regalárselo al amigo. Pidió licencia a sus padres para efectuar aquel sacrificio, los cuales se la dieron, con júbilo de ver en él tan bello rasgo de piedad.

Pero la noble acción de Rafael era más meritoria de lo que sus padres creyeron. Subió a la buhardilla, y ponien-



... junto a la cama del paciente, consolándole y atendiéndole.

do el rompecabezas en las manos de la mamá de Romualdo, le dijo :

—Doña María: traigo mi rompecabezas, porque deseo regalárselo a Romualdo para satisfacer su deseo de tener uno. Pero yo quiero que se lo entregue como si usted lo hubiese comprado para él, pues esto le ha de gustar mu-

cho más, porque le demostrará que sus padres le complacen.

Y tantas fueron las súplicas de Rafael, que la buena señora tuvo que aceptar el obsequio, enternecida.

El comportamiento de Rafael permitía esperar de él un hombre modelo. Jamás se conoció un mal ejemplo suyo, y, en cambio, eran muy recordados en el pueblo muchísimos rasgos, tan dignos de recordación como el anteriormente expuesto.

En una ocasión encontró, cerca de su casa, a una niña llorando porque se le había roto una botella con leche, y cuyos pedazos, en un charco de blanco líquido, se veían a sus pies.

Se acercó Rafael a consolarla; pero ningún consuelo podía satisfacer a la niña, temerosa de presentarse en su casa sin la leche ni el dinero. Entonces la invitó a que le siguiera, y entró con ella en el establecimiento del padre.

Don Damián tuvo un momento de sorpresa al ver entrar a su hijo con una niña llorosa; pero en seguida le pasó el pequeño sobresalto al oír a su hijo.

— Papá — habló Rafael —, deseo que me anticipes cuarenta céntimos de los diez que me das todas las tardes. A esta niña se le ha roto una botella con leche, que llevaba para su casa, y yo quisiera darle los cuarenta céntimos que le cuesta otra, para que no la castiguen sus padres, ya que pensarán se le ha caído la botella por estar jugando.

No había terminado de hablar, cuando puso D. Da-

mián las monedas en manos de la niña, cosa que hizo satisfecho de ver aquel sacrificio de su hijo, sacrificio verdadero, porque Rafael estaba convencido de que su padre no le daría los diez céntimos diarios hasta después de cuatro días.

Y Rafael completó esta generosa acción entregando a la niña una botella vacía, que bajó de su casa.

Otra vez había visto, en compañía de la madre, una película llena de calamidades sufridas por una pordiosera, con una niña de brazos. A la salida del cinematógrafo, en uno de los escalones de la puerta, vió de pronto un cuadro parecido: una mujer harapienta, sentada, con un niño en las rodillas y la diestra alargada hacia el público.



... la puso en la mano huesuda de la mendiga.

Se acordó entonces de que su padre no le había dado aquella tarde la moneda de costumbre, y se la pidió a la mamá. La recibió con la izquierda, y con la derecha la puso en la mano huesuda de la mendiga.

Cuando llegaron a la casa, su mamá encontró dinero

de menos en la bolsa, y dándose cuenta de la causa, dijo a Rafael :

— Te he dado una moneda de dos pesetas en vez de una de diez céntimos. Devuélmela.

Rafael se quedó pálido; después enrojeció. No pudo hablar.

— ¿Por qué te pones así? — insistió D.^a Ramona — ¿La has perdido?

— Es que se la di — contestó tímidamente Rafael — a la pordiosera que estaba a la puerta del cinematógrafo. Yo tampoco me fijé en la clase de moneda que daba.

IV

EN LA ALDEA

Don Damián tenía una posesión en una aldea distante de la villa un corto número de kilómetros, que se recorrían por ferrocarril. Todos los domingos y días festivos de buen tiempo iba D. Damián con su familia a pasar las tardes en la posesión para respirar los aromáticos y saludables aires del campo.

La propiedad consistía en una casa de aldea, de dos pisos, muy vistosa y alegre, pintada de blanco, con un jardín muy florido al frente, y unos prados con algunos árboles frutales al fondo, cortados estos campos por un riachuelo de márgenes sombreadas por algunos álamos.

A Rafael le agradaba mucho ir a la aldea, donde pasaba el tiempo muy entretenido.

Los muchachos aldeanos le querían mucho. Los domingos que amanecían de mal tiempo, todos los chicos de la aldea estaban tristes, porque daban por seguro que no verían a Rafael. En cambio, cuando un domingo por la mañana veían al Sol derramando la alegría de su luz por la campiña, todos corrían a la estación del ferrocarril, dos horas antes de la llegada del tren, a esperar al hijo de D. Damián.

Daba gusto ver la estación llena de muchachos, que lucían las ropas limpias domingueras y mucha alegría en las caras.

Cuando Rafael bajaba del tren se formaba en su torno una escandalosa algarabía, porque los veinte o treinta muchachos que le esperaban hablaban a un tiempo, llenos de regocijo. Era un cuadro que los demás viajeros contemplaban, entusiasmados y con envidia, desde las ventanillas del tren.

Después, aquel grupo encantador quedaba dueño del lugar. No había campo ni bosque que no fuesen visitados en tropel por los muchachos, ni sembrado que no contemplaran para ver lo que habían crecido las plantas desde el domingo anterior, ni casa donde no estuvieran de visita, ni árbol frutal del que no saborearan su fruta.

Unas veces cazaban pájaros con liga que llevaba Rafael, y construían jaulas con palos y alambres para recluirlas. Tendían puentes con piedras y troncos de árbol sobre el riachuelo que atravesaba la aldea, pues no había

finca bañada por él que no tuviese ya tres o cuatro puentes levantados por los muchachos. Hacían balsas con tablas para transportar los materiales a favor de la corriente, o tirando de ellas con cuerdas. Construían represas con ladrillos viejos y piedras, como no las hicieran



Tendían puentes con piedras y troncos de árbol...

mejor los albañiles. También levantaban en el monte cabañas para que se resguardaran del sol y las lluvias algunos de los chicos que pastoreaban ganado.

Otras veces plantaban alguna fila de arbolitos en las márgenes del pequeño río o a las orillas de algún camino, o les daba por sembrar hortalizas u otros frutos en algún rincón de los prados de D. Damián.

En estos entretenimientos de plantar árboles o arrojar alguna semilla en los hoyos abiertos en la fecunda tierra, sentía Rafael satisfacción muy grande, porque, más inteligente que sus compañeros, quienes hacían eso por rutina, se maravillaba de aquellos repetidos milagros de la tierra, que daba, con generosidad incomparable, un fruto cien veces mayor de cuanto en su seno prodigioso recibía.

Otros domingos jugaban a los bolos o escuchaban a Rafael la lectura de algún cuento.

Lo cierto es que Rafael siempre regresaba a la villa triste, como si en la aldea dejase jirones de su corazón. ¡Qué dulce bienestar sentía los domingos en la aldea, gozando y admirando la majestad de la Naturaleza!

Rafael, por su parte, quería también mucho a los hijos de los labradores. Sus costumbres, más sencillas, más infantiles que en los amigos de la población, le atraían con fuerza. Aquella sinceridad con que se expresaban los niños aldeanos, poniendo al descubierto siempre sus más íntimos sentimientos y la ingenuidad de sus ideas, no la encontraba Rafael entre sus amigos de la villa. Por eso quería más a los niños aldeanos.

Don Damián había influido mucho para que su hijo estrechara esos lazos de afecto. Rafael recordaba alguno de los consejos paternos.

«Los campesinos — solía decirle su padre — son los soldados que mejor defensa hacen de la patria entre todos los que luchamos por el progreso de España. Esos chicos aldeanos, humildes en el vestir y en su conducta,

son la mayor y más firme esperanza de la patria, hijo mío, y es preciso tratarlos con amor. Ellos, con el arado y la azada, soportando las inclemencias del cielo, arrancarán a la tierra, regada con el sudor de sus rostros y manos, todo cuanto la tierra cultivada puede entregar, no sólo para la nutrición de ellos, sino de los demás españoles dedicados a otras ocupaciones en las villas y ciudades. Nada es tan necesario en una nación, para no perecer y para progresar, como cultivar sus tierras. Como ves, hijo mío, cuantos españoles se dediquen a las faenas rudas de la agricultura merecen nuestro mayor afecto. Sin el trabajo constante de los campesinos, España empobrecería hasta que todos los españoles viviéramos en la más terrible miseria. Ellos son los mejores soldados de la patria. Cada semilla que arrojan al surco abierto por el arado es una defensa que hacen de nuestro suelo. Y trata con cariño a los muchachos aldeanos, Rafael — insistía su padre —, aunque sus manos estén ásperas, sus ropas sean pobres y su ilustración escasa; pues, a pesar de todo eso, llegarán a ser los hombres más útiles del país, sin cuyo trabajo la patria perecería, porque un pueblo que no come no existe en el mundo. Graba en tu mente que el arado y la azada son armas de combate mucho más útiles que el cañón.»

Y Rafael tenía tan presentes estos sabios consejos de su padre, que seguramente pesaron mucho en su ánimo para sentir un cariño rayano en admiración por los muchachos de la aldea.

Ellos necesitaban de Rafael como de algo imprescin-

dible, porque venía a ser, por su mayor instrucción y más claro entendimiento, como el capitán de la pequeña tropa. Sin él, las fuerzas se dispersaban y perdían; pero con él de director, las energías de cada uno se sumaban a las de todos, y de esta fuerza común salían los puentes, las represas, las cabañas y otras obras que realizaban en la aldea, y que luego servían al vecindario como hechas por hombres.

V

EL CHICO EXTRANJERO

Varios muchachos estaban reunidos en grupo en uno de los parques de la villa. Hablaban y reían como si estuviesen contando graciosos cuentos y chascarrillos. Los transeúntes miraban con envidia hacia el grupo, cual si desearan volverse de aquella tierna edad para participar de diversión tan entretenida. No faltó paseante que pensase: «Esos sí son chicos formales, que saben divertirse sin molestar a las personas con torpes travesuras, como hacen otros.» Y la verdad es que dicho grupo de muchachos ofrecía un cuadro encantador.

Pero ¡cuán equivocados estaban los que así pensaron! Aquellos muchachos estaban cometiendo una reprobable acción, que los transeúntes hubiesen condenado y hasta impedido. Las carcajadas no se producían para celebrar la gracia de un chiste o de un cuento, sino por las burlas crueles que cometían con otro chico.

Era éste un extranjero recién llegado a la villa, y que apenas sabía una docena de palabras castellanas. Deeseo de aprender nuestro idioma para poder entenderse con aquellos que él tenía por amigos, preguntaba con mucho interés los nombres de las cosas. Pero algunos de los muchachos con los que el chico extranjero había



Era éste un extranjero recién llegado a la villa...

tenido la mala suerte de reunirse eran de los que no saben reír sin causar daño. Le habían enseñado que los calcetines se llamaban guantes y otras falsedades por el estilo, para oírle decir que se ponía los guantes en los pies y los calcetines en las manos, celebrando cada burla con risotadas.

El muchacho extranjero, alto, rubio, de mirada inteligente, empezaba a dudar de la buena intención de sus maestros, que tanto reían al oírle repetir las lecciones, y se iba acercando a los que permanecían callados y más serios, como si en ellos hubiera visto la protección a su debilidad. En eso estaban cuando llegó hasta el grupo Rafael, que se acompañaba del *Andalucito* y Enrique. Cuando comprendió lo que pasaba, no pudo contener su justa indigna-

ción, y poniéndose al lado del extranjero, recriminó a los burladores en estos términos :

— Estáis cometiendo con este chico un atropello, amparados en que no puede comprender vuestros engaños. ¿Os gustaría que otro tanto hicieran con vosotros si os encontrarais en un país de distinto idioma, entre chicos dispuestos a reírse de un muchacho español? Basta que se trate de un extranjero para que todos le respetemos y le ayudemos a conocer nuestra lengua. Y todós estamos obligados a serle agradables, para que no regrese a su país hablando mal de los muchachos españoles, pues pensarán sus amigos, cuando les refiera lo que aquí le sucedió, que los chicos españoles estamos muy mal educados.

Cuando Rafael acabó de hablar, invitó al chico extranjero y a los que quisieran seguirle a dar un paseo juntos.

El chico extranjero, que había adivinado la defensa de Rafael, miraba a éste con inmensa gratitud. ¡Cuánto daría él por poder expresársela en castellano! Mas como era un muchacho inteligente, muy pronto pudo hacerlo.

Desde que Rafael había sellado la amistad con el extranjero, éste se vió siempre rodeado de buenos amigos, interesados a porfía para qué le fuera muy grata la residencia en la villa. Hasta aquellos muchachos que al principio le engañaban con los nombres de las cosas, fueron en adelante amigos de él, y sentían placer en ayudar a los otros para que aprendiera pronto nuestro idioma. Con eso, el chico extranjero, al cabo de seis meses, hablaba con bastante corrección el castellano. Por cierto que em-

pleaba frecuentemente nuestra lengua para expresar su gratitud y su cariño.

— Los chicos españoles — decía él con pasión — son muy educados y muy cariñosos; más que los de mi país. Yo me acordaré siempre de lo bien que me habéis tratado. Yo quiero mucho a España. A mis papás también les gusta mucho vuestro país, y dicen que los españoles son muy nobles y leales.

Otras veces hablaba de la villa.

— Mi pueblo natal — aseguraba — es tan grande como el vuestro; pero éste es más bonito. Tiene edificios modernos y antiguos de mucho valor y muy bellos; parques muy floridos, y unos alrededores preciosos. Podéis estar orgullosos, amigos míos, de vuestro pueblo.

Estos elogios del chico extranjero llenaban de entusiasmo a Rafael y a sus amigos. Sus corazones se inundaban de alegría al escuchar aquellas gratas opiniones de España y de los muchachos españoles en boca de un extranjero. Y saber que el pueblo natal se podía comparar a las poblaciones extranjeras del mismo tamaño, porque era tan hermoso o más que ellas, los llenaba de emoción.

Gracias a esas opiniones del chico extranjero descubrían bellezas en donde anteriormente nada les parecía digno de contemplar, y así fué como despertó en ellos la admiración y el cariño a muchas cosas que antes no les interesaban.

La víspera de regresar el chico extranjero a su país, un año después, le entregaron Rafael y sus amigos un

álbum de postales con vistas de la villa, con una dedicatoria que decía : «Recuerdo de los muchachos españoles». Fué un obsequio que el festejado recibió enternecido.

— Al siguiente día fueron a la estación del ferrocarril todos los amigos del extranjero, en número mayor de veinte, a despedirle. Todos estaban tristes porque le querían y acaso no volverían a verle.

De regreso, Rafael habló a sus camaradas de esta manera :

— Ya veis, amigos míos, que todos estamos contentos y satisfechos de habernos comportado bien con ese chico. Ahora se va a su lejano país, y se lleva una grata opinión de nosotros y de nuestro pueblo. Pues aún más que todo eso valdrá lo que cuente en su tierra, porque sus amigos, que apenas estarán enterados de que existe nuestra villa, ahora tendrán buenas noticias de ella, y seguramente desearán conocerla. Debemos sentirnos orgullosos de ese buen concepto que lleva de nuestro pueblo y de España.

Y en todos los semblantes se reflejó el regocijo producido por el pequeño discurso de Rafael.

VI

MADRE Y PATRIA

Doña Josefa, señora de rica y distinguida familia, tras breve padecimiento en un ojo, hubo de someterse a que se lo extrajeran mediante delicada operación quirúrgica,

que le fué practicada en una famosa clínica de la capital de la provincia.

Días después de curada, D.^a Josefa regresó a la villa, y como era buena amiga de D.^a Ramona, la mamá de Rafael fué acompañada de éste a visitarla.

Llegaron a la casa. Un hermoso edificio con bello jardín delante.

En una sala de lujosos muebles, estaba sentada doña Josefa en amplia y artística poltrona de estilo antiguo. A su lado, el amante esposo leía una novela; les rodeaban, escuchando la lectura, todos los hijos, que eran dos niñas y tres niños, los dos más pequeños apoyados en las piernas de la mamá. Ofrecían un cuadro primoroso.

Al entrar D.^a Ramona y su hijo se suspendió la lectura, y fueron acogidos los visitantes con sinceras muestras de agrado.

La conversación forzosamente había de recaer sobre la pérdida del ojo de D.^a Josefa, y la pobre señora se echó a llorar abrazada a su amiga, a quien decía entre lamentos:

— Ya ves, mi querida Ramona, ¡qué desgracia tan grande! ¡Para siempre!

Todos los hijos, con los ojos bañados en llanto, rodeaban y abrazaban a la mamá con ternura conmovedora, y todos trataban de consolarla, cuando lo necesitaban ellos poco menos.

— No llores, mamá — decía una de las niñas.

— Mamá, que nos haces sufrir mucho — agregaba uno de los niños.

—¡Tanto como te queremos todos!—exclamaban a coro. La escena era muy triste y conmovía mucho.

Por fin, el esposo de D.^a Josefa puso tranquilidad en los ánimos, y todos secaron los ojos.

— Es verdad, Ramona — decía D.^a Josefa —, que, en medio de mi desgracia, me consuela el cariño de estos hijos tan buenos. Ahora me quieren mucho más que antes. Nunca se van de mi lado. Sí, sí; esto me llena de alegría. ¿Verdad que ahora me queréis mucho más?—les preguntaba.

— Muchísimo más, mamáita—respondían abrazándola.

Rafael recogió en esta visita una impresión de las más dolorosas de su vida. Tenía el corazón como si una mano de hierro se lo apretase. Regresó a su casa silencioso y triste, sin cambiar con su mamá ni una frase. Hubo momentos en que sintió no ser hijo de D.^a Josefa, para consolarla con las ternuras de su corazón.

Por la noche, de sobremesa, refirió a su padre la escena de la visita, y lo hizo poniendo en la expresión tanto sentimiento, que D. Damián se emocionó, y hubo de hacer esfuerzos para no llorar.

— ¡Pobre señora!, ¡pobre señora! — repetía D. Damián, enternecido.

Doña Ramona disimulaba las lágrimas que asomaban a sus ojos.

Luego sucedió un momento de silencio. Los tres estaban tristes. Por fin habló D. Damián :

— ¿Y dices tú, Rafael, que los hijos de D.^a Josefa la quieren ahora mucho más que antes?

— Sí, papá, y ella misma dice que eso le consuela de su desgracia.

Don Damián volvió a quedarse silencioso y pensativo, como si buscase en la memoria algún recuerdo olvidado.

— Todos los sucesos en la vida — dijo luego — ofrecen alguna enseñanza, hijo mío. ¿No serías capaz tú de sacar de ese caso un ejemplo de amor a la patria?

— No acierto — contestó apenado Rafael —. ¿Acaso que el amor a la madre y el amor a la patria son muy parecidos?

— Eso mismo. Pero tan parecidos, que se confunden. Esos chicos quieren más a su mamá desde la desgracia que pesa sobre ella, ¿verdad? Pues con la patria sucede lo mismo. El buen patriota llora y siente muchísimo cualquier desgracia de su patria, y luego, como los hijos de D.^a Josefa, siente por su patria más intenso cariño. Si una epidemia sembrara la muerte entre los españoles, o si España fuera invadida por otra nación, ¿no sentirías tú mucho más hondo el cariño por nuestro país? Por eso son tan profundos y semejantes el amor a la madre y el amor a la patria.

VII

LA CARRERA DE RAFAEL

Rafael había cumplido catorce años.

Pocos días después de las vacaciones, D. Damián llamó a su hijo y le expuso lo siguiente :

«Hasta ahora he querido guardar reserva sobre cuanto se relacionara con tu porvenir, porque no deseaba amargar tus ilusiones infantiles. Pero aunque todavía eres un muchacho, pues sólo cuentas catorce años, piensas ya como un hombre y tienes conocimientos suficientes para comprender lo que te voy a decir, con el fin de que ajustes tu vida a la conducta del hombre digno de vivir en sociedad.

»Mi capital, mi querido Rafael, es pequeño, y gracias a mi trabajo me da para que vivamos con decencia y para economizar algo, muy poco, pues quisiera capitalizar mucho para que tú lo disfrutaras cuando fueses hombre. No tengo más que el establecimiento y la pequeña posesión heredada de mis padres, adonde vamos a pasar los domingos de sol.

»El principio de ese reducido capital lo traje de América, donde lo adquirí a costa de múltiples privaciones y amarguras, que no quiero revelarte porque prefiero no las conozcas. Bástete saber que regresé de América a los seis años de estar allí, porque mi amor a esta querida España, patria nuestra, era cada momento más intenso, al extremo de que tuve que regresar. Hubiera preferido morir que continuar viviendo lejos de nuestro amado país, de bienestar incomparable para los que hemos nacido en él. Sobre esto conservo unas cartas que nos cambiamos mi maestro de escuela y yo, las cuales te daré esta noche para que las leas de sobremesa. Son muy interesantes, y te agradecerán mucho.

»Pues bien, hijo mío; todo lo dicho es para que sepas

que yo me debo a mi esfuerzo propio; que llevas un apellido honrado, de un hombre que no sabe lo que es causar un daño a nadie, porque siempre he practicado el bien con la familia, con la sociedad y con la patria en la medida de mi mayor esfuerzo. No estoy envanecido, pero sí satisfecho de mi obra y lleno de entusiasmo para continuarla.

»Entre mis propósitos estuvo siempre el de que tú adquirieras educación e ilustración esmeradas, y no estoy quejoso de ti; antes, al contrario, me tienes contento. Y puesto que eres aficionado al estudio, quisiera darte una carrera; pero no me considero con fuerzas para pagar los gastos que origina, y esto es lo más doloroso de cuanto tenía que decirte.

»Podrías estudiar una carrera, pero sería con sacrificio de las economías anuales del establecimiento y quizás con quebranto del capital. Además, si yo muriera antes de que termines los estudios, el establecimiento tendría que ser administrado por gente extraña, y acaso esto trajera la ruina de tu buena madre y tuya. Por otra parte, son tantos los que estudian carreras, que de no ser una verdadera notabilidad en una, apenas se gana con ellas para vivir.

»Por todo esto, creo sería lo mejor que vinieras a mi lado al establecimiento, en sustitución del chico que ahora me acompaña, y al cabo de corto tiempo estarás al corriente de la marcha del pequeño negocio y tendrás asegurado tu porvenir y el de tu madre, tanto si yo vivo como después que muera.»

Rafael, que había escuchado con silencio y atención todo el discurso, se puso muy contento al oír el final y aceptó regocijado la proposición del padre.

Luego concluyó diciendo éste :

«Y puesto que te gusta estudiar, mi querido Rafael, puedes hacerlo al mismo tiempo. Ten presente que el hombre vale por lo que sabe y no por tener títulos universitarios. No te olvides de que todos podemos, con nuestro trabajo y nuestro estudio, ganar la estimación de la sociedad en que vivimos, y eso debe de perseguir todo hombre de bien.»

VIII

LA PATRIA DE LEJOS Y DE CERCA

Después de cenar, D. Damián entregó a su hijo las cartas que, cuando estaba en América, se habían cambiado él y su maestro de escuela. Rafael empezó a leer en alta voz :

«Indudablemente, mi querido maestro, que para sentir el verdadero amor a la patria hay que vivir alejado de ella. ¡Españal ¡Patrial... No acierto a expresar ahora palabras que más me conmuevan. Aquí he olvidado a los amigos y siento que mis afectos se debilitan, mientras mi amor a la patria es cada día más grande, más fuerte. Pisar tierra española, respirar aire español, ver un hermano en cada persona, sentirse como dueño de cuanto le rodea a uno... Eso, mi buen maestro, solamente se comprende

desde lejos. ¡Ese bienestar no lo encontrará el español en ninguna otra parte del mundo!

»Ahora sí amo yo a mi patria, maestro. Una noticia de cualquier desgracia en un lugar de España me entristece lo mismo que si sucediese en nuestro pueblo. El otro día supe de una inundación en Valencia, y a pesar de estar tan lejos esta rica provincia de la nuestra, no he podido contener mis lágrimas pensando en las amarguras de aquellos españoles que perdieron familiares, ganados y cosechas en la inundación. Vi personas ahogadas, otras sin tener ni ropas que vestir, ancianos gimiendo sus dolores, niños desnudos y hambrientos... ¡Cuánta desdicha la de aquellos infelices españoles!

»Lejos de España es como se da uno mejor cuenta de que las desgracias que ocurran en cualquier pueblo o provincia, las sufre España entera, porque ella es la madre de todas las provincias y de todos los pueblos y de todos los españoles, como usted explicaba en la escuela cuando apenas si los muchachos lo entendíamos.

»Lo contrario sucede con las noticias agradables. Cuando se supo aquí el descubrimiento en Asturias de una importante mina de carbón, que suponía una gran prosperidad para la comarca, fué tal el regocijo que causó la noticia entre los españoles, que la hemos celebrado con una merienda campestre, a la que asistimos más de doscientos. ¡Y era de ver, mi buen maestro, el júbilo reflejado en todos los rostros! Allí no eran los asturianos los que más contentos estaban por ser los más favorecidos con el descubrimiento. Tanto entusiasmo sentían

los gallegos como los catalanes, los andaluces como los vascongados, los aragoneses como los castellanos. ¿Acaso no éramos españoles todos, que celebrábamos un motivo de prosperidad para España entera?

»Pero a pesar de que aquí se disfrute algún momento agradable, como ése, yo estoy arrepentido de haber venido a América. Si ahí, en España, los españoles fuésemos económicos y laboriosos como lo somos aquí, no sería necesario abandonar la patria, ya que en ningún país se vive tan bien y tan contento como en el que se ha nacido.

»Además, como en todos los países del mundo hay cosas malas y buenas, miseria y riqueza, en todas partes puede uno vivir mal, y aquí son muchísimos más los españoles pobres que los de buena posición. Ahora el número de los que viven pobremente aumentó mucho con motivo de las malas cosechas que hubo. En el comercio donde yo trabajo fueron despedidos más de la mitad de los empleados, y yo quedé ganando medio sueldo, que no me alcanza para socorrer a los muchos españoles amigos que están en la miseria.

»El otro día hemos tenido que reunir, por suscripción, los gastos para mandar a España un matrimonio con dos hijos menores. Al marido, que está muy enfermo, le torturaba la angustia de morir sin besar la tierra de nuestra patria. Decía que tan pronto pisara tierra española, tomaría un puñado y la besaría y empaparía con sus lágrimas, para poder morir satisfecho. ¡Pobre hombre! Sus protestas por haber emigrado y sus expresiones de delirante amor patrio nos obligaron a llorar a todos.

»Reciba un abrazo de su discípulo, agradecido. — *Damián.*»

La contestación del maestro decía así :

«Las noticias de tu carta, mi querido Damián, me han causado muy honda tristeza. Es una buena lección para los que solemos quejarnos algunas veces sin verdadero motivo. Los que no hemos salido nunca de España no tenemos firme idea de la felicidad que supone vivir rodeados de cosas y personas que nos pertenecen como algo nuestro, muy nuestro.

»Comprendo muy bien que en otro país se ha de estar como en una visita de cumplido, sin confianza ni gusto. Y eso sucede porque en país extranjero los ideales y sentimientos de sus hijos son diferentes de los nuestros. Ellos aman a su patria, y nosotros a la nuestra. A ellos les alegran o entristecen los acontecimientos de su país, y a nosotros nos sucede lo mismo con los de España.

»Los sucesos que refieres de Valencia y de Asturias, en España no causaron angustia ni regocijo sino entre los valencianos y los astures, lo cual prueba muy bien que aquí no sentimos muy fuerte el amor a la patria; pues cuanto suceda en cualquier lugar de España tiene que alegrar o entristecer a todos los españoles, por apartados que vivan del lugar del suceso.

»El arruinamiento de un país viene como consecuencia de muchas calamidades sucesivas. Y el florecimiento depende de sucesivos progresos pequeños, que se van sumando para formar el progreso nacional. Por lo tanto, todo cuanto de bueno o de malo suceda en un país lo

tienen que sentir sus habitantes todos. El invento de un sabio, la obra notable de un artista, una industria nueva, un progreso cualquiera, no sólo afama a quien lo produce, sino que da renombre a todos sus compatriotas. Lo contrario sucede con cualquier acontecimiento adverso, como un terremoto, una guerra, una cosecha perdida, un crimen, etc. Además, cualquiera de los primeros sucesos atrae la simpatía de los países hacia España; en cambio, las otras cosas malas producen lástima o desprecio. ¿Y qué español se libra del juicio que merezca su patria en el mundo? El buen nombre de una nación lo conquistan sus hijos y lo disfrutan ellos. Lo dan y lo reciben, porque ellos son la nación.

»Recibe un fuerte abrazo de tu maestro.»

IX

LO QUE FUÉ ESPAÑA

»No niego, mi buen maestro, que mi amor a la patria sea mayor en el extranjero a causa de que son diferentes los ideales y los sentimientos de los que nacen en países distintos. Pero hay otro motivo más fuerte, y es el de ver que los demás elogian las cosas de sus países, procurando oscurecer los méritos del de uno.

»Los hijos de este país americano, casi todos descendientes de españoles y que hablan nuestro idioma, son buena gente; pero exageran tanto su amor patrio y sus

triumfos guerreros para independizarse de España, que se olvidan de lo que a España deben, por ser la patria de sus padres y abuelos y la nación que trajo la civilización a estas tierras.

»Este mismo desdén hacia España se observa también en muchos extranjeros que hay aquí de otros países de Europa. Cada uno habla de las cosas de su nación como superiores a las de los demás países, y consideran a los extranjeros como inferiores a sus compatriotas. Y cuando oyen que alguien pondera a España, callan, como despreciando lo que oyen, y esto desespera de tal modo, que yo he tenido muchas discusiones para demostrar que España tiene tantos méritos y merece tantos respetos como cualquiera otra nación. Es como si ponderaran las virtudes de sus madres, olvidados de que yo tengo madre también, que es tan buena como la mejor de las mujeres.

»Hay aquí, por excepción, un inglés alto, grueso, rubio, muy simpático e instruído, amigo mío, que ha viajado mucho por España y está enamorado de nuestra historia y de nuestro país. Este inglés, cuando oye o lee algo que desacredita a España, se enfurece, como si se tratase de su patria, y discute que todo aquello es falso, que España es una gran nación.

»Este inglés se diferencia de los otros extranjeros que conozco. Cuando se indigna para defender a España se pone tan hermoso, con los ojos tan brillantes, que yo hago esfuerzos para contener las lágrimas de gratitud, y siento ganas de abrazarle como a un padre.

»Ya ve usted, mi querido maestro, que hay muchos

motivos para amar más a España desde este país americano, tan distante de ella. Y cuanto más indiferencia veo en los extranjeros, más se robustece mi cariño.

»Le abraza su discípulo. — *Damián.*»

El maestro contestó de esta manera :

«Me apena mucho, Damián, lo que me refieres en tu carta.

»Únicamente por ignorancia o envidia se atreven algunos extranjeros a negar la importancia de la obra de España en el mundo, pues las personas ilustradas e imparciales saben muy bien, como ese inglés amigo tuyo, lo mucho que representa España en la historia universal; y no son pocos los escritores de otros países que han escrito libros enalteciendo a España por las hazañas de su historia, por el saber de sus hombres, por las riquezas artísticas que conserva y por las virtudes de su pueblo.

»Bien sabes tú que España no tiene nada que envidiar a ninguna otra nación por su historia. Y aunque tú no necesitas te recuerde la obra de España en el mundo, no puedo resistir los deseos de escribir sobre esto, como protesta contra los extranjeros que la niegan.



... se enfurece, como si se tratase de su patria...

»Nuestra patria, por su riqueza y su posición en el planeta, fué la nación más codiciada siempre, desde la más remota antigüedad, y por eso ha sido víctima de muchas invasiones.

»De esa importancia que encerraba España dió buena prueba cuando, hace dos mil años y más, casi toda Europa era provincias del Imperio romano, pues ninguna tuvo entonces la importancia de España. Fué la provincia más rica del Imperio; y mientras las otras no tuvieron en Roma (la capital) hombres de gran saber, allí brillaron muchos ilustres españoles de fama universal, entre ellos, tres de los mejores emperadores, que fueron Adriano, Trajano y Teodosio el Grande; filósofos como Séneca, el maestro de Nerón, asesinado por éste; poetas como Lucano, Marcial y Prudencio; gramáticos y retóricos como Quintiliano y Séneca, hermano éste del filósofo, y otros de mucho saber, como Columela, Silio Itálico, Porcio Latrón, Pomponio Mela, etc.

»Viriato es otro nombre de fama universal de esa época; valeroso caudillo que luchó contra las huestes romanas y fué asesinado traidoramente. Y dos páginas inmortales llevaron a la historia de esa edad los moradores de Sagunto y Numancia, que prefirieron morir heroicamente abrasados entre llamas antes de rendirse al enemigo.

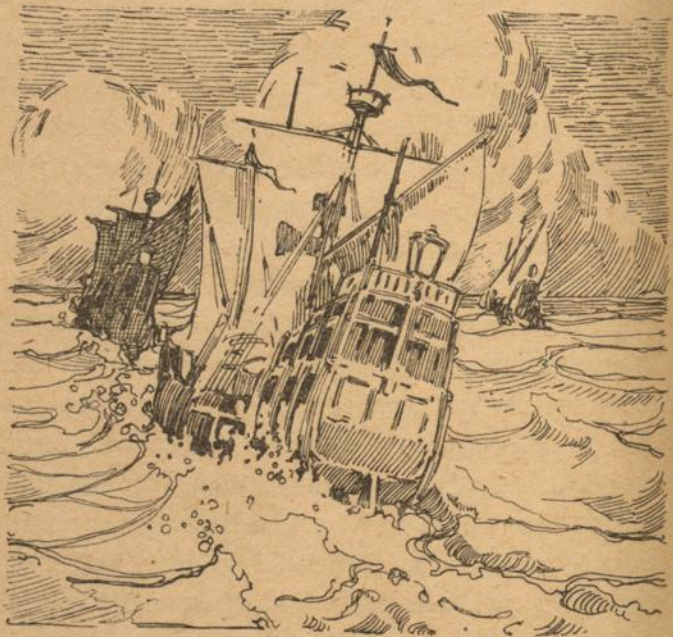
»De la civilización de España, como provincia del Imperio romano, dan palmaria prueba los muchos monumentos arquitectónicos y la profusión de objetos de arte que aún se conservan, en número e importancia superiores a las otras naciones que también fueron provincias de Roma.

»Después vinieron a nuestra patria los godos, y fundaron la Monarquía española, que duró, como tú sabes muy bien, hasta que los musulmanes invadieron a España en el año 711. Y entonces España prestó a Europa el inmenso servicio de impedir que fuera pasto de la morisma desenfrenada. Los españoles, desde las montañas de Asturias, de Navarra y de Cataluña, empezaron a rechazar con bravura sin igual a los moros, hasta que, al cabo de ocho escasos siglos de continuada guerra de reconquista, quedaron los musulmanes reducidos al dominio de Granada, de donde luego los lanzó al África el rey Fernando el Católico, en el memorable año de 1492.

»Podemos decir que España, con sus fuerzas y recursos propios, evitó a Europa la invasión de los africanos, mientras las otras naciones podían atender pacíficamente a su progreso interior y superar a España en grandeza. Pero no sucedió así, porque España, al tiempo que llevaba a su historia hechos guerreros asombrosos, hasta conseguir la unidad del territorio nacional con el matrimonio de Fernando e Isabel y la victoria final sobre la morisma, florecía en las Ciencias, las Artes y las Letras tanto como el país más adelantado. Y en nuestra patria no faltaron, desde antes de llegar los moros hasta después de rechazados, hombres que se adelantaron al saber de la época, tales como Isidoro de Sevilla, ahora santo; el rey Alfonso X el Sabio, Raimundo Lulio, Nebrija, Serwet y muchos más que tú conoces.

»Y como si todo esto no bastase para tener por grande a nuestra patria, entonces España, y no otra nación

más descansada, acomete la empresa más asombrosa realizada por la Humanidad, que tal es el descubrimiento de América por Cristóbal Colón y los hermanos Pinzón. España, en 1492, el año más glorioso de su historia, entrega al mundo civilizado un enorme continente, cuya



... la empresa más asombrosa...

existencia ignoraban todos los países, más allá de un Océano que infundía pavor entonces. Los nombres de Cortés, Balboa y Pizarro, entre otros muchos, allí ganaron el renombre universal que tienen por las proezas in-

comparables de sus exploraciones y conquistas en tierras americanas.

»Y por si eso era poco, mi querido Damián, a España, representada en los famosos marineros Magallanes y El Cano, que dieron la vuelta al mundo, se debe la demostración de que la Tierra es redonda, cosa que se suponía nada más.

»Pues las atenciones de tan asombrosos sucesos no impidieron que la cultura española alcanzara en ese tiempo un esplendor superior a las otras naciones. Tú conoces muy bien, Damián, muchos nombres de sabios, artistas y escritores de esa época, que gozan fama mundial. Con decir que el mejor libro, el que más se ha leído en el mundo y en más idiomas, es español, dicho está todo. Me refiero al *Quijote*, de Miguel de Cervantes.

»Por último, a principios del siglo XIX, España sufrió otra invasión, la de los franceses, que, capitaneados por Napoleón y vencedores en Europa, fué preciso que vinieran a España para que sus victorias se eclipsaran aquí, con episodios tan gloriosos como el Dos de Mayo, Bailén, Zaragoza, Gerona, Arapiles, Vitoria y otros, mientras en Cádiz se mantenía la independencia del suelo patrio.

»Es verdad que España vino a menos, y la gran extensión de sus dominios se fué perdiendo lentamente. Pero ¿acaso no vives tú en uno de los muchos países civilizados por ella, poblados por sus descendientes, que hablan nuestro idioma? ¿Qué otra nación en Europa puede lucir un exponente igual de su pasada grandeza y de contribución al progreso de la Humanidad?

»Ahora sólo falta que los españoles queramos elevar a España a la grandeza que tuvo, y eso lo conseguiremos si cada cual lo procura por medio de su trabajo y de su estudio.

»Y perdóname, Damián, esta larga lección de Historia de España, escrita por la indignación que siento al ver que tanto se la desconsidera en el extranjero.»

X

EL HOGAR GRANDE

Cuando Rafael hubo terminado la lectura de esas cartas, su padre le habló de esta manera :

— Vamos a ver, Rafael, ¿qué consecuencia sacas de lo que has leído?

— Deduzco — dijo Rafael — que no se da uno cuenta del valor de las cosas hasta que las pierde, y que no puede agradar tanto la casa ajena, aunque fuese mejor que la propia.

— Así es, hijo mío. Si a ti te separaran de pronto de tu madre y de mí, y te llevaran al lado de un matrimonio muy bueno, que viviese en un palacio suntuoso, ¿te olvidarías de nosotros y de este hogar mucho más modesto?

— De ninguna manera, papá. Creo que os querría más entonces y recordaría con más cariño todas las cosas de mi casa, por mucho que me admirasen las del suntuoso palacio. Estos rincones donde yo jugaba cuando niño,

estos muebles que veo todos los días desde que nací, seguramente no los tendría iguales entonces, y no me conformaría con que fuesen mejores; yo desearía los mismos.

— Pues eso es lo que sucede, querido Rafael, con la patria cuando se vive lejos de ella. Aunque se viva más ricamente, no se estará satisfecho del todo. Es muy difícil darse cuenta de esto sin haber abandonado el país de uno; pero es también la mejor manera de robustecer el amor patrio. Mas yo no deseo, hijo mío, que pases por semejante prueba, porque la más dolorosa de cuantas puede soportar un ser humano es la de trabajar para vivir en un país que no sea el de nacimiento. Y si prefieres, Rafael, tu hogar humilde al palacio ajeno, ¿cuál crees tú que es tu primera y más sagrada obligación para con tu casa?

— Sentir verdadero cariño por ella — contestó Rafael.

— Naturalmente — indicó D. Damián —; pero no basta eso. Si te limitaras a quererla, por ser la casa de tus padres, en la que has nacido y te has criado, bien pudiera suceder que, al cabo de algún tiempo, la tuvieras que abandonar por sucia y ruinoso, y tal vez los muebles, los cuadros y los libros que conservamos de tus abuelos habría que malvenderlos o quemarlos.

— También es necesario — propuso tímidamente Rafael — cuidar de la casa para conservarla en buen estado y que podamos continuar viviendo en ella.

— Claro está — repuso D. Damián —; pero hay algo no menos importante que olvidas. ¿No se te ocurre?

— Sí tal — dijo Rafael con viveza —. Además de conservar su buen estado, procurarnos en ella más comodidades cada vez y atender a su embellecimiento.

— Muy bien, muy bien — asintió con alegría el padre —. Pues esos deberes tenemos con la patria, que viene a ser el hogar grande, el hogar mayor de todos los españoles. No sólo es necesario conservar lo bueno que tenemos en España, que es la casa de la familia española: debemos de honrar la memoria de las generaciones que nos dejaron esas cosas buenas, como tú honras a tus abuelos conservando los muebles, cuadros y libros que hemos heredado. El cumplimiento de este deber nos exige sustituir lo malo por lo bueno, lo feo por lo bello y lo atrasado por lo moderno, para que podamos vivir cada vez mejor en nuestra casa nacional, a fin de que nos respeten y admiren los extranjeros, y que nuestros descendientes, agradecidos, nos recuerden y nos honren, y que el ejemplo que reciban les estimule a continuar sumando perfecciones. Porque ten entendido, Rafael, que una nación que no prospere sin cesar, retrocede irremisiblemente, puesto que al progresar las otras naciones se quedaría atrás. Por eso la patria, más que devoción, nos exige acción. No basta amar el hogar en que se vive, cual hemos convenido. Todo el que cumple sus deberes trabaja por el engrandecimiento patrio. No sólo el soldado que defiende el suelo o el honor de la patria es patriota. El humilde barrendero de la calle, si cumple con su deber, es también patriota, y merece la estimación de todos. De él depende que esta villa se acredite de limpia; y si

todos los barrenderos de España cumplen con su deber, a ellos deberá España la fama de nación limpia, y serán buenos patriotas... El sabio, en su gabinete o laboratorio; el artista, en su estudio; el literato, en su despacho; el médico, el sacerdote, el abogado, el ingeniero, el artesano, el empleado, el oscuro minero, el sencillo labrador, el colegial, todos, en suma, hacemos labor patriótica si es en provecho del progreso nacional.

XI

EL TRABAJO ENALTECE

El establecimiento de D. Damián consistía en un pequeño comercio, muy bien instalado, en el ramo de papelería y efectos de escritorio, al que agregó su dueño, poco antes de ingresar Rafael, un departamento de librería. Tenía una puerta a la calle y dos escaparates, uno con libros, mientras en el otro se mezclaban plumas, lápices, tinteros, escribanías, raspadores, pisapapeles, cajas de tarjetas y de sobres, libros comerciales y de escuela, cuadernos y postales, no faltando también cosas de tan distinto uso como carteras de bolsillo, pitilleras, bastones y otros objetos de la más diversa semejanza.

En el ramo, era el comercio más favorecido de la villa, pues D. Damián tenía muy buenas amistades, y era en su trato con la clientela muy formal, honrado y nada usure-ro en los precios.

Las simpatías del público por el establecimiento crecieron con la presencia de Rafael, a quien toda la población distinguía y elogiaba. Con su concurso y el del departamento de librería, abierto al público en aquellos días, el negocio adquirió más importancia, cosa que muy pronto advirtió D. Damián en las ventas diarias que todas las noches recogía en el cajón del mostrador.

Rafael prestaba mejor servicio que el muchacho por él relevado, y el padre no cabía en sí de gozo al ver la voluntad y el interés grandes que ponía el hijo en todos los trabajos.

Otro chico menos inteligente y voluntarioso hubiera recibido con repugnancia y disgusto la idea de trabajar en el comercio, después de no haber hecho nunca otra cosa que estudiar y divertirse. Pero Rafael pensaba, a su corta edad, como un hombre, y muy lejos de avergonzarse el trabajo, lo tomaba con gran afición, seguro de que es fuente de salud, bienestar y alegría y de que siempre dignifica al hombre.

Para que supiera estimar el trabajo como un bien y una utilidad, y no como un castigo, su padre le había asignado un sueldo, con lo que al mismo tiempo aprendía a administrar el fruto de sus esfuerzos.

Como no tenía menos de recto que de cariñoso, don Damián trataba a Rafael como hijo y como dependiente, no negándole la protección paternal; pero exigiéndole, como jefe, el cumplimiento de sus deberes. Bien que no eran necesarias con Rafael las exigencias, pues él recordaba y cumplía con mucho gusto las obligaciones con-

traídas. Con el mismo deseo realizaba una labor agradable que otras menos gratas, tales como llevar paquetes a casa de los parroquianos o barrer el establecimiento por las mañanas.

Esta misión de barrendero dió lugar al siguiente caso, digno de ejemplo:

Había en el pueblo un muchacho de algo más edad que Rafael, hijo de un ricachón. El tal muchacho gozaba de muy escasas simpatías entre la gente, por su mala conducta, impropia de quien había nacido en la opulencia; puesto que cuanta más riqueza se posea, mayor educación puede adquirirse.

Era Rogelio tan provocativo que, lejos de sentir respeto por Rafael, su antiguo condiscípulo, en la profesión que éste ejercía en el comercio del padre, le dió por burlarse de él todas las mañanas, cuando Rafael barría el establecimiento.

Su insulto favorito era llamarle *mariquita* repetidas veces, a lo que Rafael no hacía caso y seguía su tarea.

Un día acertó a bajar D. Damián a la sazón que se repetían por tercera o cuarta vez las provocaciones de Rogelio, el cual desapareció de la puerta en cuanto vió al padre del agraviado.

— Desprecia — dijo D. Damián a su hijo — los insultos de ese chico, que será un mal hombre, aunque se pudra en dinero. Eres más digno tú con la escoba en la mano que él con todas las riquezas de su padre, sin las cuales sería un hombre inútil. Tú, al barrer, efectúas una labor honrada, y toda labor honrada enaltece. Tal vez los

principios de la fortuna de ese chico desvergonzado no hayan sido tan honrados como los de la tuya, si llegas a tenerla, y acaso la tengas algún día, porque, trabajando, la podrás adquirir.

Y luego D. Damián se dirigió al escritorio, donde escribió una tarjeta para el padre de Rogelio, que decía así:

«Respetable señor: Ruégole reprenda a su hijo Rogelio, que ha tomado la costumbre de burlarse todas las mañanas de mi hijo, cuando éste barre el establecimiento.

»Mi hijo no es rico, y como precisa trabajar, no es justo que haya quien le desilusione de su amor al trabajo.

»De usted atentamente. — *Damián Pérez.*»

Al día siguiente, cuando Rafael abrió la puerta del establecimiento, fué sorprendido con la llegada de Rogelio y su padre. Éste solicitó la presencia de D. Damián.

Bajó D. Damián, un poco perplejo de aquella visita tan a deshora.

— Vengo con mi hijo — empezó diciendo el ricachón — para que, con la licencia de usted, barra hoy el establecimiento en sustitución de Rafael.

Rogelio vestía su mejor traje, calzaba botas de charol y unos guantes muy finos, porque quiso su padre que luciera el mayor lujo en aquella faena de barrendero, para que el castigo le avergonzara más. A una indicación del padre no tuvo más remedio Rogelio que empuñar la escoba y barrer el establecimiento.

Don Damián y Rafael quisieron impedir aquel castigo; pero el padre de Rogelio no admitió ni excusas ni perdón, y estuvo mirando, satisfecho, cómo barría su hijo, y

hasta le dirigió con aspereza, para que la tarea fuese bien hecha. Después, con el mismo gesto duro, le ordenó barrer la acera a lo largo del comercio, para que lo vieran cuantos por allí pasaban y sintiese mayor vergüenza.

Rogelio ofrecía una escena que movía a risa, por el lujo de la indumentaria con que barría, y de lástima, por la vergüenza que le daba, pues tenía la vista clavada en el suelo y los carrillos rojos como pimientos.

Por último, el ricachón habló al hijo de esta manera:

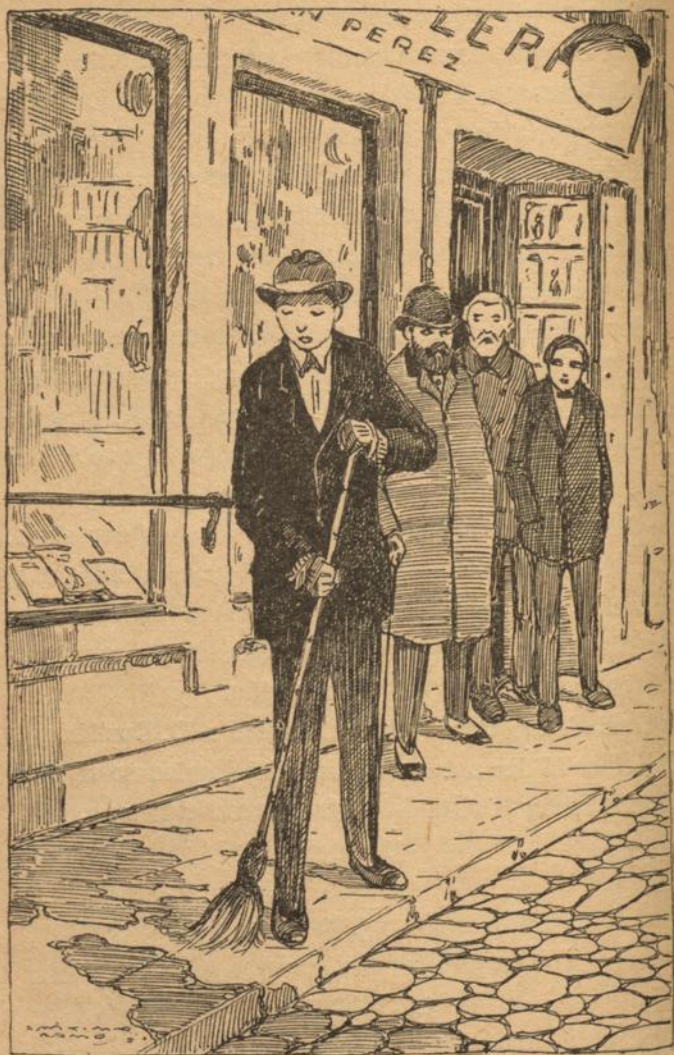
— Todos los trabajos enaltecen a quien los ejecuta, y esta lección no te vendrá mal, por si algún día eres pobre, y no encuentras otro destino para vivir que barrer las calles, pues el barrendero es un semejante tuyo, que no desempeña esa tarea por gusto, sino por necesidad. Él no ha tenido la suerte de nacer rico, cual tú naciste, o, si nació rico, ahora es pobre, como tú puedes serlo. Guarda esos guantes con los que has barrido, como recuerdo para que no olvides la lección.

Y saludando muy respetuosamente a D. Damián y a Rafael, salió del comercio con su hijo, quien no se atrevió a levantar la vista del suelo en todo el tiempo.

XII

LOS LIBROS

Tal parecía que despertaba una gran afición en la villa a la lectura, porque la venta de libros en el estable-



Después, con el mismo gesto duro, le ordenó barrer la acera...

cimiento de D. Damián era tan creciente, de día en día, que constituía el ramo más importante de su comercio.

Los pedidos de libros a las casas editoriales y grandes almacenes de librería, principalmente de Madrid, Barcelona y Valencia, se sucedían unos tras otros sin cesar.

La gente aficionada a leer, la gente instruída, acudía a cada importante partida de libros llegada en busca de novedades literarias, y entonces el establecimiento de D. Damián presentaba un aspecto de feria, y todos los concurrentes salían con pequeños paquetes bajo el brazo, en los que llevaban alimento para el cerebro y el corazón, porque nada como la buena lectura desarrolla tanto las facultades de pensar y sentir.

Don Damián tenía un refinado gusto literario, y desplegaba mucho acierto en la elección de los libros que compraba. Jamás se había dado el caso de que no gustase un libro por él recomendado con interés. Por eso contribuía mucho a que crecieran sin cesar en la villa la inclinación a la lectura y el afán de ilustración. Muchas personas no gozan del placer de leer porque no han tenido la suerte de empezar leyendo un libro verdaderamente entretenido, pues de otra forma no se comprende que haya una persona a quien desagrade la lectura.

Así, D. Damián resultaba un excelente propagador de la instrucción y la cultura en su pueblo, al tiempo que en su comercio obtenía mayores utilidades.

Esta sección de libros era la preferida en el establecimiento por Rafael. Allí le parecía aspirar constantemente

exquisitas fragancias, cual si estuviese en el más perfumado de los jardines. Y en un vergel estaba, porque los libros son las flores más delicadas de la inteligencia.



Esta sección de libros era la preferida en el establecimiento por Rafael.

Cada autor despertaba en Rafael muchos deseos de curiosidad. Le deslumbraba la cantidad de estudio y de trabajo que suponía en cada autor para escribir un libro. Algunos autores, acaso eran ricos y habían escrito sus libros en soberbios palacios, con todas las comodidades; pero otros seguramente vivirían en algún desván, pasando mil fatigas en la pobreza, a pesar de su talento, y ¡quién sabe si mientras escribían eran interrumpidos por sus hijos chiquitines para pedirles pan! ¡Ah, si Rafael supiera cuáles eran

los escritores pobres para vender sus libros antes que los otros! ¿Y cuáles libros serían los mejores? También era justo que los libros mejores se prefirieran en la venta, para que sus autores fueran adquiriendo la fama que jus-

tamente merecían. Él sabría todo esto algún día, y en saberlo ponía su empeño mayor, procurando recoger la experiencia del padre.

De que D. Damián sabía seleccionar los libros en sus compras, ninguna prueba mejor que cierta ligera discusión tenida con un viajante de un almacén de librería de Madrid.

Puso el viajante una maleta sobre el mostrador y sacó de ella algunos catálogos y unos cuantos ejemplares de libros. Don Damián fué eligiendo aquellas obras que le parecieron aceptables, y cuando el pedido, que era largo, iba a concluir, el viajante dijo :

— Observo, D. Damián, que no tiene usted anotadas obras traducidas.

— Sí tal — contestó aquél —. He anotado algunas.

— Muy pocas — insistió el viajante —. Aquí tiene usted esta colección de libros traducidos del inglés, esos del francés, estos otros del italiano... Son libros admirablemente traducidos a nuestro idioma y que tendrían una gran acogida por el público.

— Muy bien, muy bien — repuso D. Damián —; pero yo soy muy poco partidario de las obras traducidas.

— Sí, pero el público, D. Damián...

— Al público, amigo mío, lo que le importa es que se le sirvan buenos libros. Lo que menos le interesa es que sean traducidos, y yo evito en lo posible vender obras que no hayan sido escritas en castellano.

— Pero ¿no tiene usted en cuenta, D. Damián, que las obras traducidas dejan mayor ganancia?

— No lo ignoro; pero es que yo soy español antes que comerciante.

— Usted perdone — argumentó el viajante con cierta sonrisa molesta —. Pero si usted tiene un comercio es para obtener la mayor utilidad en las mercancías, so pena de ser un mal comerciante.

— Procuero obtener la mayor utilidad — contestó don Damián algo incomodado —; pero ¿se ha creído usted que no tengo más deberes que los de comerciante? Le he dicho a usted, y le repito, que antes soy español. ¿Voy a proteger preferentemente a los escritores extranjeros que a mis compatriotas? Yo tengo por un crimen preferir la venta de libros traducidos al castellano por el afán de ganar unos céntimos más en cada uno.

El viajante estaba confundido y acobardado. ¡Qué razón tenía D. Damián! Luego dijo:

— Admiro y aplaudo su conducta, D. Damián, y agradezco la lección. ¡Lástima que todos los libreros de España no piensen igual que usted! ¡Cuántos literatos españoles merecedores de fama no la tienen por el afán de vender libros traducidos!

— Lamento — dijo D. Damián — que la conducta de otros libreros no sea buena; pero yo estoy satisfecho de la mía.

— Pero no me negará usted — indicó el viajante — que si rechazamos los libros traducidos al castellano, tal vez quitemos un medio de ilustración a nuestros compatriotas.

— De acuerdo. Yo no rechazo aquellos libros traduci-

dos que pueden aportar algo útil o bello a la cultura española, y por eso he anotado algunos en el pedido; mas convendrá usted en que se traducen muchos libros muy malos que restan venta a otros muy buenos escritos por españoles.

Recogió el viajante sus muestras, y después de reiterar su amistad a D. Damián y saludar respetuosamente, se fué.

Rafael, que había seguido con interés el curso de aquella charla de su padre y el viajante, quedóse muy pensativo, apoyado de espalda al mostrador de la sección de librería, con la vista fija en las hileras de libros. Observaba en ellos algo en que no se había fijado antes, cual era la abundancia de autores españoles.

Don Damián observó poco después que su hijo no mostraba su natural alegría.

— ¿Estás enfermo, Rafael? — le preguntó.

— No, papá. Me siento bien.

— Y ¿por qué estás tan triste?

— No es tristeza lo que tengo. Estaba pensando en lo que te oí decir al viajante.

— ¿Y se puede saber qué piensas?

— Sobre todo, pienso que es muy cierto cuanto tú me has dicho muchas veces de que todos podemos laborar por el progreso de la nación, y que su engrandecimiento depende de todos. Ahora comprendo bien aquel ejemplo que me pusiste hace tiempo, de que hasta el barrendero de la calle puede ser un buen patriota, si cumple con su deber... Tú también eres un buen patriota, como librero.

— Mucho me alegra oírte — dijo D. Damián emocio-

nado—. ¿No te habías dado cuenta de que tú y yo podemos ser buenos patriotas en nuestro negocio?

— Sí, papá; pero no había visto una demostración tan clara como la de ahora. Indudablemente que si tú pusieras más empeño en vender libros de escritores extranjeros, causarías un mal a la patria, ¿verdad?

— Así es, hijo mío. Pues hemos de pensar que los escritores extranjeros, seguramente preferidos en sus países, tendrían la ventaja de ser preferidos también en el nuestro. Y mientras ellos vivirían en la abundancia con el producto de sus libros, los autores españoles pasarían necesidades, porque no podrían vender los de ellos, aunque fuesen mejores libros. Hay que pensar en la tristeza y las desilusiones que sufrirá el autor de un libro admirable, cuando se vende poco, porque los libreros recomiendan al público otra obra traducida al castellano que vale mucho menos.

Y al público alguien tiene que acostumbrarlo a leer con predilección los libros de autores españoles, y esa misión es un deber de los libreros, tan sagrado como para el soldado defender la bandera.

XIII

PRIMER SUELDO Y ASCENSO

— Hoy cumple un mes — dijo una tarde D. Damián a su hijo — desde que estás a mi lado en el establecimiento. Tu comportamiento me tiene satisfecho. No quiero

negártelo para que te sirva de estímulo. El negocio ha prosperado con tu concurso, y, por lo mismo, te he señalado tres duros más de sueldo, por ahora, que al chico a quien relevaste. Ahí tienes el producto de tu primer mes de trabajo. Pregunta a tu mamá si necesitas comprar calzado, ropa u otra cosa, y el resto lo guardas para, con el sobrante de otro mes, abrir en el Banco una cuenta de ahorros.

Y Rafael tomó en sus manos una cantidad de pesetas que le pareció un capital, pues nunca había tenido suyo tanto dinero.

Pasaban los días sin que Rafael preguntase a su mamá si necesitaba gastar algo del sueldo. Esto fué motivo para que el padre se preocupara de que en su hijo pudiera despertar la codicia de dinero, sobre todo desde que un día vió que Rafael guardaba en el cajón de la mesilla de noche el sueldo íntegro.

Inquieto D. Damián por aquella idea de que en el corazón generoso de su hijo arraigara la usura, todos los días le daba consejos sobre ser económico, pero sin ridiculez ni avaricia, y le ponía ejemplos de personas antipáticas y de mala conducta por ser avaras.

Rafael escuchaba con respeto, como siempre, esos consejos paternales, pero no descubría la intención de ellos.

Así pasaron hasta diez o doce días, cuando una noche pudo, por fin, sacudir D. Damián aquel disgusto que le venía apretando el corazón.

Estaban de sobremesa.

— ¿No hablabais hace cosa de un mes — preguntó Ra-

fael a sus padres—que teníais deseos de ampliar vuestro retrato de boda para poner en la sala el cuadro?

— Es verdad. Ya se nos olvidaba, Ramona —dijo don Damián.

— Sería un cuadro precioso — añadió el hijo —. A mí me alegraría mucho poder veros a todas horas cómo erais hace diez y seis años...

— Sí, sí; encargaremos a un fotógrafo una ampliación —continuó D. Damián—. Vamos abandonando la idea por pereza y olvido...

Doña Ramona, que había permanecido silenciosa hasta entonces, habló, al fin, para decir:

— Lo malo es que no sé dónde he puesto la fotografía.

— No está perdida mamá—aseguró Rafael—. La tienes en el armario ropero de vuestra habitación.

— Pues ahí la he buscado yo y no la he visto.

— Si tú quieres vamos allá, que yo te prometo encontrarla.

Y se fueron los dos al indicado armario. En cuanto abrieron sus puertas, Rafael puso en manos de la madre el retrato, que ella se quedó contemplando con deleite.

— ¿Qué es esto mamá?—preguntó Rafael sacando del armario un paquete grande.

— ¡Cosa rara!—exclamó D.^a Ramona—. No sabía que ese bulto estuviese ahí. Será alguna cosa de tu padre.

— ¿Vamos al comedor a que él nos diga lo que es?—preguntó Rafael.

Y volvieron al comedor con el bulto, que también sorprendió a D. Damián.

Quitó Rafael cordeles y papeles, y luego mostró a sus padres lo que el paquete contenía. Éstos se quedaron perplejos hasta que de júbilo lloraron.

Era una preciosa ampliación del retrato de boda, con un hermoso marco. En una esquina del cuadro se leía la



Era una preciosa ampliación...

siguiente dedicatoria, en letras doradas: «A mis queridos padres. Recuerdo de mi primer sueldo.—*Rafael.*»

Para que todo fuese felicidad y alegría en este hogar, el comercio prosperaba de tal manera que un año después de aportar su concurso Rafael, D. Damián, con las economías obtenidas en ese tiempo y algunas que guar-

daba anteriormente, adquirió en propiedad la casa donde comerciaba y vivía.

Esta compra llenó una de sus aspiraciones más halagadoras y fué un motivo de regocijo para su corazón. ¡Ya tenía hogar propio! ¡Era suya la casa donde había nacido su querido hijo!

Por esta causa los tres se creían más dichosos que de ordinario, y pasaron unos días muy risueños por el hogar de D. Damián. Pero como no existe en la vida felicidad eterna, pues todos tropezamos con adversidades cuando menos se piensa en ellas, vino por aquel tiempo una desgracia a poner fin a esos días venturosos.

El empleado de Telégrafos, padre del *Andalucito*, que vivía en la buhardilla, cayó repentinamente enfermo de tal gravedad que a las pocas horas era cadáver.

¡Qué días de angustia se presentaban para la viuda y su hijo, el leal Romualdo! Los dos quedarían desamparados, en la miseria, sin una mano protectora que les ayudase a vivir...

Pero no estaban tan solos en el mundo estos infelices. La generosidad de D. Damián habría de ser esta vez el consuelo de los infortunados vecinos de la buhardilla. Costeó el entierro del empleado de Telégrafos, cuyo cortejo fúnebre fué sencillo, pero muy lucido, porque todos los amigos de D. Damián acudieron a acompañar el cadáver a la última morada.

Pero su piedad no se contuvo ahí. Sabía que la viuda y el hijo quedaban en la más absoluta miseria, y se propuso no abandonarlos. Otros nobles corazones sentían

también aquella desgracia, por lo que se pretendió iniciar una suscripción para que madre e hijo pudieran regresar con el importe a Andalucía; pero allí sólo tenían ellos unos familiares muy pobres, y en su pueblo natal se verían más abandonados que en la villa donde residían desde hacía diez años.

Este propósito le pareció a D. Damián una mala obra de caridad, y se opuso a ella con la más noble intención. Como su negocio reclamaba ya un empleado más, se le ocurrió llevar al establecimiento al *Andalucito*, mientras la mamá cosería ropas de encargo, y, por si fuera poco, no les cobraría el alquiler de la buhardilla.

Todo se hizo así. El *Andalucito* entró en el establecimiento a ocupar el puesto de Rafael, lo que fué un motivo de regocijo para ambos.

Y tal era la buena disposición de Romualdo y tal su comportamiento, que por la mente de D. Damián pasó con perfume de ilusión la idea de que, cuando fuese viejo, podría dejar el establecimiento a los dos muchachos, que entonces serían dos hombres formales y buenos.

XIV

UN GRACIOSO PLEITO

Romualdo desocupaba un cajón de mercancías y las iba colocando en el mostrador correspondiente a efectos de escritorio. De pronto quedóse mirando unas cajas de

cartón; abrió una, observó el contenido y la volvió a cerrar. Tuvo intención de decir algo a D. Damián, pero como le vió ocupado con un parroquiano esperó a que se fuera éste.

— Los lápices que usted ha comprado, ¿no eran de fabricación española?—preguntó Romualdo luego.

— Sí—contestó D. Damián acercándose—; son de un fabricante español.

— Pues estos que han mandado — continuó el *Andalucito* — están fabricados en el extranjero. Vea usted los rótulos de las cajas y el que trae cada lápiz. No están en castellano.

Rafael también se acercó a cerciorarse de lo que denunciaba Romualdo. Don Damián tomó una de las cajas, vió los lápices y, más inteligente que los dos muchachos, comprendió en seguida lo que pasaba.

— El género — afirmó — está elaborado en España; pero el fabricante le ha puesto marbetes en idioma extranjero porque supone que le da más valor al producto.

Y D. Damián escribió la siguiente carta :

«Muy señor mío: Sus mercancías han llegado en buenas condiciones. Únicamente me quejo de haberle pedido a usted lápices españoles y los recibidos son de fabricación extranjera. No convienen a mi negocio, por lo que espero me indique en la forma que desea se los devuelva.

»Su afectísimo s. s. — *Damián Pérez.*»

Tres o cuatro días después recibió D. Damián la siguiente contestación:

«Distinguido señor: Tengo el gusto de manifestarle que los lápices remitidos a usted en la última factura son fabricados en España, aunque los rótulos están en idioma extranjero. Por lo demás le garantizo el buen resultado de los lápices, por estar elaborados con materiales de inmejorable calidad, y puede usted quedarse con ellos, seguro del éxito.

»Con anticipadas gracias, se ofrece de usted atentamente s. s. — *J. Puig.*»

Don Damián leyó con burlesca sonrisa la contestación. Luego la dió a leer a los dos muchachos, y les dijo :

— ¿Qué tal? Convendréis conmigo en que ahora es cuando, con mayor motivo, debemos rechazar esa mercancía, que se pretende pasar por extranjera cuando es española. Sería muy mala nuestra conducta de comerciantes españoles si permitiésemos que la buena fama del resultado de esos lápices la ganara la nación a que pertenece ese idioma en que están escritos los rótulos.

Y D. Damián se fué al escritorio y escribió la siguiente carta, que leyó luego a su hijo y al *Andalucito* :

«Muy estimado señor: Al enterarme por su carta de que los lápices son de producción española, aunque sus rótulos no están en castellano, insisto con mayor motivo en la devolución de ellos. Si la mercancía es tan buena como usted asegura, yo me niego a venderla, puesto que la fama se la habría de llevar otra nación y no España, cual justamente le corresponde.

»Puede usted mandarme esos mismos u otros lápices con rótulos en nuestro idioma, pues yo tendré una ver-

dadera satisfacción en demostrar a los parroquianos que en España se fabrican lápices de insuperable calidad, ya que tengo, como comerciante español, el deber de acreditar los buenos productos españoles, con preferencia a los extranjeros.

»Su s. s. y amigo. — *Damián Pérez.*»

Después que D. Damián hubo leído la carta a los dos muchachos, les habló de esta manera :

«El comerciante que se limita a tener utilidades en las mercancías que vende, podrá ser un buen mercader; pero eso no basta para que sea un ciudadano bueno, cosa que importa más.

»El primer deber del comerciante español es preferir para sus negocios los productos españoles, aceptando solamente los extranjeros de los cuales no pueda prescindir. Cumpliendo así, ayudará al crecimiento y adelanto de la industria nacional, evitando que el dinero vaya a enriquecer a fabricantes de otros países.

»En cambio, si despreciamos nuestros productos, no sólo nos invaden los industriales extranjeros con los suyos, llevándose fama y dinero, sino que nos despreciarían, por considerarnos inferiores. Pero nos causamos un mal mayor cada vez que preferimos una mercancía extranjera, y es que quitamos el pan de muchas bocas, hijos míos, y seremos culpables de la miseria en muchos hogares de obreros españoles.

»Si el obrero gana poco o se pasa temporadas sin trabajo, a causa de que protegemos al obrero de otro país, hay que pensar, hijos míos, en las torturas que pasarán

esos españoles para alimentar y educar a sus hijos, y acaso les obligaremos con eso a cometer delitos para llevar a su casa el pan que sus pequeñuelos hambrientos les piden...

»Yo he aprendido lejos de España a sentir por nuestros productos un gran amor. Cuando estaba en América, una simple lata de sardinas en aceite me parecía un símbolo de la patria y me inspiraba cariño. Y cuando consumía las sardinas, pensaba que tal vez contribuía a librar del hambre y de la ignorancia a los hijos de los obreros que trabajaban en las fábricas de conservas.

»Entonces me representaba en la imaginación unas casitas muy limpias y alegres, de las que por la mañana salían risueños los obreros a sus trabajos, y los chiquitines con sus mochilas de libros a la escuela, bien alimentados y bien vestidos, mientras las madres se quedaban cocinando la substanciosa comida... Si aquellas sardinas no fuesen mejores que todas las demás, me bastaría imaginar ese cuadro tan bello para que las tuviese por superiores a las elaboradas en el extranjero.»

XV

EL IDIOMA

Como las buenas obras, además del placer que se experimenta al ejecutarlas, alcanzan frecuentemente algún premio, el rasgo de D. Damián al devolver los lápices, le

valió una satisfacción que él estaba muy lejos de imaginar.

El director del periódico local, que era, como hombre ilustrado, buen cliente del departamento de librería, al enterarse de la acción de D. Damián, y ver en el caso un ejemplo muy digno de imitación, publicó en su diario un hermoso artículo, que decía así :

«Se pierden a diario en el olvido muchos hermosos ejemplos de conducta ciudadana, que merecen la publi-



Un hermoso artículo...

cidad, para que sirvan a modo de semilla fructífera, y tal es un rasgo que enaltece a un ilustrado comerciante de esta localidad, D. Damián Pérez, de cuyas valiosas prendas personales creemos innecesario hacer mención, puesto que es bien conocido y apreciado por todos.

»Don Damián sustenta y practica el hermoso concep-

to de que todos somos soldados de la patria, a la que cada uno, en su puesto, puede defender y afamar, por lo que él, en su condición de comerciante, lucha por la defensa y el enaltecimiento de nuestra querida España como el mejor soldado.

»Hace unos días recibió el Sr. Pérez una remesa de lápices de insuperable calidad, fabricados en España, y advirtiéndole que los rótulos de las cajas y de los lápices no estaban escritos en nuestra rica lengua, los devolvió al fabricante, con una hermosa y patriótica carta, en la que decía no estaba dispuesto a vender un producto español que diera crédito y fama al país de cuyo idioma eran los rótulos.

»No puede ser más simpática esta actitud, y bien demuestra que no está en su establecimiento D. Damián Pérez, como tantos otros comerciantes, atentos sólo con miras egoístas a su particular conveniencia. Él comercia y honra a su patria a la vez, prefiriendo para la venta en su establecimiento los productos de la industria nacional, y, entre éstos, escoge los que le dan fama a España, y rechaza los que se la roban, como los lápices por él devueltos.

»Hay algo no menos importante en este rasgo de don Damián, y es la defensa que hace de nuestra lengua, porque el idioma es uno de los exponentes más geniales de nuestra patria y de la raza española.

»Defender el rico y precioso idioma, elaborado por todas las generaciones que nos han precedido en nuestro suelo; conservar la pureza y tender al enriquecimiento.

de ese incomparable tesoro de nuestro lenguaje es un empeño patriótico que merece las más calurosas alabanzas.

»Porque nuestro idioma no es simplemente el vehículo de que nos servimos para cambiar ideas y sentimientos. Le debemos también gran cariño, porque es el habla en que hemos aprendido a llamar a nuestros padres y a balbucir las primeras palabras. Pero hay una razón no menos poderosa que nos obliga a tener por el idioma propio la veneración que merece una de las más sagradas reliquias patrias. Recordemos que en esta lengua escribió Cervantes el más bello de cuantos libros han escrito los hombres de todos los tiempos y de todos los países. Recordemos que en ese idioma escribieron también aquellos sabios varones de renombre universal, a quienes España debe mucha fama, tales como Lope de Vega, Calderón de la Barca, Herrera, llamado *el Divino*; Fr. Luis de León, Quevedo, los Argensola, Baltasar Gracián, Santa Teresa de Jesús y mil más, cuya enumeración tomarían a ofensa los lectores, porque les son nombres muy conocidos. Recordemos que en ese mismo idioma escriben actualmente muchos filósofos, poetas, novelistas, dramaturgos, periodistas y se expresan oradores eminentes. Recordemos, por último, que en ese mismo lenguaje hablan en América diez y nueve naciones hijas de España, la fecunda España, madre de pueblos.

»Es un deber sagrado e ineludible defender nuestro idioma, y nosotros le tributamos un caluroso aplauso a quien tan altos deberes cumple.

»Reciba, pues, D. Damián Pérez la más entusiasta felicitación de cuantos confeccionamos este periódico.»

XVI

LOS MÉRITOS PERSONALES

Esta ejemplar conducta de D. Damián le fué granjeando las simpatías de todos y dándole rango de prestigiosa personalidad.

Los comerciantes de la villa hacía tiempo que sentían la necesidad de fundar una Cámara de Comercio para proteger sus intereses comunes, en beneficio de ellos y de la población. Un día surgió la idea con más entusiasmo que otras veces y quedó constituida la Cámara, siendo proclamado presidente D. Damián.

Muy pronto sus iniciativas empezaron a dar florecimiento a la sociedad de los comerciantes y al pueblo.

El primer triunfo de la Cámara fué conseguir que la Compañía de Ferrocarriles construyera un amplio almacén para carga y descarga de las mercancías, pues el que había era pequeño, viejo y sucio, sin que hasta entonces le hubiese preocupado a la Compañía el deterioro que sufrían allí los géneros comerciales.

La Cámara de Comercio elevó a la Compañía una instancia a nombre de todos los comerciantes, pidiendo la reforma del almacén, con la amenaza de que si la Empresa no les atendía, dejarían de recibir por tren los géneros comerciales. Entonces la Compañía ferroviaria se apre-

suró a construir un magnífico depósito y, además, elegante, que embellecía la población.

Ventajas parecidas obtuvieron en el puerto con la reparación de los muelles y la construcción de otros.

Ningún ejemplo como esos demostraba tan claramente al pueblo que las fuerzas asociadas son capaces de empeños mucho mayores que separadamente.

La Cámara de Comercio fué en seguida el organismo más poderoso de la villa, merced a las hermosas iniciativas de D. Damián.

De este modo, a las muchas satisfacciones que sentía juntaba ahora la admiración y el cariño de su pueblo, valiéndole tal popularidad, que su nombre era en toda la provincia garantía de ciudadano modelo.

La tranquilidad y dulzura de su espíritu rechazaban toda ambición de altos puestos sociales y políticos; pero como el hombre civilizado no depende de sí mismo nunca, puesto que sólo el salvaje no cumple deberes, D. Damián estaba sujeto, como todos, a sacrificar su sosiego individual en provecho de la colectividad. Por eso había sido llevado a la Presidencia de la Cámara de Comercio, en cuyo puesto iba a cumplir dos años sin que ningún socio pensara en sustituirle, pues todos se consideraban incapaces de dar a la Cámara y al pueblo el esplendor que les daba él.

Y por eso también, en las primeras elecciones municipales, todo el pueblo, los ricos y los pobres, pensaron en D. Damián como el mejor alcalde que podían tener, porque todos esperaban de él gran progreso de la villa y mayor bienestar para todos los moradores.

Cuando le fué anunciado el propósito por los hombres de más representación en el pueblo, D. Damián rechazó la proposición, diciendo que él no era político ni reunía cualidades para gobernar la villa. Pero fué inútil; al siguiente día una manifestación numerosa de vecinos se dirigió a su casa para pedirle, en nombre del pueblo, que aceptara la designación, porque él no podía negarle al pueblo el concurso que le pedía para la prosperidad de la villa. Y D. Damián se vió obligado a aceptar aquella petición que le hacían con tanto empeño.

Era, pues, alcalde, cargo con el que no había soñado nunca, porque los hombres modestos son así.

Don Damián encontró el tesoro municipal con deudas, lo cual suponía un obstáculo tremendo para desplegar buenas iniciativas, y su primer esfuerzo se dirigió a implantar economías. Eran excesivos los gastos que soportaba el Ayuntamiento. Había en él más empleados de los precisos, y procedió a suprimir aquellos que no eran necesarios. Pero no tomó la mala medida de dejarlos cesantes, cual haría otro alcalde menos bondadoso, causando la ruina en muchos hogares al quitar a los jefes de familia los medios de ganar el pan. No; D. Damián no cometió esa injusticia; empezó por solicitar de comerciantes e industriales destinos adecuados a los empleados que habría de despedir del Ayuntamiento, y a medida que los iba consiguiendo, algunos mejor retribuidos, firmaba las cesantías de aquéllos, para que al siguiente día fueran a ocupar sus nuevos empleos.

Este bello rasgo del nuevo alcalde fué muy bien aco-

gido en el pueblo, y hasta en los mismos individuos despedidos del Ayuntamiento y sus familias encontró don Damián gratitud y admiración.

Entretanto, con esa medida y otras semejantes, los ingresos del Ayuntamiento cubrieron los gastos precisos y aun sobraba algo para introducir mejoras en la villa.

Conseguido por el nuevo alcalde su primer objeto de poner en buenas condiciones el tesoro municipal, acometió con empeño la idea de asear y embellecer la villa, como primera condición necesaria a todo pueblo, para merecer el cariño de sus habitantes y el respeto de los forasteros, pues un pueblo sucio se deja estimar muy difícilmente. Redujo el número de guardias municipales en lo que permitía una población tranquila como aquélla, y aumentó el de barrenderos para que prestaran constante servicio en la limpieza de las calles. Y con esto la villa, que estaba bastante desaseada, adquirió en seguida un aspecto de limpieza que era un encanto.

Después, en la medida que los ingresos del Ayuntamiento lo permitieron, puso su atención en el arreglo de algunas calles que tenían el pavimento lleno de baches. Más tarde mejoró el servicio público de alumbrado. Luego atendió a la limpieza y restauración de los edificios públicos, especialmente las escuelas.

Entonces, como los propietarios habían recibido el ejemplo del Ayuntamiento, cuyos edificios fueron aseados y pintados, D. Damián solicitó de aquéllos que hicieran lo mismo con sus propiedades, y muchas casas sucias adquirieron un aspecto de nuevas y alegres.

La villa se vistió de gala con estas medidas del nuevo alcalde, al extremo de que en todos los pueblos de la provincia ganó fama de población moderna y atractiva. En tanto, de D. Damián se hacían, dentro y fuera de la villa, los más calurosos elogios como alcalde de excepcionales méritos.

Pero aún queda por indicar una de las obras más simpáticas de D. Damián, y es la que se refiere a la conservación y mejoramiento de los dos parques que tenía la población. Aumentó el número de jardineros y suprimió los guardaparques, suplidos con carteles en latón, uno de los cuales decía:

Propiedad del pueblo.

Nadie como el dueño está más obligado a cuidar de su propiedad.

En otro se aconsejaba:

El hombre desea el embellecimiento de su casa, y el ciudadano desea el embellecimiento de su pueblo.

En otros pequeños se leía:

Los jardines floridos son la alegría de los pueblos.

Respetad las flores, para que todos goce-mos viéndolas.

Y nadie cogía flores, porque todos sabían que los ale-



Y nadie cogía flores...

gres jardines, orgullo de la villa, se volverían tristes sin ellas.

XVII

JUSTICIA

Una de las virtudes que más adornaban a D. Damián era su gran amor a la justicia. No hubiera cometido una injusticia en su vida ni por las mayores riquezas. Como alcalde tuvo muchas ocasiones de probarlo.

Había publicado un bando prohibiendo, bajo pena de

multa desde 5 a 25 pesetas, que los vecinos arrojaran objetos y suciedad a la calle; la cual disposición fué muy respetada en general. Sin embargo, como D. Damián era muy recto en exigir a todos el cumplimiento de sus deberes, los policías denunciaban a alguno que otro vecino por faltar a esa orden municipal, y, de cuando en cuando, D. Damián veíase obligado a imponer multas.

Cierta vez un policía denunció a uno de los vecinos más ricos de la villa, amigo de D. Damián, y el denunciado escribió una carta al alcalde rogándole le perdonara la multa. Pero D. Damián contestó diciendo que no podía faltar a su deber de gobernar con justicia, y que no le era posible atender su petición. Al siguiente día impuso a su amigo rico la multa más alta, o sea la de 25 pesetas.

Días después se encontró en la calle con el multado, quien le negó el saludo, y en lugar de vengarse de aquel desprecio fué a casa del amigo a darle una explicación que le sirviera de educación ciudadana.

Recibióle el amigo con muy marcada frialdad, que don Damián procuró disimular, atento a conseguir el fin que se había propuesto.

— Vengo a visitarle — dijo — porque he advertido su enojo de usted hacia mí...

— Hombre, no me falta razón—repuso el otro—, porque bien pudo hacer usted la vista gorda...

— La vista gorda, amigo mío—continuó D. Damián—, la hace una autoridad que le importe poco gobernar con justicia. Usted ha sido uno de los que se empeñaron en

que yo fuera alcalde, y no creo haya tenido usted ese deseo para que yo hiciese la vista gorda. Pero bien: yo no sé cometer injusticias, y como usted me pedía que cometiese una, no he podido complacerle.

— Me ofende usted, señor alcalde—opuso el otro con gravedad—. Yo le pedía un favor...

— No se dé usted por ofendido — interrumpió D. Damián—, pues voy a demostrarle que yo no podía concederle ese favor. Yo, como primera autoridad del pueblo, no puedo mostrar preferencia por ningún vecino, si bien como Damián Pérez puedo tenerla con quien más me agrade. Pero usted pidió el favor al alcalde, y aunque como Damián Pérez hubiera deseado complacerle, el alcalde estimó que cometía con ello una injusticia, puesto que no se ha dejado de cobrar ninguna multa a los vecinos que arrojaron suciedad a la vía pública. Si yo dejara de multar a usted, toda la población tendría derecho a protestar de mi conducta. Por otra parte, los policías, al ver que yo hacía *la vista gorda* con mis amigos, me imitarían cada cual con los amigos suyos para no denunciarlos, y pronto volvería a ser la villa lo sucia que era hasta hace tres años.

— Me parecen aceptables sus razones, señor alcalde —dijo el otro, alegrando el gesto—; pero es que la multa mía ha sido la mayor de todas.

— Nada más justo, amigo mío. Usted es uno de los vecinos más ricos, y el más rico de los que hasta la fecha han incurrido en la falta, y sería una injusticia muy grande que le costase a usted lo mismo que a cualquier

obrero que necesita de su trabajo constante para vivir. Las multas mayores no son las de 25 pesetas, sino las de 5, porque la de 5 recae en los vecinos pobres, que la pagan con mayores sacrificios que usted la suya. Esta es, amigo mío, mi manera de gobernar, y cuando el pueblo no esté conforme con ella, presentaré la renuncia de mi cargo, y a mi casa me voy tranquilo.

Y D. Damián se levantó para retirarse; pero el otro, que comprendió la razón que le asistía al alcalde, no pudo contener un rasgo de nobleza, y poniéndole los brazos en los hombros, le dijo:

— Don Damián, deme usted un abrazo y perdóneme. Fui un insensato y merecí esta lección. Es usted la persona más honorable que he tratado en mi vida. ¡Lástima que todos los alcaldes de España no sean como usted!

XVIII

DE VILLA A CIUDAD

El Ayuntamiento absorbía toda la atención de D. Damián, porque, celoso cumplidor de sus deberes, quería poner el sello de su rectitud y de su entusiasmo en cuantas cosas pertenecían a la administración municipal.

Bien es verdad que D. Damián, al entregarse por completo a las funciones de su cargo, no era en perjuicio de los negocios en su establecimiento. Contados instantes pasaba en el comercio, pero tampoco se necesitaba allí

su presencia. De no haber tenido quien cuidase con verdadero interés del negocio, no habría podido aceptar aquel cargo de tanta responsabilidad. Pero D. Damián tenía depositada plena confianza en su hijo y en Romualdo, que ahora estaban ayudados por otro chico principiante.

Y bueno será advertir que tanto Rafael como Romualdo sólo eran hombres en su conducta, puesto que contaban a la sazón diez y ocho y diez y siete años respectivamente, edad en que otros muchachos se conducen como simples muchachos.

Y así fué como pudo D. Damián aceptar el cargo de alcalde para darle a su pueblo la importancia y el esplendor que jamás había tenido, por lo que en todas las esferas sociales le consideraban como insustituible en aquel puesto.

Preocupado con la elevada idea de contribuir por todos los medios a la ilustración del pueblo, fundó una Biblioteca popular. Con intención de sacrificar lo menos posible los fondos municipales, pensó en reunir los primeros volúmenes por donación de los vecinos pudientes, a los que envió solicitudes con ese fin, siendo él el primer donante con un gran número de obras escogidas en su establecimiento de los más famosos autores españoles de todos los tiempos.

Fué tan bien recibida la idea por el pueblo que no quedó ningún vecino de buena posición económica sin dedicar algún libro a la Biblioteca, y pronto se reunió un considerable número de volúmenes. También solicitó

libros de las autoridades y personalidades más notables de la provincia, y todas enviaron algunos.

Después, D. Damián, atento a economizar los gastos del Ayuntamiento, instaló la Biblioteca en una de las salas más amplias de la Casa Consistorial, y desde entonces la Biblioteca popular fué como un Casino del saber,



... y desde entonces la Biblioteca...

donde todos los días se juntaban, unidos en estrecho lazo fraternal, hombres y mujeres, viejos y jóvenes de todas las esferas sociales, ansiosos de aumentar su ilustración. ¡Qué bellissimo espectáculo el de la Biblioteca a las horas de lectura!

Los vecinos de la villa, ante las repetidas demostraciones de lo bien que se empleaba el dinero del tesoro

municipal, pagaban con más gusto que nunca las contribuciones y todos los impuestos que recaudaba el Ayuntamiento para atender a los gastos exigidos por el cuidado y el progreso de la población. Así la villa iba tomando visiblemente aspecto de ciudad. Y ¿a quién no le alegra el corazón el progreso del pueblo en que ha nacido?

Los adelantos se sucedían incesantemente. La pescadería, que ocupaba un local ruinoso, oscuro y mal oliente, fué demolida, y en su lugar se levantó un edificio sencillo, pero elegante, muy ventilado, higiénico, lleno de mostradores de mármol y de vidrio. Como era espacioso, en él se instalaron también las carnicerías, quitándole a la población el feo aspecto que le daban diseminadas por las calles.

Seguidamente D. Damián acometió una de sus empresas más atrevidas y notables, cual la de dotar a la villa de un acueducto que suministrara agua potable y abundante a los vecinos, en sus casas, sin necesidad de que acudieran a los caños públicos. Esta obra era superior a los posibles económicos del Ayuntamiento; pero D. Damián, después de tomar el parecer de los vecinos más ricos, hizo un empréstito que fué cubierto inmediatamente. Las obras del acueducto fueron concluídas muy pronto, con gran contento del vecindario, que por una corta mensualidad que pagaba cada vecino, tenía en su domicilio el servicio de agua, que es uno de los que más se aprecian en toda población, porque el agua es tan necesaria para la vida como el aire.

Y por aquel entonces otra obra menos importante, pero también de levantado propósito, fué acometida por D. Damián. Consistió en cambiar los nombres de las calles por los de aquellos varones nacidos en la villa y que habían enaltecido a España en las Ciencias, las Artes y las Armas.

Como eran más las calles que los personajes verdaderamente ilustres, las otras fueron bautizadas con nombres o sucesos españoles de renombre universal, y así fué como algunas tomaron los nombres de Cristóbal Colón, América, Cervantes, Don Quijote, y se dejaron otras que tenían estos rótulos: Lepanto, Trafalgar, Velázquez, Dos de Mayo y Cortes de Cádiz.

Pensando D. Damián en la Agricultura, como principal fuente de riqueza en los pueblos y las naciones, ideó crear una granja, en la que los agricultores aprendieran a mejorar sus cosechas y ganados. Para este empeño, el alcalde obtuvo del Gobierno un apoyo en metálico. El Ayuntamiento contaba con un terreno apropiado, próximo a la villa, y allí se instaló la granja, dividiendo una parte de ella en pequeños cuadros de tierra, en los que se podía apreciar el espléndido desarrollo de las plantas, con abonos adecuados y riegos, y lo raquílicas que se criaban sin esos estimulantes. En otro lugar había ejemplares de aves de corral, en las que se advertían las ventajas de ciertos cuidados especiales y poco costosos. Otro departamento estaba dedicado a la cría de ganado y mejoramiento de las razas; allí había excelentes ejemplares de toros, vacas, cerdos, caballos, carneros. Y, por

último, en el centro de la granja, al lado de un riachuelo poblado de patos, gansos y cisnes, se levantaba un pequeño grupo de sencillos edificios, destinados a viviendas del ingeniero y peritos agrónomos y demás empleados; laboratorio para analizar tierras, frutos, leche, etc.; cuadras para los animales, y almacenes de abono, utensilios, máquinas agrícolas, tales como arados, sembradoras, segadoras, etc.

Después que la granja quedó instalada con todos los servicios organizados, fué inaugurada oficialmente con un acto solemne muy lucido, al que acudió la mayor parte del pueblo y también muchos forasteros, quedando admirados unos y otros de cuanto sus ojos contemplaron.

A la inauguración de la granja concurren las más altas autoridades de la provincia y las locales. Al aparecer en la granja tan numerosa y brillante comitiva, el público prorrumpió en aplausos estruendosos y se oyeron ensordecedores vivas al señor alcalde, el cual los escuchaba emocionadísimo.

Rafael, mezclado en la multitud, pudo enjugar disimuladamente las lágrimas que brotaron en sus ojos, ante aquellas muestras de admiración y cariño a su padre. Cada viva de aquellos que rasgaba los aires le estremecía todo el cuerpo y le ensanchaba el corazón como si quisiera salirse del pecho. Al *Andalucito*, que estaba a su lado, aquel júbilo popular le causaba escalofríos. Los dos estuvieron silenciosos, sin acertar a expresarse la emoción que se había apoderado de ellos.

La ceremonia, que fué amenizada por la Banda de mi-

sica municipal, concluyó con un brillante discurso pronunciado por un sabio catedrático de la Universidad, uno de cuyos párrafos más bellos era éste:

«Porque, señoras y señores: así como el hombre atiende, ante todo, a la nutrición para vivir, los pueblos tienen que satisfacer esa más apremiante necesidad. Por grandes calamidades que sobrevengan en un país, si ha cuidado de explotar su suelo con un gran desarrollo de la Agricultura, jamás perecerá de hambre, y pasados los momentos de angustia volverá a ser un pueblo vigoroso, sano. En casos de peste y de guerra no le faltará lo necesario para vivir, porque en la paz y el bienestar los agricultores prepararon la defensa nacional arrancando provisiones a la generosa tierra.

»Por otra parte, observad que de la Agricultura disfrutan lo mismo ricos y pobres, sanos y enfermos, cosa que no sucede con las otras fuentes de riqueza creadas por el ingenio de los hombres, las cuales establecen privilegios. Y si a esto unimos que a la tierra, siempre pródiga, le debemos todo cuanto existe, desde el alimento al vestido, desde la casa que nos alberga hasta los objetos que recrean nuestro deseo, porque todo sale de ella, bien haremos en sentir por el suelo uno de nuestros más fervientes cultos, uno de nuestros más acendrados amores. La tierra nos demanda un sagrado respeto.»

XIX

EL DOLOR DE LOS ANIMALES

Desde que un día un carretero estuvo a punto de matar, ¡el muy bruto!, una mula a palos, el alcalde había prohibido, bajo pena de multa, castigar los maltratos a los animales, ya que es propio de pueblos cultos sentir respeto por ellos. Pero cierta vez se le presentó a D. Damián un caso que le puso en un aprieto.

Dos guardias municipales llevaron a su presencia a tres muchachos que habían apedreado cruelmente a un perro, hasta el punto de que el can huyese con un ojo bañado en sangre, cojeando y emitiendo desgarradores aullidos.

Los tres muchachos eran de familias humildes, a juzgar por las ropas remendadas que vestían y los zapatos viejos o rotos que calzaban. El mayor de ellos acaso no pasaba de los diez años.

— ¿Están ustedes seguros de lo que dicen, guardias? — preguntó D. Damián.

— Sí, señor alcalde — contestaron los policías —. Los tres porfiaban a cual más fuertes pedradas le daba al pobre perro, al que hirieron en un ojo y en una pata.

— ¡Qué horror! — exclamó el alcalde —. ¿Pero es verdad que tenéis corazones tan duros? ¿No sabéis que los animales sienten dolores lo mismo que las personas? Y son mucho más dignos de lástima los animales, porque

apenas pueden defenderse ni siquiera acusar a quienes les causan daño. Esos aullidos del perro apedreado eran sus quejas de dolor y gritos de socorro. Lo mismo que haríais vosotros si os vierais apedreados y heridos...

Los tres chicuelos estaban avergonzados, sin atreverse a respirar. En su interior comprendían que el alcalde tenía razón y, arrepentidos, formaban el propósito de respetar y querer en lo sucesivo a los animales.

Don Damián, después de una pausa, continuó el discurso así :

— Y es el caso que habéis incurrido en un delito que tiene su castigo; pero como vosotros sois niños y no tenéis dinero para pagar las multas, multaré a vuestros padres, aunque son inocentes. No me queda otro remedio, porque los delitos de los hijos pequeños condenan a los padres. ¿Qué os parece lo que habéis hecho? Vuestros padres, los pobres, creen que sois buenos con los animales, y, cuando menos lo esperan, sus hijos cometen un crimen con un infeliz perro, y los ponen en el caso de tener que pagar multas... ¿Son ricos vuestros padres?

— No, señor — contestaron los tres.

— ¿En qué trabajan?

— El mío es marinero — respondió uno.

— El mío albañil — dijo otro.

— Y el mío ebanista — aseguró el tercero.

— ¿Tenéis hermanos? — preguntó nuevamente el alcalde.

— Sí, señor — respondieron a la vez los tres.

— Pues siento multar a vuestros padres, porque nece-

sitarán trabajar varios días para cubrir las multas. Seréis los causantes de que se pase hambre en vuestras casas. Vosotros bien lo merecéis, por crueles; pero lo peor es que vuestros hermanos también pasarán hambre sin haber dado ningún motivo...

— Señor alcalde — dijo con voz triste y sin atreverse a levantar la vista del suelo el mayor de los muchachos—: nosotros prometemos ser muy buenos con los animales, si usted nos perdona.

— No me basta esa promesa — contestó D. Damián, al tiempo que daba un peñetazo en el pupitre, con lo que se tambaleó el tintero y se amedrentaron los muchachos—. Pronto volveríais a pegar a otro animal; si os perdonara. Es preciso que vuestros padres paguen las multas, y si no tienen dinero los meteremos en la cárcel.

Estas últimas palabras del alcalde pusieron tal espanto en los tres chicuelos, que rompieron a llorar copiosamente.

— Perdón, señor alcalde — dijo uno.

— Seremos muy buenos — gimió otro.

— Querremos mucho a los animales — imploró el tercero.

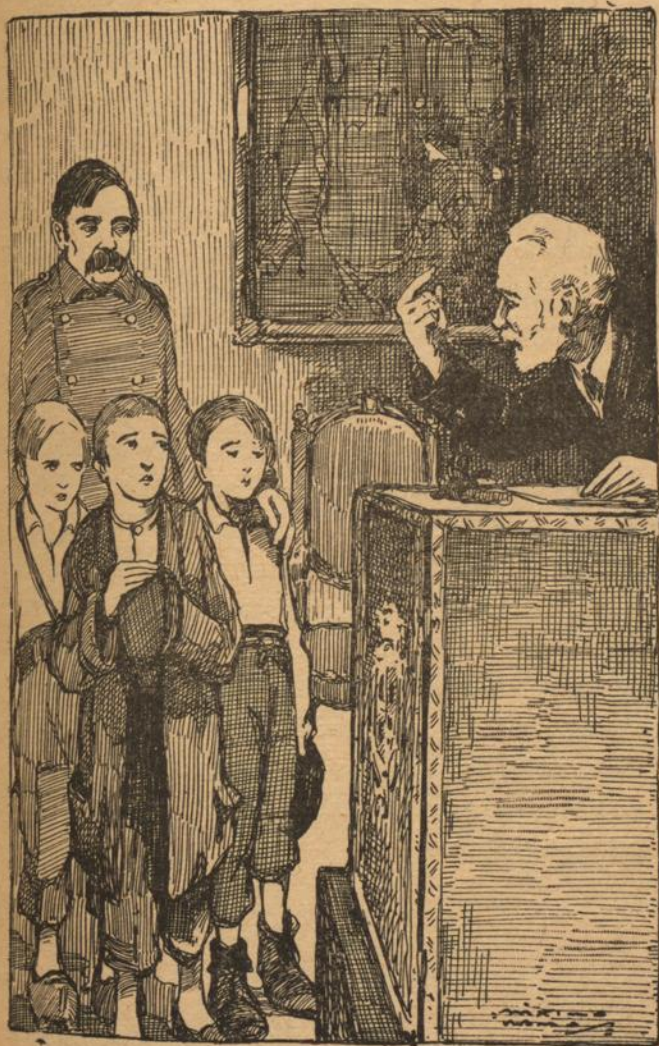
— Perdón, perdón, perdón — pidieron a coro repetidas veces.

— ¿Es verdadero vuestro arrepentimiento? — preguntó el alcalde.

— Sí, señor — afirmaron los tres, secándose los ojos.

— No me engañéis. ¿Juráis dar buen trato siempre a los animales?

— Sí, señor.



— No me basta esa promesa ...

— Bien. Os perdonaré. Iros a vuestras casas.

Y los tres muchachos se fueron muy agradecidos, y sintiendo en sus corazones gran cariño por los animales.

Pasaron unos meses. En casa del alcalde era día de gran fiesta. Se celebraba el santo de D. Damián, y con este motivo se habían reunido allí las personas más distinguidas de la villa, cuando la criada avisó al alcalde que tres niños artesanos deseaban verle.

— Que pasen — dijo.

Y entraron en la sala tres chicos vestidos pobremente, pero limpios, cada uno con un pequeño ramo de flores. Tan avergonzados se sintieron ante tanta gente, que ni las buenas tardes dieron, y sin acertar a decir una palabra ofrecieron las flores a D. Damián.

El alcalde, que había reconocido en ellos a los tres muchachos perdonados, se sintió tan sorprendido y emocionado por aquella preciosa muestra de gratitud, que tampoco acertó a dar las gracias. Cuando pudo reponerse de la emoción, ya era tarde: los chicuelos habían escapado escalera abajo como si huyeran perseguidos.

Era sin duda el más hermoso homenaje que recibía el alcalde en sus días.

XX

A VIAJAR POR ESPAÑA

Rafael iba a cumplir los veinte años, cuando un día D. Damián entabló la siguiente conversación con él y Romualdo:

— Hijos míos : Deseo desentenderme en absoluto de los negocios para premiar, a la vez, vuestro buen comportamiento. ¿Os agradecería que yo me retirara del comercio para que sigáis los dos administrándolo en provecho vuestro?

Los dos jóvenes se quedaron perplejos, como quien oye lo jamás soñado, y se miraron recíprocamente con un intento de sonrisa, por parecerles, tal vez, que D. Damián quería gastarles alguna broma.

— Vamos, hablad — insistió D. Damián —. ¿Queréis ser dueños para que podáis obtener capital propio? El negocio, si lo atendéis como hasta la fecha, os lo promete.

Don Damián hablaba con tal seriedad, que sus palabras causaron gran sorpresa en los jóvenes. En Romualdo, la sorpresa se trocó repentinamente en emoción, y, con los ojos humedecidos, fué el primero en responder.

— Don Damián — contestó con voz temblorosa — lo que usted nos propone, por mi parte, es superior a mis méritos y a mis aspiraciones, porque yo no creo haberle pagado todavía, ni se lo pagaré nunca, el inmenso favor de habernos amparado a mi pobre madre y a mí al fallecer mi padre. — Y secándose los ojos con el pañuelo continuó : Cuanto usted disponga, siempre será para que yo le sirva a usted con lealtad en todo lo que sea de su gusto. Pues yo le debo cuanto valgo —. Y nuevamente brotaron en sus ojos las lágrimas.

— Papá — dijo Rafael abrazándole —, Romualdo ha interpretado mis sentimientos. Nos ordenas lo que más te plazca.

Don Damián recibió, cariñoso, el abrazo de su hijo, mas apenas le oyó, porque aún estaba emocionado con las inesperadas palabras de gratitud dichas por Romualdo. ¡Qué bien merecido cuanto había hecho por proteger al *Andalucito*, cuyo apodo de muchacho apenas se recordaba!

— Bien, hijos míos, pues empezaría a trabajar en vuestro provecho, y, a medida que obtengáis utilidades, me iréis entregando el capital que os dejo en el establecimiento. Que tengáis la suerte que hemos tenido hasta aquí. Deseo que no os ciegue la ambición. Tened especial cuidado en que no arraigue el egoísmo en vuestros corazones, porque una de las flores que más perfuman nuestra vida es la satisfacción de haber sido siempre generosos. Recordad siempre que yo, sin usura, he reunido un pequeño capital que me alcanza para descansar los últimos años de mi vida con sus rentas. El egoísta está constantemente ahogado por los deseos de riquezas, porque jamás se satisface, y por muchas que alcance, siempre muere pobre. En cambio, el que es económico, sin dejar de ser generoso, se siente en todo momento feliz y rico.

Don Damián hizo una pausa y luego reanudó su discurso; pero con nuevo tema.

— De otra cosa he de hablaros. Yo deseo hacer un viaje por España, porque conozco pocos lugares de nuestra patria, y quiero realizar esa aspiración que hace años tengo. Como que a ti, Rafael, se te aproxima la edad en que todos los españoles adquieren el más sagrado deber

y el más alto honor, cual es servir a la patria con las armas, ofreciéndole hasta la vida si necesitara de ella, quiero que me acompañes en la excursión para que veas y observes lo que es España, recorriendo sus regiones, a fin de que a tus buenos sentimientos patrios juntes la enseñanza de la realidad y los robustezcas, por si llegas a ser soldado, para que no solamente sepas por qué defiendes a España, sino lo que defiendes. Romualdo está libre de ese compromiso de servir en el Ejército, porque es hijo único de viuda, y las previsoras leyes suponen que si se le impusiera a él ese deber, podría morir de hambre su mamá, y un hijo que llorase esa desgracia tendría derecho a rebelarse contra todo, y sería a la fuerza un mal español. Por lo tanto, Romualdo se quedará al frente del establecimiento las semanas que dure nuestro viaje.

Algunos días después, D. Damián y su hijo tomaban el tren para Madrid.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE



I

DE ASTURIAS A CASTILLA

El tren se deslizaba serpenteando por verdes valles, entre altas montañas que ofrecían pintorescos paisajes. Rafael, que había viajado muy poco, iba sin cesar de una a otra ventanilla del coche, con loco egoísmo de contemplar todas aquellas vistas preciosas, brindadas pródigamente por la Naturaleza para recreo de los ojos y deleite del corazón. Le parecía que el tren corría demasiado. Si él hubiera podido contener su marcha en algunos lugares, ¡con qué gusto lo habría hecho!

Avanzaba el otoño, pero el paisaje era primaveral. Las llanuras y las faldas de los montes, cubiertas de fresco verdor, roto en grandes extensiones por tierras de labranza, parecían recibir satisfechas los templados rayos solares que bañaban de pálido oro el panorama.

Con más frecuencia de la que Rafael apetecía, la breve noche de un túnel, abierto por el genio de los hombres a través de una montaña, reprimía su sed de admiración. Entonces ponía alas al pensamiento para adivinar lo que pasaría en la superficie de aquella montaña que atravesaba. ¿Habría sobre su cabeza alguna finca destinada a cría de ganado vacuno, tan abundante en Asturias, que se

suele exportar a otras regiones? Tal vez no; lo más probable es que en las faldas de esa montaña creciesen frondosos los manzanos, los castaños u otros árboles frutales. Y ¿por qué no habría de ser esa montaña de laderas roquizas, en las que se explotaran canteras, ya que no hay en la faz ni en el seno de la tierra nada que no sea aprovechable por el hombre?

Estas suposiciones de Rafael quedaban truncadas por un nuevo y repentino amanecer. El tren salía raudo a un hermoso valle, extendido a ambos lados del camino de hierro, y rasgado en zigzag por un río de suave corriente.

Con frecuencia se sucedían pueblecillos rodeados de boscajes, formados por varias casas de paredes blancas y tejados rojos, en algunos de cuyos pueblos sobresalía el campanario de la iglesia.

De cuando en cuando, el tren se detenía en una estación, en cuyo patio otros trenes cargados de carbón, troncos de pinos, ganado, etc., se cruzaban en su marcha hacia otras provincias españolas, con otros convoyes que traían a la de Asturias trigo, maquinaria y diversos productos.

Este movimiento de trenes, con intercambio de mercancías, despertaba en Rafael recuerdos de sus lecturas sobre la riqueza española, y ahora tomaba de la realidad vista una sólida noción de que nada como ese tráfico reflejaba mejor el progreso de un país.

El tren ascendía ahora, arrastrado por dos formidables locomotoras, un extenso macizo de altas montañas que iba perforando en una muy larga serie de *noches*, que a

Rafael le causaba fatiga. Al tiempo, en el girar de la Tierra, la verdadera noche también privaba a Rafael de admirar la majestuosa obra de la Naturaleza, y fué a sentarse sosegadamente al lado de su padre.

Estaban cruzando la cordillera cantábrica, que separa bruscamente las provincias septentrionales del centro de



Con frecuencia se sucedían pueblecillos...

la Península, y pronto quedaría atrás Asturias. Esto llevó a padre e hijo a recordar amorosamente los valores del país natal. Allí había empezado triunfadora la reconquista del suelo español contra la morisma, y Covadonga se consideraba por tal motivo como un santuario nacional del patriotismo. Allí había nacido la Monarquía española, con la proclamación de Pelayo como rey. Recorrieron con

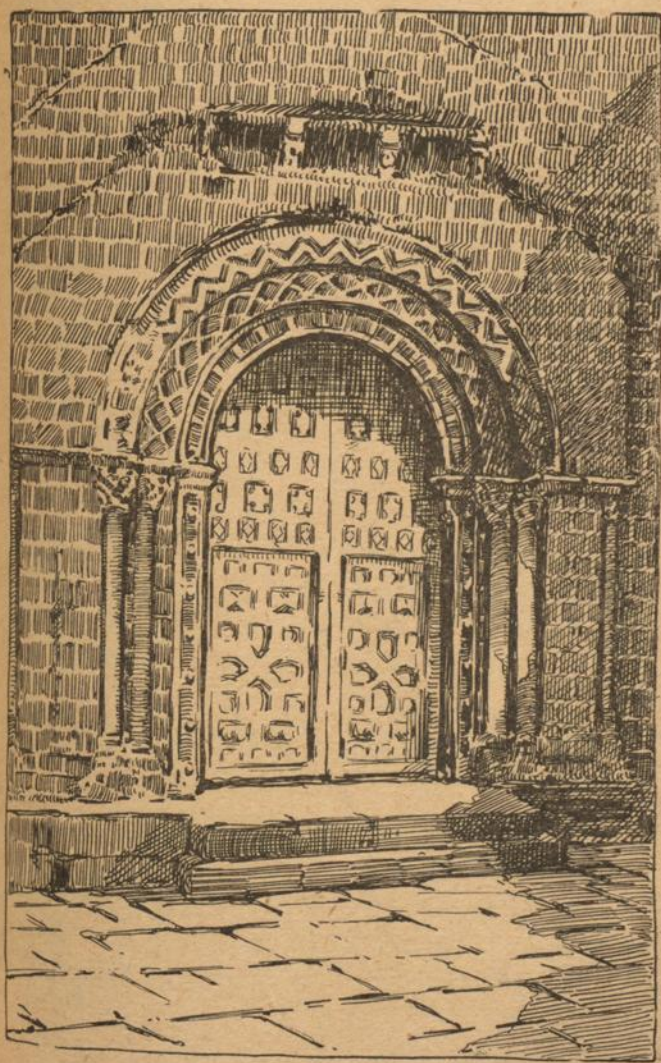
el pensamiento la señorial ciudad de Oviedo, capital de la provincia y antiguamente del reino, fundada por Fruela I, cuyos restos se guardan en la vieja y hermosa catedral, de estilo gótico. Recordaron luego como cunas de hombres ilustres la industriosa villa de Gijón, patria del sabio Jovellanos, la bella y encantadora de Avilés, y a Navia, donde nació el gran poeta Campoamor. Y tuvieron recuerdos también para otros muchos asturianos ilustres fallecidos o que brillaban entonces en los diferentes ramos del humano saber.

Hablaron después de la gran riqueza minera, sobre todo en carbón, plomo y hierro de Asturias, y de sus notables producciones en salazón de carnes y pescados, y del preciado jugo de la manzana, conocido por sidra, una de las cosas que le dan a Asturias celebridad casi mundial.

Y en esta entretenida charla llegaron a León.

Apenas el tren partió de esta antigua capital del reino cristiano, después de Oviedo, a los ojos de Rafael se ofreció un paisaje sorprendente. Acostumbrado al variado y alegre de Asturias, se encontró de pronto con una llanura inmensa perdida en el horizonte por ambos lados del tren, el cual debía de parecer, visto desde las nubes, una culebra que huyese veloz en busca de un refugio, pero cuyo refugio no encontraba, porque la llanura era de leguas y más leguas y la huída duraba horas y más horas.

Aquella monotonía del paisaje, visto a la luz de una luna llena y grande, fatigaba y aburría a Rafael, que via-



Avilés : Portada de San Nicolás.

jabá con la natural curiosidad de ver incesantemente cosas nuevas. Ahora estaba condenado a contemplar una planicie de color macilento. De cuando en cuando surgía algún pequeño pueblo; de tarde en tarde, alguno de mayor tamaño y unos y otros del color de la tierra. Entretanto, ni un cerro, ni una casa, ni un árbol. No había túneles, y los deseaba.

Así es la elevada meseta que forma una gran parte del reino de León y otra gran parte de Castilla la Vieja.

En Palencia subió al tren un antiguo amigo de D. Damián, con el que trabó familiar conversación. También se dirigía a Madrid.

— ¿Conque de viaje recreativo, amigo Damián? — preguntó el palentino.

— Desde hace mucho tiempo tenía grandes deseos de recorrer España—contestó D. Damián—, y aproveché la ocasión para traer a Rafael, porque quiero que conozca a su patria en la realidad, para que confirme lo que tiene aprendido en los libros.

— Bien, hombre, bien — dijo frotándose las manos el de Palencia—. Y a ti, Rafael, ¿te gusta viajar?

— Sí, señor. ¡Pero este paisaje es tan triste!...

— Tiene razón Rafael—indicó su padre—. El aspecto de estas tierras leonesas y castellanas, amarillentas, despobladas, sin árboles ni verdor, da una impresión de tristeza y de miseria. Esto ha de ser muy pobre, amigo mío.

— No tanto como se dice, amigo Damián. Es menos de lo que parece. Bien es verdad que esta meseta caste-

llana fué más rica en remotas edades. Sus tierras eran más fecundas, entre otras razones, porque abundaban en arbolado. Pero como la población de estas provincias no es muy densa, se cultiva lo suficiente para el consumo y aun para exportar considerables cantidades de cereales a otras regiones.

— ¿Nada más que cereales se cultivan por aquí?— preguntó Rafael.

— El trigo, la cebada y el centeno ocupan la mayor parte de la tierra en explotación; pero también se cultivan otros productos, entre ellos el garbanzo y la vid, y constituyen una buena fuente de riqueza para algunas comarcas. Además, aunque desde el tren no se vean con frecuencia, hay también ricas praderas donde se cría en abundancia ganado vacuno y lanar. En fin, que las regiones leonesa y castellana son menos pobres de lo que se dice y de lo que parecen.

— Bien. Pero no querrás comparar esto — arguyó don Damián — con Galicia, Asturias y las demás provincias del Cantábrico, las cuales, además de rica agricultura, tienen floreciente industria.

— No es mi empeño hacer comparaciones — opuso el de Palencia —. Pero ¿acaso no hay también aquí industrias? La harinera es muy importante en estas provincias. En León, además de fundiciones de hierro, hay diversas fábricas; en Palencia, entre otras, las hay de curtidos, de alfarería y de mantas de vieja fama, y en Carrión de los Condes, de lencería y paños. Hay también en ambas provincias minas importantes de hulla.

Valladolid, que es la capital de provincia más populosa de las regiones de León y Castilla la Vieja, es una ciudad de industria muy importante, y bien te lo acaban de decir las altas chimeneas que hace un momento vimos; tiene grandes fundiciones, fábricas de curtidos, guantes, paños, sedería y otros productos. Villalón es famoso por sus quesos. Las provincias de Burgos, Soria, Ávila, donde el terreno deja de ser tan llano y monótono, son menos industriales, pero tienen fábricas de tejidos y curtidoras y otras. Y Segovia bien ganada tiene la fama por sus armas de fuego, y de esta provincia renombrados son los cueros de Sepúlveda y la cristalería de la Granja...

En esto el sueño se apoderó poco después de los dos amigos, mas no así de Rafael, quien continuaba detrás de los cristales de las ventanillas escudriñando el paisaje, ávido de variadas contemplaciones.

II

LA GRANDEZA DE CASTILLA

Al tiempo que el sol desde el horizonte vestía de doradas galas la tierra, Rafael daba vista, con admiración rayana en asombro, a la vetusta y panorámica ciudad de Ávila, dentro de un robusto cinturón amurallado, con gruesos torreones, de estilo romano, construido en el siglo XI. Esta histórica ciudad, situada en un cerro próximo a un extenso y fértil valle, separado por el río Ada-

ja, afluente del Duero, ofreció a Rafael tan grata impresión que, regocijado, despertó a su padre, quien también gozó del bello panorama.

El palentino, que a la sazón abrió los ojos a la luz del día, orgulloso de que los viajeros encontraran motivo de



Ávila : El puente viejo.

admiración donde suponían no haberlos, entabló con ellos conversación.

— ¿Qué tal? Parece que hay algo por aquí, amigo Damián, que merece detenido examen. ¿Qué dices de esa hermosa vista tú, Rafael?

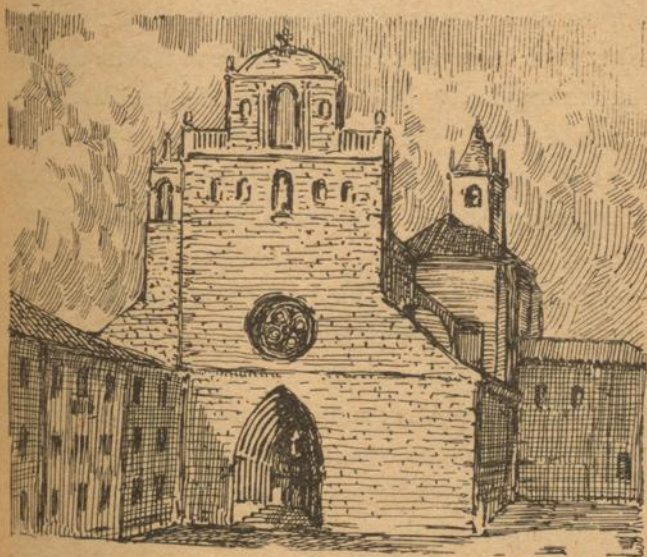
— Que me ha encantado — contestó éste con sinceridad.

— Esto es para que sepáis que por aquí hay también cosas admirables. Todas las provincias españolas—con-

tinuó — tienen algo de qué enorgullecerse por su presente o por su pasado. De los antiguos reinos de León y Castilla la Vieja, su mayor orgullo consiste en la grandeza que dieron a España en pasadas épocas, atestiguada por los tesoros artísticos, principalmente arquitectónicos, de que están llenas sus viejas ciudades. Castilla, durante la dominación romana, y después, cuando la reconquista contra los moros, se fué cuajando de formidables castillos, a lo que debe nombre y fama. Muchos ya no existen, y de otros el tiempo va dejando solamente ruinas, como el de la Mota, cerca de Medina del Campo, en el que murió Isabel la Católica, en 1504. De monasterios famosos sucede lo mismo. Aparte de los que hay en estado ruinoso, por penuria, como el del Paular, en el valle del Lozoya, se conservan muchos admirables y de gran recuerdo histórico, cuales los de Las Huelgas, San Pedro de Cardaña y Santo Domingo de Silos, en las inmediaciones de Burgos; la Cartuja de Miraflores, de pregonada fama, en la propia ciudad; el monasterio de Oña, cerca de Briviesca, en la misma provincia; el de Santa Clara, en Tordesillas, y otros. De castillos, célebres son los de Tierra de Campos y el de Cuéllar, en la de Segovia éste.

— Sí. Es cierto que en estas provincias hay muchos inestimables monumentos arquitectónicos — asintió don Damián —, particularmente palacios y templos de estilo romano y gótico. Yo conozco las catedrales de León y de Astorga, que son dos joyas de gran mérito, en la segunda de las cuales hay un primoroso retablo del escultor Becerra.

— En catedrales—ilustró entusiasmado el palentino— admirables son también la de Ávila, con más aspecto de fortaleza que de templo; la de Segovia, que es monumental; la de Palencia, de rico tesoro; la de Valladolid, es de escaso valor arquitectónico; pero en cambio esta ciudad tiene el Colegio de San Gregorio, con un derro-



San Pedro de Cardena, donde fué enterrado el Cid Campeador.

che de arquitectura, particularmente la galería de un patio, que es una joya de gran mérito. Pero ninguna de esas catedrales es comparable a la de Burgos, de atrevidísimas torres, una de las más famosas que existen. Siempre se encuentra en ella algo nuevo que admirar. En Burgos, que es una ciudad modernizada, como Vallado-

lid, hay también, como en esta población, muchas obras artísticas meritísimas, conservadas en sus museos provinciales. En Segovia también hay reliquias de vieja arquitectura, como el Alcázar, donde estuvo la Academia de Artillería, las murallas y el acueducto romano, formado por dos filas de arcos superpuestos.

Don Damián no ignoraba nada de esto, como también lo sabía Rafael, aunque el palentino tuviese la ventaja de haber visto todas estas cosas. Pero con tal entusiasmo y a la vez orgullo hablaba el de Palencia, que Rafael llegó a pensar que él y su padre estaban representando el desairado papel del que ignora lo que oye. Así es que se propuso darle al compañero de viaje una merecida lección.

— Pues mire usted — dijo —; estas provincias, si me parecen dignas de admiración por los notables monumentos artísticos que conservan, las considero más ilustres por otras muchas razones de no menos importancia. Una, que Castilla ha sido el alma de España, porque de estas tierras salieron la energía y el poder para que España fuera grande en el mundo, y porque aquí nació y se perfeccionó nuestro hermoso y rico idioma, que es uno de los mejores y de los que más se hablan. Otra grandeza incomparable de estas provincias es haber sido cuna de muchos ilustres hijos que dieron gloria a España en las Armas, las Ciencias, las Letras y las Artes. A León le basta haber sido cuna de Guzmán el Bueno, de quien tenemos el más grande ejemplo de amor patrio, cuando consintió que mataran a su hijo antes de entre-

garse al enemigo. A Burgos basta para considerarla inmortal que sea patria del Cid Campeador, motivo de primorosas leyendas del mayor mérito en nuestra literatura. Supongo también que a los valisoletanos les enorgullecen los recuerdos de que allí se casaron los Reyes Católicos, y que allí murió Colón y nació Felipe II, como también que Valladolid fuera posteriormente cuna de los

inmortales poetas Zorri-

lla, Núñez de Arce y

Ferrari. ¿Ni qué mayor

importancia para Ávila

que ser patria de la sa-

bia Santa Teresa de Je-

sús? ¿Habrá superior

timbre de orgullo para

Madrigal y Piedrahita,

en esa misma provincia,

que ser cunas de Isabel I

y del duque de Alba,

respectivamente? El fa-

moso guerrero e histo-

riador Bernal Díaz del

Castillo, ¿no enaltece a

Medina del Campo, su cuna? Y en Cuéllar, de Segovia,

¿no nacieron Alonso de Herrera, el célebre agrónomo;

Diego de Velázquez, a cuyas órdenes conquistó Cortés a

Méjico, y también el famoso navegante y explorador

Grijalba?...

Mientras D. Damián oía a su hijo con enorme gozo



Santa Teresa de Jesús.

ese largo e inspirado discurso, el palentino estaba como avergonzado y estupefacto. Pero al fin le satisfizo la lección al considerar que un joven no nacido en Castilla, y a quien apenas le apuntaba el bozo, sabía más que él, a pesar de sus sesenta años, de la grandeza castellana.

Había ido por lana y lo trasquilaron, según reza un refrán en Castilla.

III

LOS ÁRBOLES

En la conversación con el palentino, Rafael había recogido una idea que ya en otras ocasiones le despertara curiosidad, y se refería a la influencia que en la producción de la tierra tiene el arbolado. Había dicho el palentino que el suelo de Castilla estaba empobrecido por falta de arbolado, y aunque él sabía que los árboles favorecen a la agricultura, no acertaba a explicarse claramente en qué consistía el beneficio.

Como Rafael tenía mucho amor propio no quiso descubrirle su ignorancia al de Palencia, y se propuso comprar, en cuanto llegara a Madrid, un libro que le ilustrara sobre la materia. Pero en la villa y corte, con las gratas y muchas impresiones recibidas, no se acordó en todo el día de la llegada de su propósito.

Fué al tiempo de acostarse cuando le vino a la memoria el olvido, y con esa preocupación se durmió.

En el sueño se presentó a la observación de Rafael la

vista agradable de un pueblecillo alegre y limpio, habitado por los labradores que cultivaban las tierras inmediatas, en una extensión bastante grande de variados cultivos. En la parte más próxima al poblado, crecían rápidamente hortalizas variadas, y árboles frutales ofrecían muchos y diferentes frutos; más lejos, trigo, maíz, judías, patatas, etc., se cosechaban tan pródigamente, que los agricultores, después de reservar las cantidades para la alimentación y las próximas siembras, vendían otras mucho mayores, como sobrante de las recolecciones, con lo que todos vivían en la abundancia, y no pocos se enriquecían.

En efecto; Rafael, en sueños, fué visitando aquellas casas campesinas, una por una, y en todas encontró envidiables comodidades, y muy saludables, satisfechos y alegres a sus moradores. El pueblecillo crecía sin detenerse, y cada vez eran más vistosas las casas que se edificaban.

Cerca de aquel pueblo de tan ricas tierras, Rafael vió un bosque bastante extenso, materialmente cuajado de árboles corpulentos y elevados, el cual atraía su mirada con persistencia, tal vez por la preocupación con que se había dormido.

Entusiasmado contemplaba esta preciosa selva, cuando advirtió que los campesinos talaban los árboles por distintos lugares de ella, y se llevaban carros y más carros de troncos y de leña. Le parecía a Rafael que toda aquella madera les valdría mucho dinero a sus dueños, pero a él le disgustaba enormemente ver cómo mermaba el bosque, llevándose del paisaje su nota más alegre.

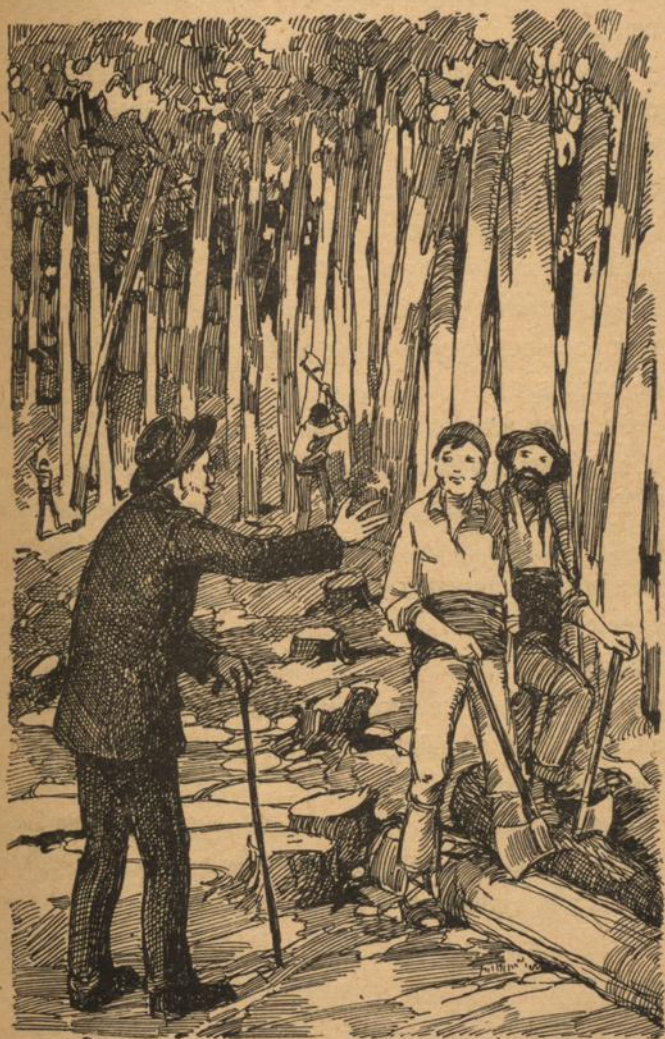
En esto observó que un día salió furioso el maestro de escuela al encuentro de los campesinos que regresaban del bosque, y con voz que a Rafael le pareció la del palentino, les increpó de esta manera: «No cortéis esos árboles, porque vais a causar la ruina y la miseria de todos; pero ya que destruí el bosque, donde taléis un árbol, plantad dos; pues si no lo hacéis así, seremos un pueblo de hambrientos...»

Pero los agricultores, ambiciosos del dinero que les producía la madera, y porque deseaban aumentar las cosechas, ¡los muy egoístas!, cultivando el terreno de la selva, acabaron con ésta, dejando la tierra limpia de árboles.

Mas nunca tal hubieran hecho, porque a partir de aquel año, las tierras empezaron a producir cada vez con menos abundancia, hasta que acabaron por no dar para el sustento de la pequeña población. Pasaban muchos meses sin que lloviera, y como no había cerca ríos de donde sacar agua para riegos, la tierra estaba reseca, arenosa, sin verdor, tostada por el sol, y los frutos se marchitaban raquíticos y sin madurar.

La miseria fué posesionándose de todos aquellos hogares de la abundancia, y el pueblecillo tomó un aspecto triste y lastimoso. Muchos labradores se marchaban a otras comarcas para no perecer de hambre, y los que allí quedaron se vestían de ropas viejas y comían muy escasamente.

El maestro había acertado. El misterio de la riqueza estaba en el bosque, y los ignorantes campesinos se bus-



... donde taléis un árbol, plantad dos...

caron la ruina por no haber querido escucharle y obedecerle.

Pero un día, al cabo de muchos años, vió Rafael que el maestro, con la cabeza blanca ya y los pasos vacilantes, se dirigía al lugar del bosque con unos cuantos chiquillos flacos, harapientos y descalzos, cada uno de los cuales llevaba al hombro una azada y un manojo de arbolitos. Cuando llegaron, el maestro dispuso las tareas de replantación forestal, y al retirarse, ya de noche, se veía en aquel lugar, a la luz de la luna, una selva propia de enanos.

Pero los árboles crecieron, y volvió a formarse un bosque casi tan frondoso como el talado años antes.

Y Rafael empezó a advertir, asombrado, que mientras la selva crecía las lluvias aumentaban, sucediéndose con más cortos intervalos, y la tierra, humedecida más frecuentemente, volvió a cubrirse de verdor y alegría. Y sus cultivadores tornaron a vivir en la abundancia y a enriquecerse. El hambre huyó espantada. Los chiquillos andaban bien alimentados, gruesos, bien vestidos y con los pies calzados.

Cuando Rafael despertó, se había encontrado en sueños la explicación del gran beneficio que los árboles reportan a la agricultura y a los agricultores.

IV

IMPRESIONES MADRILEÑAS

Decía Rafael en una carta a su madre:

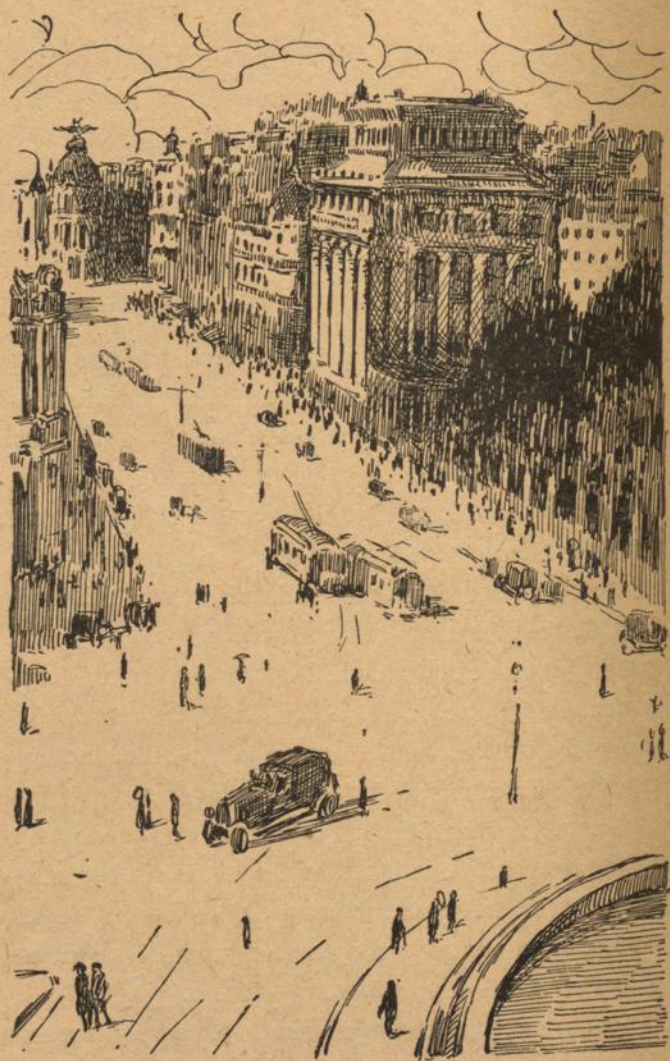
«Madrid, octubre 6.

»Queridísima mamá: Después de anunciarte que tanto papá como yo llegamos bien a la capital de España, voy a referirte mis primeras impresiones, que son gratísimas.

»Quiso papá que recorriéramos la población en coche, para darnos más rápida idea del tamaño y de la belleza de la población, y toda la tarde de ayer la invertimos en un paseo, siempre por las calles más céntricas de Madrid, y, según el cochero, aún nos quedaron por recorrer otras tantas de las más importantes. Con este dato podrás imaginarte la importancia de esta villa.

»El paseo nos resultó delicioso e inolvidable. Indudablemente, Madrid ofrece en todos sus lugares algo digno de admirar. Es una soberbia población, que aumenta y se embellece sin cesar. Muchas de las calles son muy espaciosas, algunas con arbolado en los bordes de las aceras o por el centro, y con preciosos edificios modernos, que rivalizan en gusto arquitectónico.

»Hay paseos, para carruajes, de una anchura y una extensión enormes, llenos de arbolado y con jardines bien cuidados y floridos, que dan la impresión de que estamos



Madrid : Un aspecto de la calle de Alcalá.

en primavera, salpicados con fuentes, surtidores y monumentos. Entre estos grandes paseos están el Prado, Recoletos y la Castellana.

»Además, en Madrid hay muchos parques pequeños y grandes, todos cuidados con esmero, y en los que abundan las estatuas y monumentos de españoles célebres.

»Esta mañana, desde muy temprano hasta la hora de la comida, la pasamos en el Parque de Madrid, llamado anteriormente, y aun hoy, Parque del Retiro. Tanto papá como yo salimos encantados de este lugar. Figúrate, mamá, que se trata de una selva inmensa encajada en la población. Es bosque, porque está cuajado de árboles de las más variadas especies; pero cortan la selva en todas direcciones amplias avenidas bien pavimentadas. Paseando por este bosque, cuando menos se espera, encuentra uno jardinillos primorosos; cercados de podados setos con bancos que ofrecen descanso al paseante; monumentos a meritísimos españoles; cascadas, fuentes, surtidores, estanques... Entre los estanques hay uno que tiene las proporciones de pequeño lago, por el que la gente se pasea en lanchas y vaporcitos. En este Parque está la Casa de las fieras o Jardín zoológico, donde se exhiben muy variadas especies de animales.

»Madrid supera muchísimo a cuanto yo me imaginaba de su importancia y hermosura.

»Muchos recuerdos de papá, y recibe un abrazo de tu hijo. — *Rafael.*»

.....

Y D. Damián comunicaba, en otra carta, a su esposa lo siguiente :

«Madrid, octubre 10.

»Mi buena Ramona: Recibí tu carta en la que te muestras arrepentida de no haber querido acompañarnos en la excursión. Yo también lo siento mucho; pues creo que bien valen las molestias del viaje estas cada vez más gratas impresiones que, tanto Rafael como yo, recogemos a diario.

»La vida en Madrid está llena de encantos. No es sólo por las muchas cosas admirables que encierra, y por el carácter alegre, afable y hospitalario de los madrileños, sino que aquí, como foco principal de la cultura y de la política españolas, donde se juntan sabios, artistas y políticos de todo el país, se le figura a uno que vive en toda la nación a un tiempo.

»En Madrid hay muchos tesoros de incalculable riqueza, que son propiedad de todos los españoles, y que custodia el Estado. Particularmente en los varios Museos que hemos visitado estos días se guardan muchísimas joyas de inapreciable valor y mérito.

»Yo no creí jamás que me fatigaría la contemplación de bellezas artísticas, hasta que visitamos el Museo de Pintura y Escultura, que es uno de los mejores del mundo, situado en espléndido edificio del Paseo del Prado. Salí de allí verdaderamente aturdido, embriagado de admiración.

»Allí tienen sendas salas especiales aquellos mágicos

artistas que se nombran Velázquez, Murillo y Goya, con muchos inapreciables cuadros. También los hay maravillosos de otros famosos pintores españoles, entre ellos Juan de Juanes, Berruguete, Morales, Zurbarán, Fortuny, Madrazo, Ribera, conocido por *el Españolito*, y el Greco, que puede considerarse español, puesto que español ha sido su florecimiento. Además, hay multitud de merítimas obras de pintores extranjeros célebres, como Rafael, Vinci, Ticiano, Rubens y otros muchos. La sección de escultura es también notable. En fin, que los españoles tenemos en este Museo una riqueza incalculable.

»También hemos visitado el Museo de Arte Moderno, que contiene bellísimos cuadros de nuestros más afamados pintores contemporáneos. Este Museo está en el edificio de la Biblioteca Nacional, que es otra de las imponderables riquezas de España, pues contiene más de un millón de volúmenes entre libros y folletos.

»Hemos visitado, además, el Museo de Reproducciones Artísticas, donde se exhiben las más bellas obras escultóricas de la antigüedad, reproducidas en yeso; el Museo Arqueológico, que custodia infinidad de objetos pertenecientes a todas las razas, desde las más remotas edades, a través de los cuales se da uno cuenta de las costumbres de los más lejanos países y del progreso de la Humanidad. Y, por último, ayer hemos visto el Museo Naval y hoy el de Artillería, sin que hayamos terminado de visitarlos todos, pues aún quedan otros tantos o más.

»Recibe recuerdos de Rafael, y un abrazo de tu esposo. — *Damián.*»

V

LA GUERRA

En el frontis de un edificio amplio y aislado leyeron: «Museo de Artillería», y entraron.

Don Damián y Rafael recorrían las dos salas de la planta baja, materialmente repletas de cañones y granadas de todos los tiempos. Aquello ofrecía un espectáculo demasiado sombrío, imponente, conmovedor, y nuestros visitantes iban de uno a otro lado silenciosos, graves, sin cambiarse una frase. Rafael tenía el corazón apretado, respiraba con dificultad, y por su columna vertebral corrían frecuentes escalofríos. Todo aquello, desde la granada de piedra y el cañón carcomido por los siglos, hasta la bala de refinada construcción y la ametralladora de complicado mecanismo, era tan tétrico, y de tal modo simbolizaba el progreso del hombre para matar y destruir, que despertaban en padre e hijo una fría y casi repulsiva admiración.

— ¡Cuánto horror, hijo mío! — exclamó D. Damián, al tiempo que ascendían la escalera para ver las salas altas—. ¡Qué bárbaras, qué monstruosas escenas de matanzas y desolación se me han representado en la mente al contemplar esos artefactos y el esmero de sus perfeccionamientos!...

— Yo también, papá, estoy conmovido. Verdaderamen-

te, viendo estas cosas, es para dudar de que estemos civilizados. ¿Verdad?

— Estamos civilizados a medias, Rafael. No lo dudes. Mientras en el hombre subsistan los instintos de egoísmo y de vengaza, no cesará de inventar instrumentos mortíferos para sembrar el terror y el exterminio. La guerra, hijo mío, tuvo origen con el principio de la Humanidad, y desde entonces se acepta en todas partes como una cosa imprescindible. Es una enfermedad, al parecer, incurable de los hombres todos. Pero la guerra, en sí misma, es salvajismo, crimen de crímenes...

Llegaron al primer piso. Allí sus espíritus se alegraron un tanto. Estaban en una gran sala donde había multitud de cañones, baterías, fuertes, defensas, plazas fortificadas, arzones, carros con sus parejas de mulas, etc., todo en miniatura, de construcción tan acabada, que ofrecía expectación al curioso visitante.

Luego recorrieron seis pequeñas salas más en este mismo piso, en las que vieron ricas colecciones de armas de fuego y blancas y muchos recuerdos históricos.

Después subieron al piso superior, donde se custodian trofeos históricos de muchas guerras sostenidas por España, y más recuerdos de gran valor, como armas y uniformes de militares que dieron su vida por defender el honor de la patria.

Cuando salieron a la calle, reanudaron el diálogo interrumpido.

— Papá, ¿y no podía evitarse la guerra? — preguntó Rafael pensativo.

— Naturalmente. ¿Quién lo duda? Para ello sería necesario arrancar de los hombres de todos los países, a un mismo tiempo, el sentimiento de ferocidad y la idea de considerar el derecho al lado del más fuerte. Porque si un país solo fuera el primero en suprimir ejércitos y armas, los otros acabarían con él. Y es muy difícil, tal vez imposible, que todos los países acuerden a la vez no guerrear más, porque entre ellos siempre los hay que, por ser más fuertes, se creen con derechos sobre los otros.

— Bien, papá; pero cuando el progreso de la Humanidad avance más — indicó Rafael —, los hombres reconocerán que la guerra es una negación del bienestar y de la civilización.

— Tarde vendrá ese hermoso día. Mientras tanto, solamente a cañonazos se sabrá quién tiene la razón entre dos pueblos que discuten.

En esto, llegaron al pie del hermoso obelisco que sirve de mausoleo a las cenizas de los españoles fusilados por los franceses el 2 de mayo de 1808.

Don Damián, como si la sangre se le precipitara en el corazón, ante aquel merecido tributo de la patria a sus heroicos defensores, habló con vehemencia a su hijo de esta manera :

— Pero la guerra, mi querido Rafael, es útil, es bella, es santa, cuando se defiende el suelo patrio. Aquí tienes, en este monumento, dentro de ese sarcófago, debajo de esa aguja de piedra, uno de los más venerables tesoros españoles. Son los huesos centenarios de aquellos valientes y heroicos madrileños que, al darse cuenta de que un

pueblo extraño invadía el sagrado suelo de la patria, cayeron, navaja en mano, porque no tenían otras armas, sobre los soldados franceses, hazaña insuperable que pagaron con la vida, siendo fusilados, y venerados ahora en este santo lugar. Esos despojos mortales valen más que todos los Museos, porque sin hombres dispuestos a dar su vida en defensa de la patria, pronto se quedaría España sin Museo ninguno. La guerra es santa, hijo mío, en casos como ése, y cubre de gloria los nombres de los luchadores. Ten presente, Rafael, ya que por tu edad pronto has de adquirir el deber de servir con las armas a nuestra querida España, que tu vida no vale nada comparada al inmenso honor de morir defendiéndola, si otra nación se atreve a invadir su suelo.

VI

DE ASOMBRO EN ASOMBRO

Los últimos días de residencia en la villa y corte, don Damián y Rafael los destinaron a visitar aquellos lugares más próximos a Madrid, en los que suponían encontrar motivos de admiración y esparcimiento.

La primera excursión fué en coche a la real posesión de El Pardo, enclavada en un bosque de doce leguas de extensión, cercado por un muro de casi cien kilómetros. Allí vieron cuanto hay digno de admirar, empezando por la casita del Príncipe, construída por Carlos IV, antes de

ser coronado, cuyas habitaciones están tapizadas con riquísimas sedas, y contienen en muebles y objetos de adorno un derroche de arte y de lujo. Pero la más grata impresión hubieronla los visitantes en el Real Palacio, que recorrieron de asombro en asombro, producido principalmente por la contemplación de los muchos y ricos tapices que revisten las paredes, representando cuadros de los más famosos pintores españoles y extranjeros, unos, y escenas del libro *Don Quijote de la Mancha*, otros. Esta tapicería, de valor incalculable, es uno de los infinitos exponentes de la enorme riqueza artística que hay en España.

Otro día fueron a la famosa Alcalá de Henares, ciudad que vive hoy de su pasada grandeza, y a la que, de no tener otros títulos y méritos, la bastaría el de haber sido cuna de Miguel de Cervantes Saavedra, autor del libro más famoso, impreso en todos los idiomas literarios, titulado *Historia del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*.

Estuvieron en la modesta casa donde nació Cervantes. Luego visitaron el palacio de los arzobispos de Toledo, destinado ahora a Archivo del Estado; palacio de artística fachada, con un patio monumental y una imponente escalera. Después entraron en el edificio de la que fué famosísima Universidad, en cuyo patio se alza un justo monumento a su fundador, en 1508, el sabio y célebre Cardenal Cisneros. Y, por último, entraron en la Iglesia Magistral de Santa María que, entre muchas joyas de arte, guarda dos de inmenso valor artístico, cuales son el

sepulcro del Cardenal Cisneros y la pila donde recibió Cervantes el bautismo cristiano.

En la tarde de un hermoso día de sol llegaron a El Escorial.

El Monasterio de este nombre, edificio inmenso de severa arquitectura, levantado por Felipe II en conmemoración de la victoria obtenida por el ejército español en la



En la tarde de un hermoso día de sol llegaron a El Escorial.

batalla de San Quintín, cerca de París, está construido con arreglo a un plano en forma de parrilla, para simbolizar el martirio que recibió San Lorenzo, bajo cuya advocación fué levantado.

Todo cuanto en El Escorial admiraron nuestros visitantes fué superior a lo imaginado. Vieron primeramente

el templo, o sea la basílica, que les causó tanto asombro como si hubiesen penetrado en una montaña de roca, en cuyo interior maravilloso se hubiese introducido un derroche de belleza artística, suntuoso e imponente. Luego recorrieron unas amplias salas repletas de merítisimos cuadros, ropas talares ricamente bordadas en oro, y multitud de preciosidades en orfebrería. Visitaron después las habitaciones donde vivió Felipe II hasta su muerte, en las cuales se conservan los muebles por él usados, de pobre aspecto y grande interés histórico. También recorrieron las otras dependencias destinadas a Palacio Real, en las que admiraron, como en El Pardo, otra numerosa colección de ricos tapices representando cuadros de Goya y otros pintores. Visitaron luego, en las criptas del Monasterio, el Panteón de los Reyes, de aspecto imponente por su severidad, con sarcófagos de mármol jaspeado y bronce, colocados en unas especies de hornacinas superpuestas en la pared circular, también de mármol. De aquí pasaron al Panteón de los Infantes, dividido en varios compartimientos, todo en mármol blanco y de colores, dispuesto con suntuosidad.

Finalmente, entraron en la casita del Príncipe, como la de El Pardo, mandada construir también por Carlos IV. Su aspecto exterior contrasta, por la humildad, con el derroche de arte y lujo que contiene. Todas las estancias están maravillosamente decoradas, particularmente los techos, que fuerzan a dudar si se contemplan pinturas o relieves. En una de las tres habitaciones altas hay una numerosa colección de pequeños cuadros con vistas y figu-

ras en porcelana, los cuales forman un museo sin igual de arte, y fueron confeccionados en la fábrica destruída por los ingleses en el Parque del Retiro de Madrid en 1810.

Un hermoso día de otoño, de sol primaveral, llegaron nuestros viajeros a Aranjuez.

Allí visitaron primeramente el Real Palacio de recreo y después la renombrada casa del Labrador, en cuyas posesiones reales, como en las otras que habían visto, encontraron nuevo derroche de arte y lujo hermanados con suntuosidad tal, que asombra a españoles y a extranjeros. Habían oído ponderar los jardines de Aranjuez, pero no tenían remota idea de lo que eran en realidad, así es que cuando se vieron en aquella especie de paraíso, a orillas del río Tajo, se creyeron encantados como si vivieran un fantástico cuento infantil. En cualquier lugar encontraban algo digno de contemplación: plantas raras jamás vistas por ellos, preciosos adornos de jardinería, estatuas, bustos y, sobre todo, las monumentales fuentes de mármol y piedra.

De éstas hablaban con un viajero inmediato en el tren que les conducía a Toledo, cuando oyeron, asombrados, que en la Granja, otro real sitio, próximo a Segovia, en una montaña convertida en parque, había veintiséis fuentes monumentales, que eran un prodigio artístico sin igual en otro país de Europa.

Minutos después llegaban nuestros viajeros a Toledo, la majestuosa ciudad situada en un alto y espacioso cerro, en el centro de un extenso valle, y aislada por el río Tajo que la rodea en forma de herradura.

A esta privilegiada situación, por lo que Toledo es una de las ciudades españolas más pintorescas, une su incomparable valor histórico. En ella dejaron imborrables recuerdos todas las razas que dominaron en nuestra nación, y fué capital y corte de España y centro de la aristocracia y del saber en épocas de gran esplendor nacional.



Toledo : Puerta de Visagra.

Cada piedra en Toledo evoca recuerdos históricos, varias veces centenarios, del gran esplendor que tuvo España en la antigüedad. Don Damián y Rafael recorrían la población reconstruyendo en interesante charla toda nuestra historia nacional, porque en ningún lugar, como allí, hay reunidos tantos testimonios históricos.

Visitaron, entre otros venerables monumentos arquitectónicos, el Convento de San Juan de los Reyes, verdadera maravilla, a pesar de los destrozos que en él causaron los franceses, cuando invadieron a España. Pasaron luego a Santa María la Blanca, de construcción arabesca, que sirvió de sinagoga a los judíos, y en la que más tarde se instaló una iglesia católica, cerrada después al culto. Luego entraron en el Museo, donde se exhiben

admirables cuadros de aquel famoso pintor llamado el Greco. Si no nació en España, española es su labor artística, pues en Toledo vivió y pintó primorosos cuadros.

Tras de otras gratas visitas, D. Damián y su hijo llegaron a la celebérrima Catedral, una de las más admiradas del mundo, cuya construcción fué comenzada en tiempo de Fernando el Santo, y terminada 266 años después, en el de 1493. Allí contemplaron el mayor derroche acumulado de riqueza artística que hubieran podido imaginarse. Las delicadísimas filigranas esculpidas en piedra y mármol; las más delicadas aún, talladas en madera, tales como la riquísima sillería del coroy el monumental retablo del altar mayor; la multitud de valiosísimos cuadros debidos a los pinceles del Greco, Maella y otros pintores españoles y algunos extranjeros; las estatuas yacentes y orantes y las imágenes labradas en madera; las gigantes cas y macizas rejas; las variadas reliquias de atributos religiosos; la profusión de valiosísimas alhajas... En fin, para dar ligera idea de la incalculable riqueza que encierra la Catedral de Toledo, y de su imponderable mérito artístico, se necesitaría un libro, en opinión de D. Damián y Rafael.

VII

EL LAZARILLO MANCHEGO

Frente al hotel donde se hospedaban en Madrid alzabase un majestuoso palacio, que parecía morada de príncipes. Una mañana, padre e hijo confirmaron que allí

vivía una rica familia, y además caritativa, cuando vieron el amplio portal y parte del jardín llenos de mendigos de ambos sexos y de todas las edades.

Comentaban con un amigo lo hermoso que es la caridad, cuando éste les dijo :

— Adviertan ustedes que todos los pordioseros son ciegos.

— ¡Es verdad! — exclamaron los dos a la vez.

— Pues eso tiene un interesante origen—añadió el otro.

Y les refirió lo siguiente :

Hace muchos años llegaron a Madrid un ciego de nacimiento y un lazarillo, chicuelo huérfano que no tenía más de doce años. Ambos eran de la Mancha, esa árida comarca de la provincia de Ciudad Real, famosa porque Cervantes se la dió por cuna a D. Quijote.

El crédito de Madrid, como población hospitalaria y caritativa, atrajo al ciego y al lazarillo, quienes al cabo de interminable y fatigosa caminata, por caminos y carreteras, llegaron a la villa y corte molidos por el cansancio, hambrientos y cubiertos de polvo.

Efectivamente; en Madrid las limosnas fueron más abundantes, y les permitían comer todos los días y dormir en unos jergones de paja, en un corral, al extremo de la villa; prosperidad por la que a esos infelices les pareció haber llegado a la propia Jauja.

Ciego y lazarillo se querían como padre e hijo, y venían a ser tales el uno para el otro, porque ninguno de los dos tenía familia.

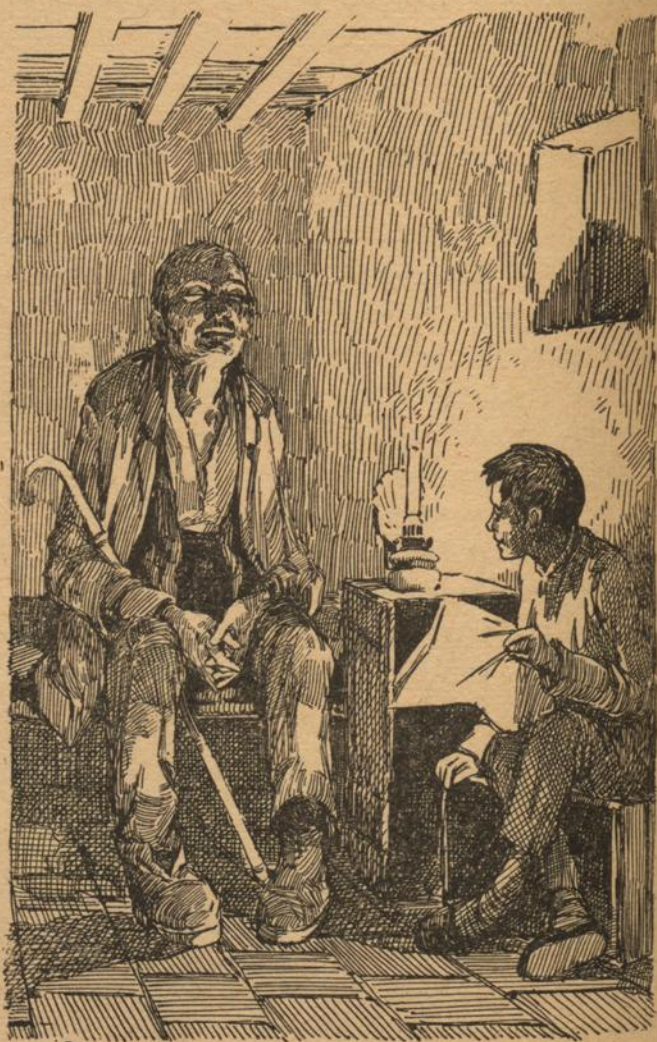
Pero el muchachuelo, en uno de cuyos hombros apo-

yaba una mano el ciego para guiar sus pasos, causaba a éste algunos disgustos, tales como tropezar con las personas y hasta caerse, y todo porque su lazarillo tenía una afición desmedida a la lectura, y la manía de ir leyendo por la calle cualquier pedazo de periódico que encontraba, olvidando que el pobre ciego confiaba en él. A tal extremo había llegado la afición del muchacho a la lectura, que llegó a cometer la fea acción de sisar algunas perras al ciego para comprar libros de cuentos.

El pobre ciego, que conocía la causa de sus tropezones y caídas, no encontraba remedio al mal ni en los consejos ni en las reprimendas, por lo que, poco a poco, iba perdiendo la confianza en su guía, y le hubiera despedido, de no quererle entrañablemente.

Pero como todos los males tienen remedio, el ciego hubo de encontrarlo al fin para el suyo. Estableció la costumbre de que el lazarillo comprara todos los días uno o dos periódicos, a condición de que los leyera el chico en alta voz todas las noches, a la luz del mal quinqué con que se alumbraba el lazarillo en el corral donde vivían, con lo cual el muchacho satisfacía sus deseos de lectura y el ciego se distraía un par de horas. Esto trajo también la ventaja de que aumentaron las limosnas, por que el chico no se distraía en la calle.

Una noche leyó el muchachuelo que había fallecido un sabio español entre la admiración y el dolor de toda España y parte del extranjero, porque habiendo sido en la infancia un pastorcillo, hijo de labradores, había llegado a dar mucha gloria a la patria con su profunda sa-



... el muchacho satisfacía sus deseos de lectura y el ciego se distraía...

biduría. Esta noticia dejó tan pensativo y distraído al lazarillo que, sin darse cuenta, suspendió la lectura.

— ¿Te has cansado de leer? — preguntó el ciego.

— No, señor — respondió aquél, y guiado por su pensamiento continuó—: Y ¿qué diría usted, Sr. Cesarón, si yo llegase a ser sabio y rico para que no pidiéramos más limosnas?

El ciego, por toda respuesta, sonrió paternalmente, y posó en la frente del muchacho un beso, como para santificar aquellos inocentes entusiasmos.

— ¡Ah! ¿Lo duda usted? — insistió el lazarillo—. Pues seré un hombre de mucho talento. Ya verá usted como todos los periódicos de España han de hablar de lo que yo haga. Este sabio que murió, ¿no fué pastor? Pues yo, aunque sea lazarillo, también tengo algo aquí, Sr. Cesarón — concluyó, señalando a la cabeza.

Y tanto insistió un día y otro el muchacho con esta idea, que el ciego acabó por acariciarla, con gran esperanza de que el lazarillo llegara a ser un hombre notable.

Como las limosnas no permitían desembolsos crecidos, el ciego estimuló al muchacho a que procurara obtener mayor recaudación, y con limosnas compraron libros y pagaron los derechos de examen en los primeros años de estudio.

Cuando el muchacho obtuvo el grado de Bachiller, ya el ciego estaba retirado de la mendicidad, porque el ex lazarillo era practicante de un cirujano famoso, y con su salario vivían los dos, aunque con estrecheces, agregados a una familia también pobre.

El caso es—prosiguió el narrador—que el tal lazarillo estudió la carrera de médico, y con el afán de querer curar la ceguera de su protector, se hizo un especialista famosísimo en enfermedades de la vista, sobre cuya materia ha escrito algunas obras, que alcanzaron mucha fama en España y en otras naciones. Pero no pudo nunca dar luz a los ojos de su protector, por ser éste ciego de nacimiento, mas ha devuelto la vista a muchas personas que la habían perdido.

Pues bien: aquel lazarillo que llegó a Madrid cubierto de polvo, ahora está cubierto de fama, y en ese soberbio palacio vive, rodeado de todas las comodidades que da la riqueza, y de todas las consideraciones que alcanza la admiración.

— Pero no nos ha dicho usted—indicó Rafael—el objeto de que se reúnan tantos pobres ciegos en su casa. ¿Vienen a consultarle?

—No. Esos son ciegos de nacimiento, porque de no ser así ya les hubiese devuelto la vista. Ese es un rasgo de caridad de su esposa, que es marquesa, la cual reparte una peseta a cuantos ciegos acuden los viernes al palacio, como gratitud a quien protegió al que después fué su esposo.

— ¿Y qué fué del ciego protector del lazarillo?—preguntó D. Damián.

— Pues vive, a pesar de sus ochenta y tantos años, en ese mismo palacio, rodeado de todas las comodidades y del cariño de los hijos del afortunado y sabio lazarillo, que juegan con él como si fuera el abuelo, y como tal lo consideran.

VIII

ZARAGOZA, LA BELLA Y HEROICA

Véase la siguiente carta de Rafael:

•Zaragoza, octubre 20.

•Querida mamá: Tras unas doce horas de tren, desde Madrid, hemos llegado con toda felicidad a Zaragoza. Pocas noticias puedo ofrecerte del viaje, porque lo hemos efectuado de noche y sin luna, cosa que me ha impedido gozar del panorama. Pero siento mucho más no poder detenernos en todos los pueblos del camino de nuestra excursión; pues yo quisiera conocer todos los de España. Mas esto es imposible, porque duraría años nuestro recorrido.

•Hemos pasado esta vez por poblaciones como Guadalupe, Sigüenza y Calatayud (ésta pertenece ya al reino de Aragón), de las cuales no sé más de lo que sabía antes de tomar el tren, y es seguro que todas encierran algo digno de admirar, como el Palacio del Infantado en la primera y la Catedral en la segunda, por lo menos.

•Cuando amaneció estábamos ya en territorio aragonés, cuyo paisaje es más agradable que el de las tierras de ambas Castillas, sin alcanzar la belleza de las provincias del Norte.

•Zaragoza es una ciudad extensa, espaciosa, con varias

calles de modernos edificios, entre los que hay algunos soberbios. Recuerdo de éstos: la Diputación provincial, la Universidad, la Facultad de Medicina y Ciencias, la Capitanía general y el Museo provincial, que encierra incalculable riqueza.

Entre los monumentos arquitectónicos antiguos, destacan la Basílica de Nuestra Señora del Pilar, patrona de



Inmediaciones de Zaragoza :
Torre del Monasterio de Piedra.

los zaragozanos, y la catedral, llamada La Seo, inmediata al Palacio Arzobispal y al Seminario. Ambos templos son notables, y por la inmensa riqueza artística que guardan son admiración de cuantos vienen a esta población. Zaragoza está enclavada en el ángulo que forma el río Huerva al verter sus aguas en el caudaloso Ebro. Este soberbio río divide la ciudad, dejando la mayor parte a la derecha de su curso, en cuya margen se extiende el Paseo del Ebro. A la izquierda queda

el Arrabal, unido con un gran puente de piedra y otro metálico para el paso del ferrocarril.

»Zaragoza tiene comercio importante y rico, establecido principalmente en las calles del Coso, de Alfonso I y de la Independencia, ésta con un amplio y frondoso paseo en el centro, que parte de una plaza donde se eleva un imponente monumento a los mártires que dieron su vida por defender la patria cuando la invasión francesa.

»Es también de grande importancia industrial. En las afueras hemos visto muchas fábricas de diversos géneros. Eso indica que esta región tiene vida activa y progresiva.

»Siento que desde aquí marcharemos a Barcelona sin visitar Huesca y Teruel, las capitales de las otras dos provincias aragonesas, las cuales no se han modernizado tanto como Zaragoza, pero también contienen cosas admirables.

»No puedes figurarte, mamá, lo mucho que, tanto papá como yo, sentimos que no hayas querido venir con nosotros. Los viajes son molestos, pero en cambio ofrecen el incomparable deleite de ver y admirar aquellas cosas de las que la lectura dan una incompleta idea.

»Recibe muchos recuerdos de papá, con un fuerte abrazo de tu hijo.—*Rafael.*»

Por su parte, D. Damián daba a su esposa las siguientes noticias:

«Zaragoza, octubre 22.

»Mi buena Ramona: Gratisimas impresiones hemos recogido en esta hidalga y noble tierra aragonesa, cuya capital, a su gran importancia como población, donde se

asocia perfectamente lo antiguo con lo moderno, junta su bien ganada fama universal de ciudad heroica, que ha escrito en nuestra historia nacional algunas de las más bellas páginas.

»Paseando por estas calles, en todas partes encuentro motivos para sentir honda emoción al representarme aquella desesperada lucha de sus moradores hace más de un siglo contra los franceses que la sitiaban, y a los cuales se rindieron al fin, porque el hambre, las enfermedades y el agotamiento de los medios de defensa impusieron la rendición a los valientes zaragozanos, capitaneados por el glorioso general Palafox, y entre los que luchó con heroísmo sublime aquella famosa Agustina de Aragón, orgullo de la mujer española.

»Te digo que el recuerdo de la heroica defensa de Zaragoza contra el formidable ejército de Napoleón que la asediaba, me ha llevado a contemplar emocionado aquellos lugares de la ciudad donde los moradores defendían con denuedo y arrojo incomparable, calle por calle, casa por casa, piso por piso, tejado por tejado, sembrando la muerte entre las tropas francesas con las piedras arrancadas en las paredes y las tejas levantadas en las techumbres, porque antes de rendirse preferían morir entre los escombros de la ciudad, acribillados por las balas enemigas. ¡No habían nacido para esclavos!

»Es verdad que Zaragoza no podía conducirse en aquella ocasión de otra forma, puesto que su gloriosa defensa correspondió al carácter de los aragoneses, que son nobles y hospitalarios, pero siempre rebeldes a todo

yugo, a toda opresión, por lo que Aragón tiene vieja fama de ser cuna de las libertades en España, y conocidas son las restricciones que los aragoneses imponían a sus reyes al ser proclamados.

»Dejará en mí muy grato recuerdo la visita a esta región, cuna de españoles tan célebres como el filósofo Miguel Servet, los poetas hermanos Argensola, el gran pintor Goya, el formidable pensador Joaquín Costa y cien más, sin contar las eminencias que actualmente honran a España en todos los campos del saber.

»Recibe afectuosos recuerdos de Rafael y el cariño de tu esposo.—*Damián.*»

IX

BARCELONA

Desde que el tren se deslizó al pie de la vetusta ciudad de Lérida, situada pintorescamente en la falda de una elevada colina, los viajeros fueron advirtiendo lentamente que se adentraban por un país nuevo, distinto de las otras regiones que habían recorrido. El paisaje, con mezcla de llanuras y montañas, se ofrecía admirable, y las tierras proclamaban con el lucimiento de un gran desarrollo agrícola el bienestar de sus cultivadores.

Esta agradable impresión que recibieron de país rico, se fué robusteciendo a la vista de poblaciones como Manresa, Monistrol, Tarrasa, Sabadell, las cuales, en vez de murallas, cual antiguas ciudades guerreras, estaban

rodeadas de chimeneas empenachadas de humo, anunciador de actividad, progreso y riqueza.

Media hora después llegaban a la gran metrópoli del Mediterráneo, capital del antiguo reino de Cataluña.

Un antiguo proveedor del establecimiento de D. Damián acompañó a los forasteros a recorrer la ciudad y a visitar los edificios públicos más interesantes.

El primer día pasearon en todas direcciones en automóvil por la población, pudiendo apreciar la gran extensión de ella, con anchurosas calles y avenidas más rectas, en general, que las madrileñas, con la ventaja para Madrid de tener más y mejores parques, paseos y jardines, según pudo apreciar Rafael. Pero no por eso le dejaron de parecer a éste muy hermosos el paseo de Gracia y el de las Ramblas, constantemente invadidos por un gentío inmenso, que daba la impresión de un hormiguero humano.

También le parecieron dignas de ver las espaciosas plazas de Cataluña, la Real, adornada con esbeltas palmeras, y la de la Universidad, donde se levanta un bello monumento al doctor catalán Robert.

Al siguiente día, siempre en compañía del comerciante amigo de ellos, recorrieron el frondoso y alegre Parque de Barcelona, donde vieron, entre otras cosas notables, el Jardín zoológico, con más fieras que el madrileño, y luego visitaron el Parque de Güell, de fantástico y encantador aspecto. Después admiraron algunos monumentos arquitectónicos antiguos, tales como la Catedral, de estilo gótico, con atrevida torre; la hermosa iglesia de

las Salesas; la Lonja, cuyo interior es monumental; el gran Teatro del Liceo, y otros tan interesantes, sin dejar de contemplar el templo de grandiosas proporciones, en construcción, llamado de la Sagrada Familia.

Por último, subieron en el tranvía funicular, cuya ascensión es imponente, al famoso Tibidabo, desde cuya altura contemplaron a sus pies, con gran placer, el hermoso panorama de Barcelona, resplandeciente bajo el sol acariador de otoño, lamida suavemente por el mar.

Rafael envió al *Andalucito* sus impresiones en la carta siguiente :

•Barcelona, octubre 26.

•Mi buen amigo Romualdo: Discúlpame la pereza que demuestro para escribirte. Ya sabes que no es por falta de cariño.

•Lo efectúo hoy para anunciarte que hemos comprado algunas mercancías y libros, todo lo cual facturarán en estos días. A la vez te transmito algunas impresiones de Barcelona.

•El mayor encanto de esta enorme población se recoge en la gran actividad que se advierte, lo mismo en su impor-



Barcelona : Claustro de la Catedral.

tantísimo comercio, como en el espacioso puerto, de incesante tráfico, o ya en su incontable número de fábricas. Barcelona es, indudablemente, una población que sostiene su grandeza y esplendor a base de una laboriosidad máxima y constante. Parece que sólo aquí se ha dado cuenta el hombre de que la actividad es la base del porvenir en las naciones.

»Los catalanes son españoles de los que más honran a la nación con su laboriosidad, porque han sabido hacer de su región una de las más industriosas del mundo, con la circunstancia desfavorable de que necesitan importar la mayor parte de las materias principales para sus industrias, tan diversas, que yo pienso se fabrica aquí de todo, en mayor o menor escala.

»Madrid es de más importancia que Barcelona por la inmensa riqueza artística de sus museos, y por sus muchos centros científicos y artísticos. No le falta a Madrid tampoco gran comercio y considerable industria en variados ramos; pero Barcelona, sobre parecerme sus pobladores más industriosos, tiene la ventaja de su gran puerto, el más importante del Mediterráneo, que le facilita el comercio con todos los países del mundo.

»Papá y yo hemos visto algunas fábricas, entre ellas una de tejidos, que ocupa el espacio de un pueblo, con millares de husos y cientos de telares; visitamos otra de toallas, cuya fabricación es muy curiosa y entretenida; estuvimos en otra muy interesante de paraguas, y en una de maquinaria, donde se hacen y arman máquinas muy complicadas de diferentes usos.

•Lo cierto es que Cataluña honra a España con su poderío industrial, tanto como por haber sido cuna de españoles tan ilustres como el filósofo Balmes y el poeta Verdaguer, entre mil, y teatro de importantes sucesos históricos.

•Saluda afectuosamente a nuestras mamás, y recibe el testimonio de cariño de tu amigo. — *Rafael.*•

X

EL HÉROE

En la fonda donde se hospedaban en Barcelona don Damián y Rafael oyeron hablar de cierto soldado catalán, inválido del combate de Santiago de Cuba. Entraron en deseo de visitarle, y acompañados de un huésped que le conocía se dirigieron a la morada del infeliz patriota.

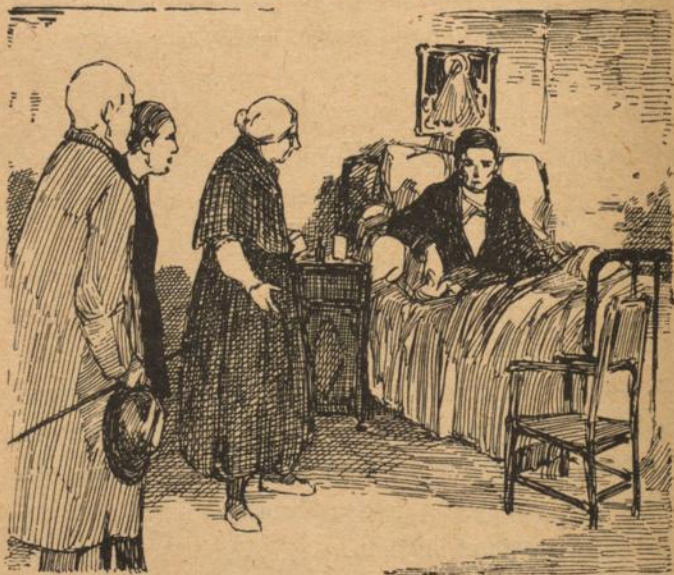
Antes se proveyeron de dos libros, por ser el más preciado regalo para el inválido.

Llegaron los tres a una modesta casa de un antiguo barrio, a un extremo de Barcelona, donde fueron recibidos por una anciana, de agradable semblante, ennoblecido por las arrugas, madre del inválido, que los condujo a la habitación de éste, pequeña, pero clara y con reducido y sencillo mobiliaje.

En modesta cama, de ropas muy limpias, estaba medio sentado el héroe catalán, entre almohadas y cojines. Su rostro, de simpática atracción, con vivos ojos muy hala-

gadores, mostraba claras huellas de un gran sufrimiento soportado con resignación.

De cuantos objetos adornaban la modesta alcoba, ninguno atraía tanto la atención como un gran trozo de bandera española, lleno de manchas y con los bordes



... los condujo a la habitación del inválido...

quemados, pendiente de dos clavos, en la pared, sobre la cabecera de la cama.

Tan pronto como el inválido recibió la visita, su faz inundóse de alegría. Padre e hijo fueron presentados por su acompañante, y, tras recíprocos saludos, entraron en familiar conversación.

— ¿Conque es usted — preguntó D. Damián — uno de los pocos héroes que salieron con vida de aquel glorioso combate de Santiago de Cuba, donde tan alto quedó el honor de España?

— No tanto como héroe, señor — repuso el aludido en un castellano que tenía ese deje especial que le dan los catalanes —. Yo era uno de tantos soldados que tenía, como todos, el hermoso deber de luchar por nuestra patria, y tuve la desgracia de quedar con vida; porque la patria nos pidió a todos morir allí para mantener en alto su honor, y yo no he cumplido enteramente, si bien quedé imposibilitado para mientras viva.

Con tanta sencillez y modestia se expresaba el inválido, que D. Damián y Rafael le escuchaban conmovidos, por lo que al callar el héroe, hubo un momento de silencio religioso. Luego volvió D. Damián a reanudar la conversación :

—Pues bien puede estar usted satisfecho de su comportamiento, porque es muy digno de admiración para todos los españoles. Quien queda imposibilitado por defender a la patria, resulta más héroe que el que muere en su defensa, ya que la muerte es límite de todos los sufrimientos.

— Satisfecho, lo estoy — respondió el valiente —. Llevo diez años imposibilitado en esta cama, muchas veces con fuertes dolores, los cuales procuro sufrir con resignación, recordando aquel terrible momento en que nuestros escasos y pequeños buques eran hundidos a cañonazos por la poderosa escuadra de los Estados Unidos, mientras el mar se teñía con sangre de españoles.

— ¡Qué horroroso espectáculo sería aquéll! — exclamó D. Damián.

— Sí, señor, horroroso; como todos los guerreros. Pero, por parte de los españoles, fué bellissimo, sublime. Se nos había puesto en el trance de que España representara un papel de pueblo cobarde, y como españoles fuimos a demostrar que sabíamos morir antes que tan mal se juzgase a nuestra patria. Se sabía que las balas de los cañones enemigos rugirían en los aires como tormenta, y que desharían nuestros pobres buques sin peligro de nuestros disparos; pero ni los buques ni las vidas de todos nosotros valían tanto como el honor de que España, al ser derrotada, lo fuese con gloria.

— Sí, es verdad; tiene usted razón — expuso D. Damián —. La gloria del combate de Santiago de Cuba no fué de los norteamericanos, vencedores, sino de España, la vencida.

— Como que ellos mismos lo reconocieron así — prosiguió el héroe — en las propias aguas del combate, cuando recogieron a bordo de sus buques a los que luchábamos, heridos, con las olas sanguinolentas. Nos trataron con toda clase de respetos y atenciones. Estaban asombrados de nuestra hazaña. Repito a ustedes que yo estoy satisfecho de haberme imposibilitado en aquel glorioso combate, comparable únicamente con aquel tan parecido de Trafalgar, hace más de un siglo, en el que quedaron los ingleses victoriosos, pero fueron los españoles los que se llevaron la gloria que tanto embellece nuestra historia nacional.

Calló el héroe catalán y se marcó otra pausa. Rafael, si no hubiese estado enternecido al extremo de no poder desplegar los labios, ya le hubiese preguntado al inválido lo que significaba el trozo de bandera que insistentemente miraba, atraído por la curiosidad. Pero, al fin, hizo un esfuerzo y habló.

—Y ese resto de bandera, ¿qué significa?—preguntóle.

El héroe tardó un instante en responder, sorprendido, y acaso conmovido por la pregunta. Después contestó :

—Ese trozo de bandera es el mayor recuerdo de mi vida. Ya se hundía el buque en que yo iba, cuando todos nos disponíamos a arrojarnos al agua. Entonces advertí que se olvidaba la bandera; me volví atrás, y al ver que se quemaba me precipité sobre ella, salvando ese pedazo. Al efectuar esto fué cuando un casco de granada me hirió para siempre en una cadera. Me lancé al agua después, y fuí recogido medio muerto con el trozo de bandera entre las manos... Pocos podrán darle a ese precioso trozo de nuestra enseña patria el valor intenso que para mí tiene. Mi madre y ese resto de bandera son las dos cosas que más amo en el mundo.

Duró poco más la conversación. Al despedirse D. Damián quiso entregar al heroico enfermo un obsequio en metálico, y éste, con mucha dignidad, lo rehusó diciendo:

—Mis necesidades son pequeñas, y las tengo cubiertas con un socorro que recibo del Gobierno y una pensión que me concede una sociedad patriótica. La patria no se ha olvidado de mi sacrificio. El mejor obsequio que podía recibir de ustedes es esta visita, lo cual demuestra

que hay españoles que no se olvidan de este soldado catalán que dió su vida por la patria. Muchas gracias, muchas gracias...

Y al estrechar las manos de los visitantes, dos lágrimas brillaban en sus ojos.

XI

EL PARAÍSO VALENCIANO

En la madrugada de un espléndido día otoñal, cuando en la región de nuestros viajeros seguramente las lluvias y el frío eran pertinaces, D. Damián y Rafael se arrellanaban en sendos asientos de primera clase de un tren que partiría minutos después de la estación de Barcelona.

Rafael tenía ardientes deseos de recrearse en el largo panorama que se le presentaría por la costa del Mediterráneo hacia el Sur.

Bien pronto pudo comprobar que su entusiasmo encontraba justificación. Ante sus ojos, a poco de marchar el tren, se fué presentando la vista de un panorama primoroso. En la línea del horizonte, formada por el cielo en conjunción con el mar, se alzaba a la sazón el brillante disco del rey de los astros, derramando el oro de su luz sobre las aguas tranquilas y azules, y trazando en ellas una estela de relucientes reflejos metálicos. El espectáculo de la Naturaleza era imponente, grandioso, y padre e hijo se quedaron absortos contemplándolo.

Al otro lado del tren el paisaje se ofrecía distinto y hasta vulgar. Unas llanuras cubiertas de cultivos, predominando olivares y viñedos, símbolo del trabajo y la riqueza. Rafael, sin embargo, comprendía que no era menos estimable este panorama prosaico, pero rico, de la ventanilla de la derecha, que el poético y encantador de la izquierda, y largo rato fué recreándose en los dos espectáculos.

Cuando pasaron por la graciosa villa de Sitges, famosa por sus vinos, el sol, más en lo alto, daba un tono plateado al mar, mientras doraba las montañas que, a ratos, se veían lejos por el otro lado del tren.

Poco tiempo después se presentó en el camino una de las antiguas capitales de España, cuando ésta fué provincia del Imperio romano: la industriosa y progresiva Tarragona, que a los venerables monumentos de su pasado esplendor, suma ahora el esfuerzo de sus moradores, por medio de la actividad en la agricultura, industria y comercio, con afán de levantarse a la altura que tuvo en aquella remota fecha.

Después de otras poblaciones, y perdida la vista del mar, cruza raudo el tren sobre gran puente el anchuroso Ebro, y al cabo de dos horas, muy entretenidas por los nuevos aspectos que toma el paisaje, llegan a Vinaroz, población risueña, cerca del límite entre las regiones de Cataluña y Valencia.

Ya en pleno territorio valenciano, el paisaje, siempre pintoresco, proclamaba el bienestar y la riqueza de sus moradores. La agricultura era más intensa y variada que

en las demás regiones vistas. Ahora comprendían que la fama de la riqueza agrícola de las provincias valencianas estaba justificadísima, porque no veían un palmo de tierra sin que estuviese adornado con algún cultivo. La nota más alegre la daban los extensos naranjales cuajados de fruto, en vísperas de recolección.

Tienen bien ganada la fama de laboriosos los agricultores del antiguo reino de Valencia, porque no siendo sus tierras muy fecundas, han sabido hacerlas pródigas, hasta producir los más diversos frutos en varias cosechas anuales, con el eficaz concurso de abonos químicos, y del aprovechamiento del agua de sus ríos para regar los sembrados.

A través de esta preciosa e inmensa huerta valenciana, el tren fué dejando atrás, entre otros muchos pueblos alegres y modernizados, a Castellón de la Plana, capital de provincia enclavada en amplia llanura, de la que toma parte del nombre, y Murviedro, que se levanta sobre las venerables ruinas de la heroica Sagunto.

Y cuando el sol se ocultaba por poniente llegaban a la populosa Valencia.

Muy pronto comprendieron nuestros viajeros que Valencia no es de las poblaciones españolas que fundan su vida y renombre en la importancia de las maravillas que atesoran del antiguo esplendor de España, como les sucede a Toledo y otras ciudades. No. Valencia y toda su región han encontrado en el trabajo inteligente y constante del hombre la prodigiosa fuente del bienestar, de la riqueza y del progreso, convirtiendo el antiguo reino

valenciano en un paraíso de felicidad y alegría, de grande y merecida fama.

No es que esta encantadora región española no haya sido próspera y famosa en pasados tiempos. A la historia de España ha llevado muchas páginas que la enaltecen, y es cuna afortunada de insignes españoles: santos, como Vicente Ferrer y Francisco de Borja; papas, como Alejandro VI y Calixto III; sabios, cuales Cabanillas, Martí y el filósofo Vives; escritores tan notables como Mayáns; los inspirados poetas Guillén de Castro, Gil Polo y Queral; pintores tan famosos como Juan de Juanes, Ribalta y Ribera, conocido este último en el mundo por su seudónimo de *el Españolito*, y cien más, aparte de los que actualmente brillan.

De que Valencia fué rica y bella en la antigüedad, bien claras pruebas obtuvieron D. Damián y su hijo visitando los viejos monumentos arquitectónicos que conserva, tales como las dos parejas de corpulentas y elevadas torres, conocidas por Torres de Cuarte y de Serranos; hermosos y amplios edificios, cuales La Lonja y la Universidad, ésta con una estatua al profundo filósofo Luis Vives, y descollando entre todos la Catedral, rico tesoro de arte y valiosas joyas religiosas, a cuyo pie se yergue la célebre torre llamada El Miguelete, que sirve de campanario.

A este gigante de piedra subieron padre e hijo a contemplar desde lo alto la hermosa ciudad. En aquella considerable altura de 51 metros de El Miguelete, estuvieron admirando largo rato la populosa y rica ciudad

extendida a sus pies. El panorama superaba a todos los disfrutados por los excursionistas, principalmente por el encantador aspecto de los alrededores de Valencia. Vieron la inmensa vega, llamada Huerta Valenciana, tan aprovechada para el cultivo, y tan cuidado éste, que aquello, más que huerta pródiga en muy diversos frutos, parecía un vergel de gente rica destinado al esparcimiento. En



Valencia : Torres de Cuarte.

distintos puntos, salpicando esta bellísima huerta, descubrieron jardines verdaderos, grandes rosaledas donde todo el año se crían flores, que, además de constituir un comercio importante, son la alegría de la población.

Después vieron también el río Turia, describiendo un imperfecto semicírculo por la ciudad bajo varios largos puentes, entre ellos el Real y

el de Serranos. Les sorprendió el menguado caudal de agua que llevaba al mar, muy desproporcionado a su ancho cauce. Pero pronto se explicaron la causa. Es que los valencianos, en vista de que el cielo no les enviaba agua suficiente para empapar la tierra, se percataron de que las caudalosas aguas del Turia les llevaban el pan, el calzado, el vestido, la educación de sus hijos, las co-

modidades de sus casas, y desde entonces empezaron a retenerlas para que fertilizaran la agricultura, convirtiendo la comarca en el actual paraíso, cuya rica producción los ha redimido de la pobreza.

Cuando nuevamente discurrían por sus calles nuestros visitantes, todo les confirmaba que la riqueza era señora y reina de la población. Calles que parecen exposiciones de arquitectura, con monumentales edificios



Valencia : Barraca campesina.

modernos, destinados a centros oficiales y de cultura o a moradas de opulentas familias; parques muy atoadizos y un hermoso Jardín Botánico, y grandes avenidas, como la majestuosa Gran Vía del Marqués del Turia.

Al cabo de breves días D. Damián y Rafael abandonaron la región valenciana por mar. Embarcaron en el puerto de Valencia, situado en la alegre y moderna villa del Grao, unida a la ciudad por una espaciosa y sombreada carretera en una longitud de varios kilómetros.

En las aguas del puerto, multitud de lanchones y muchos buques, colmados de sacos, pipotes y cajones, le decían al viajero que se iba mar adelante que allí dejaba un pueblo que no teme al hambre ni a la miseria, porque sabe trabajar para ser rico.

XII

EN TIERRA ANDALUZA

Don Damián y su hijo penetraron en un hermoso y elegante buque. Poco después la sirena atronó el espacio con un ensordecedor rugido, y, lentamente, el monstruo marino se deslizó sobre las aguas a ganar la salida del puerto del Grao.

El espectáculo era nuevo para Rafael, y, además, admirable. Todos los viajeros, con sendos pañuelos agitados en el aire, decían el postrer adiós a los familiares y amigos que, desde el muelle, los despedían con iguales demostración de afecto.

Poco a poco, las personas, las lanchas, los otros buques anclados en el puerto, los almacenes de carga y descarga de mercancías, las casas del litoral, todo, en fin, fué tomando forma vaga y obscura, hasta confundirse, como entre sombras, a lo lejos.

El buque salía a alta mar, proporcionando a los viajeros otro panorama muy distinto, jamás visto por Rafael, aunque nacido en puerto de mar. Era el de la costa espa-

ñola, que lentamente se fué hundiendo en el horizonte, hasta que mar y cielo se besaron.

Aquello a Rafael le parecía imponente. El vapor, que al principio lo estimara grande, ahora lo tenía por una cosa pequeña, abandonado entre los dos enormes discos azules del cielo y el mar, unidos en el horizonte por todas partes, a la manera de dos platos de cristal invertidos uno sobre otro.

Rafael sentía que la angustia se apoderaba de su corazón, porque le parecía que se alejaba de su querida España para no volver más a ella.

Pero la idea de que si se había alejado de tierra española era para retornar pronto, le fué habituando al ambiente de abordó.

Ahora solamente sentía que el viaje por mar lo privaba de conocer el paisaje de una gran parte del litoral español y las poblaciones en él enclavadas.

La vista, a lo lejos, por la izquierda banda del vapor, de la isla de Ibiza, una de las Baleares, le llevó a sentir más hondamente esa tristeza de no verlo todo. Él hubiera querido recorrer una por una aquellas codiciadas islas, ricas en agricultura e industria, con importantes criaderos de sal, y famosas por sus talleres de zapatería, los cuales mandan grandes cargamentos de calzado a la Península y al extranjero. Sobre todo, deseaba recorrer la hermosa población de la Palma, en Mallorca, cuna del filósofo Raimundo Lulio, guardadora de preciosas construcciones antiguas. Pero ante la imposibilidad de llevar a cabo este pensamiento, sus ojos se volvieron del lado de la

Península, por si acaso divisaba la costa; pero la persistente y monótona línea del horizonte limitaba la visual.

Y el caso es que detrás de esa línea iba quedando la rica y floreciente provincia de Alicante, cuyo bonancible clima tiene fama universal y atrae a invernar a muchos españoles y no pocos extranjeros de climas fríos, que van poblando el litoral de señoriles quintas de recreo.



Tipo balear.

Después, acaso muy pronto, también quedaría atrás la provincia de Murcia, cuya huerta, de inmensa extensión, en la que se cosecha toda clase de cultivos, y por lo que había leído Rafael era el más precioso jardín de España, tanto o más floreciente que la valenciana. Y tanto mayores eran sus deseos cuanto que le ha-

bían dicho que todo aquel prodigio se debía al esfuerzo y la constante laboriosidad de los murcianos, los cuales

sabían convertir cada gota de agua de sus ríos, al fecundar la tierra, en granos de oro, devueltos por ella pródigamente en los más diversos frutos.

También Rafael hubiese visitado la pintoresca, hermosa y fabril ciudad de Cartagena, en esa provincia, principalmente por ver su gran arsenal y los astilleros destinados a importantes construcciones navales.

Almería, otro puerto importante del Mediterráneo por donde se exporta el producto sobrante del rico suelo de esta provincia, también quedaría sin ser visto por Rafael.

De esta tristeza le consolaba, finalmente, el pensamiento de que al siguiente día ganarían en Málaga el perdido suelo natal.

Así es que cuando a lo lejos vió dibujarse obscuramente una costa entre el mar y el cielo, quedó como clavado en la proa del buque, para no perder detalles en la lenta aparición del paisaje.

Se presentó primeramente una empinada montaña, coronada por una rara construcción, a manera de fortaleza, que era el viejo castillo de Gibralfaro, según oyó decir a un viajero próximo. Después, lentamente, la extensa población de Málaga fué apareciendo al pie de la elevada montaña, cual si las casas surgieran de la tierra en torno de la mole de piedra de la Catedral, que dominaba los tejados.

El buque continuó cortando majestuosamente las aguas tranquilas y brillantes, bajo el sol, que prodigaba sus rayos suaves y acariciadores. Entraron en un puerto hecho todo él por los hombres, los cuales habían aprisio-

nado una gran extensión del mar con robustos muros por ambos lados. El vapor siguió de largo, con sorpresa de Rafael, a otro puerto más al interior y abrigado, en el que la obra del hombre y de la Naturaleza se habían combinado admirablemente, y allí, de costado a un muelle, fué amarrado el monstruo marino que les conducía desde el puerto de Valencia.

Mientras el buque llenaba el vientre de cajas y barriles, que los malagueños enviaban lejos, a cambio de dinero, como producto sobrante de su trabajo, los viajeros disponían de unas horas, que D. Damián y Rafael aprovecharon para recorrer la capital de aquella rica y próspera provincia andaluza.

Cerca del puerto encontraron una espaciosa y larga alameda, sombreada y de aire perfumado, que les ofreció deleitoso paseo matinal. Luego tomaron un coche, que les llevó a contemplar el barrio aristocrático de la Caleta, formado a los lados de la ancha calle por donde iban con elegantes y caprichosas villas de recreo, a un lado, besadas en los cimientos por el suave mar, y al otro, agrupadas pintorescamente en la falda de la montaña entre floridos jardines.

Luego visitaron la Catedral, la mejor reliquia arquitectónica entre las pocas que Málaga conserva de su pasado esplendor, la cual está deslucida exteriormente por las muchas casas que se agrupan en su torno. La Catedral tiene dos torres, una de ellas no terminada, y es de estilo renacimiento. En su interior pudieron admirar ricas joyas artísticas, como la sillería del coro, tallada por Juan

de Mena, y algunas pinturas preciosas del también famoso artista español Alonso Cano.

Los postreros momentos en Málaga fueron aprovechados por los viajeros en un paseo a pie por la ciudad, pasando de las calles céntricas y modernas, con bueno y abundante comercio, a los arrabales de calles más viejas y pobres.

Por el fondo de la población encontraron el cauce del río Guadalmedina, seco, porque sus aguas se habían retenido en el interior de la provincia para fecundar la tierra.

Ya noche, el buque, con el vientre repleto de riquísimos productos de la tierra, lanzó a los aires un formidable rugido, triste, imponente, y el fantástico panorama de la ciudad, iluminada en medio de la negrura de la noche, se fué perdiendo a lo lejos, cada vez más lejos...

XIII

LA CIUDAD FLOTANTE

El espectáculo de una población vista de noche desde el mar, era otra de las muchas novedades que iban sorprendiendo a Rafael en el viaje.

El panorama dibujado en el fondo oscuro de la noche era imponente y admirable. Una multitud de luces que enviaban sus reflejos al mar, a la vez que delineaban las siluetas de los más altos edificios, entre los que so-

bresalian algunas torres, al modo de fantasmas amenazadores...

Rafael quedó absorto en la contemplación del nocturno panorama. Pero aquellas luces fueron desapareciendo lentamente, como cuando bajo el cielo estrellado se interpone alguna nube, hasta que se dió cuenta de que estaba mirando estrellas, y no las luces de la ciudad, que se habían hundido en la línea del horizonte. Y este engaño le causó tristeza.

La idea de escribir a su madre le acudió, y en un abrigado salón del vapor, de cómodas mesitas, ocupó una, próxima adonde su padre y otro viajero charlaban y fumaban. Allí trazó esta carta:

«Mi buena mamá: A bordo del vapor en que fuimos de Valencia a Málaga, y ahora vamos a Cádiz, te escribo esta carta para consolarme, pensando en ti, de la tristeza que me causa este viaje por mar y de noche.

»Papá quiso que hiciéramos en vapor esta parte de la excursión; pero esto me descontenta tanto como los viajes nocturnos en tren. Como en todas partes de cuanto hemos recorrido se encuentran cosas nuevas que contemplar y aprender, tengo cada vez más deseos de verlo todo. Si llegara a ser rico, haría un viaje por España, de pueblo en pueblo, sin dejar atrás ni una aldea, para conocer todo cuanto hay de bueno y de malo, y para saber en qué lugares los españoles saben vivir bien y alegres, y en cuáles no aciertan a convertir la laboriosidad en progreso. Porque yo creo que no faltarán en España pueblos, y aun provincias enteras, donde se vive mal,

porque sus moradores no son activos en explotar la tierra, que es la madre de todo bienestar y adelanto, ni saben implantar industrias para convertir el trabajo inteligente en oro y cultura.

»Pero, en fin, estoy contento de lo que voy viendo en nuestro viaje, ya que si nos detuviéramos en más lugares, habríamos de tardar mucho en regresar a ésa, y yo tengo grandes deseos de verte y abrazarte.

»Por la mañana llegaremos a Cádiz. Antes hemos de pasar ante la plaza de Gibraltar, la fortaleza que los ingleses arrebataron a España el año de 1704, y en la que que desde entonces ondea la bandera británica. Luego cruzaremos el estrecho entre España y África, y saldremos por un momento al gran Océano Atlántico; ese inmenso mar que a los antiguos aterrorizaba, por considerarlo final del mundo, sin que ningún marino se atreviese a cruzarlo, hasta que Colón y un puñado de valerosos españoles se arriesgaron a navegar por él en unos endeble barquichuelos, asombrando a la Humanidad con la importancia de sus descubrimientos.

»En este momento, papá y otro señor sostienen una conversación muy interesante, por lo que cierro la carta para oírles.

»Te abraza tu hijo. — *Rafael.*»

Don Damián conversaba con un señor grueso, entrado en años, de anteojos negros, natural de Logroño.

— Desengáñese usted, mi buen amigo — dijo el de Logroño a D. Damián —. En España está bien aprovechada para el cultivo una buena parte del suelo; se ex-

plotan muchas minas, y hay provincias con importante industria. Pero todo eso no supone la mitad de la importancia comercial que pudiera tener nuestro país. Los Gobiernos que se suceden en España muestran poco empeño porque se desarrollen rápidamente nuestras fuentes de riqueza, y progresa menos España de lo que pudiera progresar.

— No niego enteramente — repuso D. Damián — que lleve usted alguna razón en lo que me dice. Yo soy alcalde de una villa bañada por el Cantábrico, y sé prácticamente de lo mucho que puede ser capaz un gobernante, ya sea de pueblo, de provincia o de la nación, por el progreso de España. Pero ha de convenir usted conmigo en que muchos españoles tienen la manía de que el Gobierno les dé todas las cosas hechas, y mientras tanto dejan pasar el tiempo sin desplegar las actividades de que son capaces. Bien está reclamar el apoyo del Gobierno, pero hay que ser activo, emprendedor, laborioso, a la vez.

— Sí, tiene usted razón — dijo el de las gafas negras —. Las dos cosas unidas son necesarias para el progreso de los pueblos. Pero los malos gobernantes en una nación vienen a ser como si en la cola de una cometa, con la que juegan los niños, se pusieran trozos de plomo; no se elevaría a los aires por mucho que lo pretendieran.

— No tal — habló D. Damián —. Si entre esos niños hay uno inteligente y laborioso, seguramente pensaría en levantar la cola de plomos construyendo otra cometa más grande, y, al fin, los plomos irían por el aire como plumas. Por eso insisto en que lo principal es aguzar el in-

genio para desplegar esfuerzos inteligentes que den buen resultado. Mire usted; yo fuí y aún soy comerciante. Tengo con mi hijo y otro chico un establecimiento de efectos de escritorio y librería, y puedo asegurarle que mientras otros comerciantes del pueblo se pasan los años quejándose del Gobierno, yo no tuve nunca la pretensión, como ellos la tienen, de que el Gobierno me traiga a casa los parroquianos y me venda las mercancías.

— Yo soy también comerciante — dijo el logroñés —; tengo un establecimiento de tejidos y paños en Logroño, la capital de la provincia, y puedo decir algo parecido a lo que usted dice. Yo no he vivido tampoco cruzado de brazos en el mostrador esperando que el Gobierno me traiga a casa las mercancías que más me convengan. Y puedo asegurarle que en mi provincia, Logroño, conocida también por la Rioja, no es la gente de la que se pasa el tiempo esperando que los Gobiernos le traigan el bienestar y la prosperidad. Mi provincia apenas tiene un palmo de tierra sin cultivar; y si es famosa en el mundo, por las excelentes frutas que conserva y exquisitos vinos que se exportan a todas partes, lo debe a los esfuerzos de sus activos pobladores. Y eso que se trata de una provincia del interior, sin puertos, circunstancia muy desfavorable para sostener comercio con otros países.

— Pues eso quiere decir — repuso D. Damián —, que conviene usted conmigo en que el verdadero progreso de los pueblos depende del trabajo de sus habitantes.

Poco después los viajeros se retiraron a los camarotes a descansar.

Ya el sol había rasgado las negras vestiduras de la noche, cuando Rafael corrió, escaleras arriba, desde el camarote a la cubierta del buque, ansioso de divisar tierra española.

De pronto vió que surgía del mar, en el horizonte, una ciudad que parecía flotar en las aguas, cual si las casas tuviesen los cimientos sobre las olas. Estuvo a punto de creer que, en efecto, se trataba de una ciudad flotante, porque la tierra no se divisaba en ninguna dirección. Pero luego fué apareciendo una lengua de tierra, a la manera de istmo, larga y achatada, que se perdía a lo lejos para unirse con España.

Así, la ciudad fué perdiendo lentamente la poesía en que apareció envuelta, pero, en cambio, su proximidad dejaba apreciar aspectos muy interesantes. La población parecía un cono aplanado de alegres edificios, contenidos sobre el mar por una robusta muralla.

Poco después Rafael sentía la grata emoción de verse en tierra, y en una población que le pareció en seguida muy simpática. Su padre también mostraba contento. Estaban en Cádiz, una de las más históricas ciudades europeas, fundada en la más remota antigüedad, cuando España era un país bárbaro, por los fenicios, que llegaron de Asia a la codiciada Península.

En Cádiz pasaron nuestros excursionistas unos días, satisfechos de ser huéspedes de una población atopadiza como pocas. La pintoresca situación de la ciudad, el agradable clima, el aspecto atrayente de sus calles limpias y salpicadas de soberbios edificios modernos, el

trato hospitalario de los gaditanos, todo, en fin, colmaba de satisfacciones el corazón de los viajeros.

Una tarde la dedicaron a visitar los recuerdos arquitectónicos heredados de la antigüedad. No tiene Cádiz muchas viejas maravillas, a pesar de su remota fundación; pero como todas las poblaciones españolas que fueron grandes y prósperas en pasados tiempos, conserva también cosas admirables.

Lo que más atraía la curiosidad de Rafael era el tráfico del puerto. En ninguna parte de Cádiz, como en la bahía, pasaba mejor las horas. Le asombraba el gran movimiento de buques de todas partes del mundo, que arribaban a Cádiz en sus viajes, principalmente para llevarse cargamento de los riquísimos vinos que se elaboran en esta provincia, y que afaman a España en el mundo entero.

XIV

LAS AFORTUNADAS

—¿De manera que no quedan en las islas Canarias ni restos de los primitivos pobladores, llamados guanches? — preguntó D. Damián a un canario, que también estaba de paso en Cádiz, y con el cual dieron algunos paseos por la ciudad.

— No, señor — respondió éste —. Desde que Juan Bethencourt, en 1417, tomó posesión en nombre de España del archipiélago, que se llamó luego islas Afortuna-

das, los guanchos fueron pereciendo o mezclándose con los españoles que llegaron a poblar las islas, hasta que desaparecieron.

— Me gustaría conocer esa provincia española — prosiguió D. Damián —. He oído ponderar a las islas Canarias como país fértil y hermoso, con buenas poblaciones.

— Efectivamente — asintió el canario —, mi tierra es rica y, además, está muy favorecida por su situación geográfica, con lo que sus puertos son de gran tráfico, como puntos de escala para los buques que surcan el Atlántico entre Europa y América. El suelo de las Canarias produce muy variados productos. Sobre todos, son de gran crédito los plátanos, la naranja, la cebolla, la patata, el tomate y otros, de los cuales se exportan grandes cantidades, a pesar de que no están muy explotadas todavía las tierras. Es importante también la industria de azúcar de caña. Hay, además, industria en otros diversos ramos. En cuanto al paisaje, hay lugares deliciosos, verdaderamente encantadores, como el valle de La Orotava, lugar de gran riqueza agrícola y muy saludable. También es bellissimo el panorama que se divisa en la ascensión del Teide, montaña en figura de un cono enorme, rematado por el cráter de un volcán a 3.711 metros de elevación, que es la mayor altura de España. Ambos lugares están en la isla de Tenerife. Como ciudades, las más importantes, y a la vez hermosas y progresivas, son las de Santa Cruz de dicha isla y Las Palmas, en la de Gran Canaria, con un puerto soberbio, situado en la moderna villa de La Luz, a unos 20 kilómetros, que se recorren en bre-

ves minutos en tranvía eléctrico. Ambas ciudades tienen bellezas dignas de contemplar y cuentan con más de 70.000 habitantes cada una.

—Y, ¿progresan mucho las islas Canarias? — preguntó D. Damián.

— Progresan mucho, sí, señor. Pero tienen incalculables riquezas sin explotar. El Gobierno español debiera de cuidar mejor de esta provincia, que es de las más ricas. Por su riqueza y por lo alejada que está de la Península, así como por su importancia marítima, despierta deseos, en las grandes naciones europeas, de adueñarse de ella, y lo han intentado en algunas ocasiones. España confía demasiado en el patriotismo de los canarios, porque los canarios, aunque esté feo que yo lo diga, somos de los españoles que más amamos a la Patria, y nos dejaríamos matar antes de pertenecer a otra nación, cual hemos probado cuando los ingleses quisieron apoderarse de Tenerife. ¿No conoce usted el caso?

— Tengo una remota idea de él — contestó D. Damián.

— ¿No fué cuando Nelson, el almirante de la escuadra inglesa, perdió el brazo derecho? — preguntó impaciente Rafael.

— ¿Cómo?... ¿Tú sabes?... — dijo sorprendido el canario.

— Sí, señor... Sucedió en el verano de 1797, ¿verdad? Y Rafael, con asombro y a la vez regocijo del canario, prosiguió :

— Entonces, la escuadra inglesa tenía establecido un

bloqueo a esta ciudad de Cádiz, y como en el puerto de Tenerife había dos barcos con rico cargamento, que venían de Filipinas para Cádiz, con el pretexto de apoderarse de ese cargamento, pero con intenciones de apoderarse de las islas Canarias, se dirigió a Santa Cruz de Tenerife con nueve barcos de guerra, que llevaban 2.000 hombres y 400 cañones. Cuando estuvo a la vista del puerto de Santa Cruz, envió 900 soldados, a las órdenes de un comandante, a una playa próxima al puerto, con una carta para el gobernador militar, D. Juan Antonio Gutiérrez, llena de amenazas de atacar y bombardear la ciudad y las otras poblaciones de la isla, si no se accedía a sus pretensiones de ocupar pacíficamente la plaza, mientras se apoderaban de los barcos y su rico cargamento. Esas arrogantes disposiciones del almirante Nelson, que años después había de obtener la victoria en la célebre batalla de Trafalgar, iban a estrellarse esta vez contra el amor inquebrantable a España de los canarios; pues defendieron la ciudad con un valor y denuedo tales, que causaron a los ingleses una gran derrota. Les echaron a pique algunas embarcaciones; perecieron ahogados o muertos muchos soldados y oficiales, y hasta el jefe de las fuerzas perdió su brazo derecho. Así fué como los ingleses, después de creer que la aventura era fácil, tuvieron que capitular y reconocer gloriosa la jornada de los canarios, defensores de lo suyo contra ataques injustificados.

— Muy bien, muy bien — dijo el canario abrazando a Rafael —. Muchos paisanos míos se maravillarían de que un muchacho, que no ha nacido en Canarias, sepa mejor

que ellos la historia de las islas. Pero ¿a que no sabes, Rafael — preguntó el canario —, de la manera que se valió el gobernador de la plaza para meter miedo a los ingleses?

— Si lo sé, no lo recuerdo ahora — repondió Rafael.

— Pues los ingleses calcularon que la población estaba defendida por unos 8.000 soldados, cosa que los llenó de inquietud, cuando apenas si había un puñado de hombres en los fuertes que defendían la plaza. Para engañar a los ingleses, y hacerles creer que España disponía en la isla de Tenerife de un gran ejército, el gobernador ordenó que las escasas fuerzas desfilaran repetidas veces, y gritando, por las bocalles a la vista del mar, con lo que los agresores creyeron que todas eran tropas nuevas que iban a cubrir sus puestos en las fortalezas, y no las mismas que daban vueltas y más vueltas para que pareciese mayor el número de los defensores.

XV

EL SUEÑO

En la fonda donde se hospedaban nuestros viajeros, en Cádiz, había entre los huéspedes un señor de la provincia de Huelva y otro de Jerez de la Frontera, con quienes les iba uniendo una familiar amistad, por ser compañeros de mesa en el comedor.

Cierto día, a los postres, se originó entre los dos andaluces una alegre discusión.

— Le digo a uzté — aseguró el de Huelva — que mi provincia tiene tanta importancia como cuarquiera otra de España.

— Pero, hombre — interrumpió el jerezano —, ¿pretende uzté compararla a Cádiz? La provincia de Cádiz, ¿sabe uzté?, ez el Paraízo terrenal.

— No le negaré a uzté eza zuperioridá — repusó el primero — de la provincia gaditana. Pero a Huerva, para zer famoza en er mundo le baztan doz cosas: la primera, eztar en zu territorio er puerto de Paloz, de donde zalieron laz tre carabelas con laz que ze cruzó por primera vez er Atlántico y ze descubrió er Nuevo Mundo, y la zegunda, pozeer minaz de cobre de laz maz ricaz de la Tierra, cualez laz de Riotinto.

— Ezo ez too, ¿verdá? — preguntó con burla el jerezano —. Bien eztá lo der puerto de Paloz y el dezubrimiento de América; pero lo de laz minaz de cobre de Riotinto no da motivo para ponerze orgullozo, porque ze ezplotan con capital eztranjero, y al eztranjero van zuz produztos.

— Yo zólo digo — corrigió el huelvense — que zi ezas minaz eztán en Huerva, afaman a mi provincia con zu importancia.

— Bueno, bueno — interrumpió el otro —; yo azeguro que la provincia de Cádiz, ademáz de ser máz rica, ha llevado a la hiztoria nacional máz páginaz de gloria que la de Huerva, y tantas como cuarquiera otra. Y zi me apura uzté un poco, eztoy por decirle que mi pueblo zolo ha dado y zigue dando tanta fama a Ezpaña con zuz ri-

quírimoz vinoz, como er que máz. Y, zi no, fijese uzte que, en too er mundo, pa pedir un vino superió, pide una copa de jeré, y Jeré ez mi pueblo. ¿Verdad, D. Damián, que tengo razón?

— Hombre, es lo cierto — empezó a decir D. Damián, mediando en la controversia —, que todas las provincias de España, y aun todos los pueblos, por uno o varios conceptos contribuyen a dar renombre y prestigio a la nación. Todas las regiones, y todas las provincias, y hasta todos los pueblos, tienen algo de que orgullecerse.

— Muy bien — argumentó el jerezano —; pero ez que argunos pueblos tienen máz motivoz de orguyo, porque han tenío mayor participación en afamar a España.

— Pero esa rivalidad — opuso D. Damián — es fea y condenable, porque hay que suponer a todos los pueblos con iguales deseos de honrarla.

La conversación entre los dos andaluces y nuestros excursionistas fué derivando, hasta que por todos se convino en reconocer y proclamar la gran importancia histórica de la ciudad de Cádiz, principalmente porque allí habían nacido las modernas libertades ciudadanas de los españoles, precisamente en aquellos tristes y luctuosos días en que un pueblo extraño había invadido a España y pisoteado su independencia.

El jerezano se entusiasmó al hablar de esa traidora invasión sufrida por España. Sus ojos brillaban como ascuas y sus palabras se precipitaban como un torrente de fuego en los pechos de su auditorio. Los otros tres comensales le escuchaban conmovidos hasta estremecer-

se, y cuando se retiraron a descansar iban muy impresionados.

Rafael daba vueltas y más vueltas en la cama, pero al fin se durmió.

Entonces una gigantesca bruja, montada en una descomunal escoba, lo puso a horcajadas en sus espaldas y



... montada en descomunal escoba ..

se elevó al espacio. A sus pies, muy abajo, vió Rafael un extenso territorio que le pareció muy bello. Reparó más en él, y descubrió, con agradable sorpresa, que tenía la

misma forma que el mapa de España. La vista era tan sorprendente, que Rafael estuvo por darle las gracias a la bruja, y perdonarla de que le hubiese arrebatado de la cama, ya que le proporcionaba aquel maravilloso espectáculo, que acaso no volvería a ver en su vida.

Por dondequiera que tendía la vista descubría primores. Largas cordilleras, en parte escarpadas, en parte cubiertas de bosques, y en algunos sitios, picos nevados. Entre las montañas, ríos, que parecían hilos de plata, se deslizaban en todas direcciones hacia el mar. El sol alumbró desde lo alto un poco más, y entonces vió, cerca de estos ríos, verdes valles con caballos, vacas y carneros, del tamaño de pulgas, y tierras con los más diversos cultivos. Por entre valles y montañas, algunas veces cruzando ríos, vió también muchos caminos, carreteras y ferrocarriles que unían las poblaciones. Los trenes, desde aquella altura, no eran mayores de los que le traían los Reyes Magos cuando niño. En el litoral fué descubriendo muchos puertos cuajados de vapores del tamaño de los de hojalata. Después, con más calma, fué distinguiendo las ciudades y villas; pero tantas eran, que le confundían. Por el gran tamaño conoció en seguida Madrid, en el centro, luego a Barcelona y Valencia en la costa mediterránea. Su pueblo, que él creía de tanta importancia antes de salir a viajar, era del tamaño de un garbanzo. Consultando los conocimientos que tenía de Geografía y de Historia, fué distinguiendo otras muchas ciudades de las más grandes; unas, por su situación en la costa, o a orillas de algún río, o cerca de una cordillera; otras, por su

aspecto de ancianas venerables, como Toledo, Salamanca, Burgos, Santiago de Compostela, etc., y algunas por su juventud risueña, como San Sebastián, Bilbao, Vigo, o por la unión de lo antiguo con lo moderno, tales como Coruña, Oviedo, Valladolid, Zaragoza, Granada, Sevilla... Lo cierto es que jamás había experimentado tan hondo placer como aquél, y recordando que él era español, uno de los dueños de todo aquello, se puso a saltar de alegría, sin darse cuenta de que estaba sobre los huesudos hombros de la bruja, y por poco se cae desde aquella altura colosal.

Se tranquilizó luego para aprovechar el tiempo en contemplar detenidamente todos los detalles del incomparable espectáculo, por si no volvía a tener ocasión de verlo.

Pero cuando más entusiasmado estaba ante el grandioso panorama de España, brillante bajo el sol, advirtió, sorprendido, que oscurecía el cielo en torno suyo antes de tiempo, y le pareció que algo grave ocurría.

Efectivamente; vió que una pierna de gigante, calzada con un descomunal zapato, se entretenía en destrozar los preciosos campos sembrados, con espanto de sus cultivadores. Pero el enorme y horrible zapato no se detenía ahí: continuaba avanzando, y a su paso sembraba la ruina y el terror. Iba de ciudad en ciudad y de villa en villa, derrumbando casas, destruyendo todo cuanto los españoles habían hecho para comodidad, belleza y recreo. En todas partes rechazaban con valor, hasta morir pisoteados, la intromisión del atrevido e irrespetuoso zapato; pero él continuaba su repugnante obra de destrucción,

dejando tras de sí la desolación y la muerte, y las ciudades y villas, entre llamas y sangre, se iban vistiendo de luto...

Rafael abría y cerraba los ojos sin cesar, como espantado de que fuera verdad que el bello espectáculo de España se convertía en un montón de ruinas y cadáveres. Trabajo le costó articular las palabras, porque la congoja le apretaba la garganta; pero al fin le preguntó a la bruja, tartamudeando :

— Pero, ¿qué es eso que pasa ahí abajo, en España?

— Es que un país extranjero — gruñó la bruja —, más poderoso que España, la ha invadido, y se entretiene en destruir y matar para robar las cosas de más valor que poseen los españoles, y convertirlos a ellos en esclavos.

— ¿Qué dices, bruja? — preguntó, indignado, Rafael —. Pues déjame bajar inmediatamente a España, porque yo quiero impedir que ese soberbio y criminal zapato siga destruyendo los pueblos... ¿No sabes que yo soy español?

— ¡Vamos, tranquilízate! — repuso la bruja, con voz repugnante —. Tú no podrías impedir la obra destructora de ese zapato. ¿No ves que lo calza un gigante?

— ¡No importa, no importa! — exclamó, angustiado Rafael —. Yo estoy conforme con que me aplaste, pero antes le clavaré mi cortaplumas al gigante en la pierna. ¡Déjame bajar! ¡Déjame bajar, bruja! — gritó Rafael, agitando desesperado.

Pero la bruja ciñóle fuertemente las piernas a su cuerpo, por temor a que él se tirara y se hiciera polvo contra alguna montaña. Entonces Rafael, viendo que no podía

acudir en auxilio de sus compatriotas, empezó a llorar y a gemir amargamente.

En esto, despertó atolondrado y con los ojos humedecidos. Cuando comprendió que todo aquello había sido un sueño, se asomó al balcón a recibir las caricias solares, y respiró fuertemente, satisfecho y agradecido.

XVI

A TRAVÉS DE ANDALUCÍA

Una mañana salieron de Cádiz, en tren, sobre estrecha lengua de tierra besada por el mar en ambas orillas. El panorama era nuevo, si bien poco variado. Le daban una nota típica las salidas, con sus montes de sal en forma de pirámides.

Había transcurrido media hora cuando el tren pasó por la hermosa e histórica ciudad de San Fernando, asentada en la Isla de León, de cuya Casa Consistorial, famosa por su delicada arquitectura, habían oído en Cádiz grandes elogios. Pero lo que más lamentaba Rafael no ver en San Fernando eran el Observatorio Astronómico, célebre en el mundo; el gran arsenal de la Carraca, próximo a la ciudad, y el Panteón de Marinos Ilustres.

Minutos después dejaron atrás el robusto puente de piedra llamado del Zuazo, y el tren continuó su marcha, tierra adentro, por una rica comarca, dedicada preferentemente al cultivo de la vid, productora de los renombra-

dos vinos que elaboran y exportan poblaciones tan prósperas como Puerto de Santa María, y, principalmente, Jerez de la Frontera.

Ya en plena provincia sevillana, de suelo generalmente llano con suaves ondulaciones, Rafael sintió algo de contrariedad y decepción. El aspecto del paisaje no daba sensación tan agradable como la esperada. Le parecían un contraste la tierra amarillenta, sin verdor, y el carácter alegre de los andaluces. Le entusiasmaban, no obstante, la impresión de riqueza de la campiña, y el sol clarísimo que la inundaba, dando un brillo delicado a todas las cosas. La nota verde y más alegre del paisaje la ofrecían los extensos olivares, semejantes a fantásticos ejércitos de gigantes, por la simetría con que los olivos estaban plantados; ejércitos que se iban a perder en el horizonte, muy lejos.

Por los lados del tren fueron presentándose varios pueblos que, si daban alguna idea del bienestar, tampoco proclamaban la alegría sevillana. Si algunos alegraban la vista con la blancura sin mancha de sus casas hermo-seadas por las flores, otros, en cambio, eran de edificios pardos, con techos pajizos, porque sus tejas tenían el color amarillento de la tierra. Así, en medio de olivares y algunas fincas con ganado, fueron quedando atrás, entre otros pueblos, Marchena, de vieja presencia, con algunas chimeneas fabriles, y Osuna, al pie de amarillentas colinas con olivares, de ruinoso aspecto, con pardas torres, cuyas piedras evocaron en Rafael su pasada grandeza, porque él sabía que Osuna había gozado de gran-

prestigio en el mundo por sus aristocráticas mansiones, y ser cuna de famosos hijos, ilustrados en su célebre y desaparecida Universidad.

El tren penetró en la provincia de Málaga, de suelo más montañoso y pintoresco, para salir muy pronto a la de Granada, tras de pasar por poblaciones como Bobadilla, Antequera y Archidona, que cifran su florecimiento en el producto de la tierra.

Ya en plena provincia de Granada, el panorama continuó ofreciéndose variado, por su aspecto montañoso entre anchas llanuras cultivadas. Y cerrada la noche, llegaron a la capital granadina.

Un paseo por esta ciudad vino a confirmarles una vez más, que no hay población en España sin algo propio y característico, digno de ver y admirar. Suponían ellos que todo el interés de Granada para el forastero estaría en conocer la última y famosa morada de los reyes moros, llamada la Alhambra; pero pronto salieron de su error.

Primeramente recorrieron la parte nueva de la población, que está en suave pendiente sobre los ríos Darro y Genil y tiene todos los aspectos de gran ciudad moderna. En el barrio del Albaicín, lo que más los llamaba la atención eran las calles, algunas tan angostas como los pasillos y las galerías de las casas, y todas torcidas. Pero lo verdaderamente curioso en varias de ellas es que, estando en pendiente, en vez de pavimento liso, tienen anchos escalones adoquinados, formando cada una de esas calles una escalera de grandes peldaños.

Los viajeros comprendieron en seguida que estaban en la parte más vieja de la ciudad, levantada hace siglos por los moros, cuando dominaban en España. Sabían que ese barrio del Albaicín había sido residencia de los moros ricos, los cuales, al ser lanzados al África por los españoles, se llevaron las llaves de sus casas, porque suponían que habrían de volver a España. Pero es lo cierto que se quedaron en África con las llaves, y cuentan que los descendientes de aquellos moros adoran todavía esos inútiles pedazos de hierro, con la esperanza, no disipada en cuatro largos siglos, de volver a Granada, ciudad que en sus cuentos se pondera como una mansión divina...

Del barrio del Albaicín salieron por una angosta carretera, que corta hacia el medio la falda de una colina. Desde allí admiraron en la cumbre de otra colina, al frente, en el mismo borde tajado a filo, la fantástica vista de la Alhambra, con sus largos muros y altas torres, unos y otras de color rojo. Y abajo, en la profunda garganta formada por las dos colinas, vieron también el Darro, conductor de pobre caudal de agua sobre cauce de roca.

Pero lo que más sorprendió a los forasteros fué la vista ofrecida por la misma falda de la colina donde estaban. ¿Qué vieron sus ojos? Como los dos sabían bastante historia, creyeron que habían retrocedido algunos miles de años, porque lo que ante ellos se presentaba era uno de aquellos pueblos que los hombres no civilizados todavía (y que la historia nombra trogloditas), formaban en las montañas, abriendo en ellas cuevas para refugiarse y defenderse de las tormentas y de las fieras.

La falda de la colina estaba llena de agujeros, imitando puertas, algunas de ellas blanqueadas y hasta con flores, por lo que se adivinaba que no vivían salvajes allí, sino hombres civilizados. Comprobaron esto, cuando algo más picados por la curiosidad, vieron dentro de aquellas cavernas muebles, entre ellos máquinas de coser y luz eléctrica. Mas nada debilitaba la sorpresa de ellos. ¿Qué gente viviría allí? Entonces, de alguno de los agujeros, salieron mujeres a proponerles baratijas y ofrecerles, al mismo tiempo, adivinarles el porvenir por una «perra gorda». Esto les explicó que en aquel pueblecillo de cuevas vivía una colonia de gitanos, muy numerosa, porque la falda de la colina está cortada por varios caminos angostos, unos sobre otros, al pie de todos los cuales hay cuevas.

Este espectáculo agradó mucho a nuestros visitantes, que solamente conocían aquella manera de vivir a través de lecturas.

XVII

EL PALACIO ENCANTADO

Algunos autores de libros inventan palacios encantados para engañar a sus lectores, cuando lo cierto es que hay en la realidad modelos muy superiores a los inventados. Lo pudieron comprobar D. Damián y Rafael la tarde de ese mismo día, en la visita a la Alhambra, ese

monumento arquitectónico del que tantas ponderaciones habían oído, y que asombra a cuantos tienen la fortuna de visitarlo, aunque hayan visto las más notables maravillas de todos los países.

Nuestros viajeros se habían figurado que esa última y más famosa mansión de los reyes moros en España, sería al exterior, como uno de tantos palacios situado en alguna calle de Granada. Pero en el paseo matutino salieron del error, al ver que la Alhambra estaba coronando la cumbre de una empinada colina, de la llamada Sierra del Sol, al pie mismo de la ciudad, y que su aspecto no era de palacio, sino de fortaleza rodeada de extensa muralla, con altas torres cuadradas, a cortas distancias, y todo de color rojo de ladrillo, de lo cual toma el nombre, en árabe, la Alhambra.

Ahora que se dirigían a ella, comprendían que su equivocación era mayor todavía. La primera sorpresa hubieronla cuando, al final de una calle en cuesta, entraron bajo maciza puerta de piedra en un bosque de gigantescos y copudos árboles, cortado por una espaciosa y larga avenida empinada, a la que poetizaba el murmullo del agua, precipitándose por las cunetas laterales, y cuyo pavimento embellecían los caprichosos y movibles dibujos del sol, al atravesar el alto y frondoso tunel de la arboleda.

Siguieron cuesta arriba un buen rato, dejando a los lados alguna que otra casa, con sus jardines llamados *cármenes*, en Granada, y llegaron, por fin, a las puertas de la famosa Alhambra.

Tras ellas vieron, en primer término, el hermoso palacio de piedra, levantado por el rey Carlos I, sin techumbre, y en cuyo gran patio circular, rodeado por dos galerías superpuestas, de gruesas columnas, le fué ceñida una corona de laurel en 1889 al glorioso poeta D. José Zorrilla, autor del drama *Don Juan Tenorio*.

Luego entraron en la verdadera Alhambra, o sea la



Granada :

La Alhambra : El tocador de la reina.

mansión de los reyes moros, hasta que los Reyes Católicos, Isabel y Fernando, conquistaron a Granada en 1492, suceso con el que concluyó la reconquista del suelo patrio por los españoles contra los árabes.

No necesitaron recorrer nuestros visitantes muchas estancias del palacio para sentirse maravillados y dudar si estaban despiertos o soñando. En seguida se les ofreció algo deslumbrador,

ni visto ni soñado, que les causaba asombro, y trabajo les costaba convencerse de que aquello hubiese podido ser labor de hombres, porque más bien indicaba que manos divinas lo habían hecho.

Les pareció que estaban en un palacio encantado, de

esos a que se refieren los libros de cuentos; pero ni a través de esas lecturas poseían idea de algo semejante, por lo que dedujeron que los escritores de fábulas no tenían necesidad de torturarse el cerebro para inventar cosas que son inferiores a otras reales.

Por dondequiera que tendían la vista veían delicadísimos prodigios de arquitectura árabe. Paredes y techos eran un derroche incomparable de lujosos adornos, en colores, tan admirablemente hechos con escayola, que los muros parecían transparentes. Tan pronto se imaginaban estar en una cueva con el techo cuajado de estalactitas en colores, como se figuraban que enanos invisibles sostenían sobre ellos una delicadísima mantilla, hecha de yeso o madera, con bordados y calados primorosos. Así lucían las paredes y techos artesonados.

Aquello era fantástico realmente. Ni el padre ni el hijo encontraban palabras para expresar la admiración que les causaba todo aquel fastuoso derroche de arte, más refinado a medida que penetraban en un nuevo compartimiento del moruno palacio.

Al tiempo, también pasaban por algunos patios que parecían confirmar la idea de que estaban en alguna encantada mansión; tales como el «patio de la Alberca», llamado así, porque lo ocupaba una gran alberca o estanque, con una fila de macizos y olorosos arrayanes en cada costado, y el «patio de los Leones», con un soberbio surtidor en el centro, cuya fuente o taza se apoya en los lomos de doce leones, por medio de otras tantas columnitas. Este patio está cerrado por un corredor de finas

columnas de mármol, bajo arcos que maravillan : son de yeso, y, por entre sus adornos calados y transparentes, pasan los rayos solares a formar jeroglíficos en la pared o en el pavimento.

Sólo faltaban allí duendes, hadas, brujas, trasgos, enanos, gigantes, centauros, sirenas y toda suerte de personajes fantásticos, inventados por los fabulistas, para que la Alhambra pareciese un verdadero palacio encantado. Lo más sorprendente es que, siendo los árabes en la actualidad atrasados, hubieran podido, hace siglos, construir maravillas como ésa.

Cuando los visitantes abandonaron la Alhambra, de cuya antigüedad apenas hay memoria, comprendían que los moros y su rey Boabdil tenían razón para llorar al salir de Granada, por lo que la madre de ese último rey moro les decía : «Bien hacéis en llorar como mujeres lo que no habéis sabido defender como hombres», según refiere una tradición.

Y ahora comprendían también D. Damián y su hijo por qué la Alhambra atraía extranjeros de todo el mundo, ansiosos de ver esa maravilla, que no tiene semejante fuera de España.

XVIII

DE GRANADA A CÓRDOBA

En los días siguientes los viajeros se dedicaron a visitar los demás monumentos que embellecen a la ciudad,

cuna ilustre en todo tiempo de grandes españoles, como en lo antiguo el filósofo Francisco Suárez y el moralista Fr. Luis de Granada, y en nuestros días el formidable pensador Ganivet y el novelista Pedro A. Alarcón, entre muchos que han honrado a la patria con sus preclaras inteligencias.

De las otras construcciones legadas por la morisma, les admiró, sobre todas, la casa de recreo de los reyes moros, llamada el Generalife, y situada en la misma colina de la Alhambra, pero más lejos de la ciudad. Visitaron también los Museos provinciales de Arqueología y Bellas Artes, guardadores de importantes riquezas artísticas e históricas.

Y entre los monumentos levantados por los españoles, vieron la Cartuja, que contiene pinturas, esculturas y muebles de gran mérito; pero nada les admiró tanto como la Catedral que, interiormente, ofrece una magnífica exposición de arte.

En la capilla real de la Catedral contemplaron los dos severos y magníficos sepulcros con los restos de los Reyes Católicos y de sus hijos Juana la Loca y Felipe I el Hermoso, consorte de ésta. Cada sepulcro tiene encima las estatuas yacentes, en mármol blanco, de los Reyes, cuyas cenizas guarda. Grande admiración sintieron los visitantes ante aquellas frías figuras de los Reyes Católicos, recordando que con ellos se fundó la nacionalidad moderna de España, y que sin su concurso no se habría descubierto América.

Ese recuerdo le trajo a Rafael una idea que expuso al padre en estos términos:

— ¿No te parece, papá, que hay algo de injusticia en el número de monumentos consagrados a Cristóbal Colón en las poblaciones de España y de América?

Don Damián miró con perplejidad a su hijo, como quien escucha un disparate, y exclamó:

— Pero, ¿tú estás bueno, Rafael? La memoria gloriosa de Colón merece todos esos monumentos, y más que se levanten.

— No me has dejado concluir, papá. Yo creo que Colón merece todas la alabanzas no sólo de los españoles, sino de la Humanidad entera. Pero yo he leído en nuestra librería un libro en el que se comprueba la gran participación tomada por los hermanos Pinzones, gracias a los cuales pudo llevar Colón sus planes a la práctica. Además, se sabe que Colón hubiese dado la vuelta desde alta mar si no se opusiese a ello Martín Alonso Pinzón, que tomó la delantera con la carabela llamada *Pinta*, y fué el que verdaderamente descubrió tierra. ¿No es injusto que Colón tenga tantos monumentos y los Pinzones ninguno?

— Tal vez tienes razón, hijo mío — contestó D. Damián—. Creo que España está en deuda con los hermanos Pinzones, de memoria venerable para los españoles.

Visto cuanto de notable encierra Granada, nuestros viajeros tomaron el tren para Córdoba.

A falta de novedad en el paisaje, ya visto a la llegada, les vino a entretener y deleitar una conversación entablada con dos señores extranjeros que iban en el mismo departamento.

— España—decía uno de ellos—es un país delicioso, de muy variados climas, para todos los gustos.

— Y, además, España—dijo el otro extranjero— contiene paisajes de belleza insuperable, y sus poblaciones tienen todas algo o mucho que admirar.

— Y en otros países — preguntó Rafael con curiosidad—, ¿no hay también hermosos panoramas y ciudades tan admirables como aquí?

— ¡Oh! Sí. En nuestra nación, por ejemplo — respondió uno de ellos—, hay grandes poblaciones; pero es que España conserva muchas cosas de su gran florecimiento en la antigüedad, y en esto le lleva ventaja.

— ¿Conocen ustedes muchas provincias de España?— preguntó D. Damián.

— Nosotros las hemos recorrido todas, y en algunas hemos estado más de una vez.

— Y ¿cuál les gusta más? — quiso saber Rafael.

— No podríamos decirlo—respondieron casi a un tiempo—. En todas hemos encontrado — prosiguió uno de ellos—algo que admirar y motivos de placer.

— Yo estoy enamorado de España—dijo el otro extranjero—. España vale mucho; pero aún podría valer mucho más, porque tiene grandes condiciones para ser otra vez una de las naciones más importantes del mundo. Tiene una excelente situación geográfica en Europa, un suelo que produce de todo; un subsuelo muy rico en minerales...

Siguió la conversación hasta que llegaron a Bobadilla, donde los viajeros se separaron para tomar trenes con distinto rumbo.

— ¡Qué diferencia — indicó Rafael — entre el juicio de esos extranjeros y el de aquéllos indicados por ti en las cartas que dirigías al maestro desde América! ¿Verdad, papá?

— Sí, hijo mío — contestó el padre —; la diferencia es grande, y consiste en que aquéllos no conocían nuestra



Córdoba: Torre de la Malmuerta.

patria más que a través de juicios envidiosos o malintencionados.

En esto el tren comenzó a recorrer tierras cordobesas en dirección a la capital de la provincia, ofreciéndoles al paso entretenidos paisajes.

Y así llegaron a la antigua ciudad de Córdoba, cuna de los filósofos Séneca y Averroes, de los poetas Lucano, Góngora y Duque de Rivas, y de algunos otros ilustres españoles.

Sabían anticipadamente nuestros viajeros que lo más digno de contemplar en Córdoba era la Mezquita, maravilla sin igual en el mundo, levantada por los árabes cuando esta ciudad era capital del Califato de Occidente.

Tomaron camino, de acuerdo con la dirección que les habían dado, y entraron por un barrio de calles retorcidas

cidas y tan estrechas que, en algunas, los aleros de los tejados casi formaban túnel, y de ventana a ventana podían los vecinos estrecharse las manos si se estiraban un poco. Por las calles más anchas transitaban los vehículos con dificultad, y si dos llevaban dirección contraria, era preciso que uno de ellos esperase a la entrada de la calle a que pasara el otro. Pero las casas eran blanquísimas, y muy limpio el pavimento adoquinado de las calles.

Comprendieron los viandantes que este barrio conservaba el sello de las costumbres moras. Al extremo de él, en descenso hacia el Guadalquivir, encontraron la Mezquita, que los desilusionó bastante cuando vieron un vasto edificio cuadrado, aislado, chato, sin atrayente arquitectura y con las piedras roídas por los siglos.

Pero cuando entraron en aquel pardo caserón, padre e hijo no pudieron contener una exclamación de asombro. Lo que se presentó ante ellos fué, sencillamente dicho, un inmenso bosque de columnas en mármol jaspeado, de color gris unas y encarnado otras, sobre pavimento de losas blancas y negras, y sosteniendo una profusa y maravillosa combinación de arcos dobles, pintados de rojo y blanco. Cuanto más se introducían en aquella selva más asombro les causaba, pues la vista tropezaba siempre con un macizo de columnas cual si efectivamente fueran árboles.

Hacia el centro descubrieron el interior de una catedral, levantada por los cristianos después que Fernando III el Santo tomó a Córdoba del dominio moro.

Contemplaron con gusto las diversas obras de arte

allí acumuladas para instalar la Catedral; pero al saber que para ello se habían talado 600 columnas de aquel bosque, que entonces pasaba de 1.400, no pudieron menos de lamentar que no se hubiese instalado la Catedral en edificio propio, cual se había hecho en otras ciudades.

XIX

EL REINO DE LA ALEGRÍA

Al amanecer, cuando el claro y deslumbrador sol andaluz empezaba a cubrir de doradas galas la tierra, salieron nuestros viajeros de Córdoba para Sevilla, famosa entre las famosas.

Se deslizaba el tren en la misma dirección que las aguas del Guadalquivir. Tren y río parecían entretenidos en correr y perseguirse. Ya se aproximaban hasta tocarse o se distanciaban hasta perderse de vista, o se acometían bruscamente cual si fueran a reñir, y, entonces, el tren cruzaba con desprecio sobre el río por formidable puente. Ambos culebreaban, pues fantásticas culebras parecían por entre ejércitos de olivares que iban a perderse en las laderas de lejanas colinas o montañas, o rasgaban tierras dispuestas para el cultivo de cereales, o campiñas donde pastaban rebaños de carneros o vacadas.

Cruzaban una parte de la provincia cordobesa y luego otra de la sevillana, hasta que entraron a media mañana

en la populosa Sevilla, patria chica de muchos sabios y artistas que dieron gran prestigio a España, y, particularmente, de algunos de los pintores más famosos, como Velázquez, Murillo, Herrera el Viejo y el Mozo, Valdés Leal y Pacheco, maestro y suegro de Velázquez, que si nació en Cádiz, en Sevilla floreció y murió.

Los visitantes se dirigieron, a través de la parte moderna de la gran ciudad, hacia el puerto, en la margen izquierda del río Guadalquivir, antes llamado Betis, del cual sabían ellos que es navegable hasta Sevilla.

Al paso, por buenas calles con hermosos edificios, comprendieron que no sin razón se llamaba a Sevilla «trono de la alegría» y «reino de la gracia», pues como tal la proclamaban en

seguida los balcones y las ventanas rebosantes de claveles y rosas, y bien sabido es que quien cuida flores es que vive alegre.

Llegaron, por fin, al puerto, en el Guadalquivir, donde les sorprendieron buques en mayor número y mayor tamaño de lo que habían supuesto. La vista ofrecida por la encantadora ciudad en esta parte era primorosa. Es-



Retrato de Velázquez.

taban cerca de la robusta y renombrada Torre del Oro, y no muy lejos del gran puente de piedra y hierro que une el barrio de Triana con la ciudad. Al pie de un espacioso muelle, que parecía de un gran puerto de mar y no de río, vieron un tráfico intenso de carga y descarga de mercancías, como asociándose la poesía del trabajo a la poesía del ambiente.

Al contrario de la mayoría de las poblaciones, en las cuales la parte antigua es la menos atrayente, en Sevilla, al igual que en Córdoba, lo que más gusta a los forasteros es recorrer la ciudad vieja. Y es que en Sevilla, como en Córdoba o Granada, el barrio antiguo tiene un encanto especial que sólo se advierte en esas ciudades andaluzas donde los moros dominaron más tiempo. Por ellas entraron los árabes en España y por ellas salieron y ¡es natural que en ellas dejaran mayor rastro de sus costumbres, una de las cuales era apiñar las casas donde moraban, formando con las calles un verdadero laberinto.

Tal es el barrio moruno de Sevilla, mayor que el de Córdoba, y, como éste, con muchas calles donde el farol público descansa en una fachada y casi toca con los cristales la de enfrente.

No encontraban en la inmensa mayoría de las casas de este barrio nada que mereciera contemplación detenida, como no fuesen los muchos tiestos con flores y claveles que adornaban ventanas, balcones, azoteas, perfumando, el aire de la calle.

De un paseo por este laberinto salieron a una calle

más ancha, en la que se levanta la mole de piedra de la Catedral, dominada por la famosa torre de la Giralda, de 97 metros de altura, la cual se conserva, destinada a campanario, del edificio árabe que había donde luego se construyó el templo cristiano.

Los viajeros sintieron deseos de subir a la atrevida torre de la Giralda, y, tras de 34 empinadas rampas interiores, dispuestas a modo de escalera, y después de algunos tramos de escalones de mármol blanco en lo más alto, llegaron a la cúspide. La torre les pareció desde arriba mucho más alta que desde abajo, y no sin algo de temor se asomaron a los miradores.

Mas no tardaron en adaptarse a la altura aquella y pronto les deleitó la soberbia vista extendida a sus pies, tan abajo, que la ciudad, situada en el centro de una gran gran llanura, parecía una población de enanos, y liliputienses eran efectivamente las personas vistas desde allí. Las calles semejabán cuchilladas, producidas caprichosamente en la ciudad. La inmensa mole de la Catedral, contigua a la Giralda, era como la residencia del Jefe de los enanos. Y el caudaloso Guadalquivir y los grandes buques que en él habían visto tenían el aspecto de un juguete de niños.

Rafael, al ver allí abajo la ciudad, en cuyas calles le parecía haber estado preso como en una red, sentíase ahora altanero y como si se creyese un gigante. ¡Qué grato para su soberbia de gigante tener a sus pies aquella gran ciudad, que ahora le parecía un juguete!

Con esta dulce ilusión en el pecho, descendió de la

Giralda, al propósito de visitar la Catedral. Cuando en el interior se vió al lado de unas columnas de gran altura, que iban a perderse en el elevadísimo techo, sintióse tan pequeño, que se creyó menos que un enano; figuróse a sí mismo del tamaño de una hormiga.

Aquellas columnas de la Catedral, verdaderos gigantes de piedra, levantados por el esfuerzo humano para desafiar el paso de los siglos, le habían dado una muy merecida lección: «Ningún hombre — le dijeron en mudo lenguaje — tiene jamás derecho a la soberbia de sentirse gigante. A nuestro lado, todos los hombres sois gusanillos del mismo tamaño.»

Tres días más estuvieron nuestros viajeros en Sevilla, recreándose en cuanto tiene esta gran ciudad andaluza digno de admirar, que es mucho.

El día último, recordando Rafael que su compañero de tareas, Romualdo, el *Andalucito*, era sevillano, adquirió una colección de postales con vistas de Sevilla, y se la mandó con la siguiente carta :

Sevilla, noviembre 15.

»Mi querido Romualdo :

»Mañana saldremos con dirección a ésa, a través de Extremadura y León. De Sevilla, tu pueblo natal, estoy verdaderamente encantado. Te mando una copiosa colección de postales para que recuerdes lo mucho notable que hay en tu patria chica, orgullo de la patria grande, cuna de algunos de los más famosos pintores españoles,

de poetas como Herrera *el Divino* y Bécquer, escultores como Montañés y hombres de ciencia como Lista. Y guardadora de muchas joyas arquitectónicas, entre las que sobresalen la Catedral con la Giralda, las Casas Capitulares, la de la Lonja y otras.

Entre los más admirables edificios de estilo árabe, hemos visto la Casa de Pilatos y la Casa de las Dueñas que son, como verás en las postales, dos preciosidades en el interior. También visitamos el Alcázar que sirvió de residencia a los reyes moros, y luego a los cristianos, desde que Fernando III conquistó a Sevilla. El Alcázar me ha recordado la Alhambra de Granada, pues también parece una mansión imaginada en sueños.



Sevilla : Puerta de la Macarena.

Estuvimos en el jardín del Alcázar y en el de Murillo, que son dos primorosos vergeles, muy floridos, alegres y bien cuidados. Pero en jardines y parques, ninguno como el Parque de María Luisa. Es como una selva encantada, de esas que inventan los fabulistas para asombrar a los niños. En ella hay estanques y otros adornos preciosos.

»Por último, estuvimos hoy en el palacio de Bellas Artes, donde invertimos toda la mañana en recorrer las salas del Museo, que es uno de los más notables que se conocen. En los departamentos destinados a pintura, los pintores sevillanos tienen, excepto Velázquez, una sala especial cada uno de los más célebres. En la sección de Arqueología hay muchas cosas de gran mérito, sobre todo de la época romana, particularmente esculturas, algunas de ellas rotas, que se van encontrando en las ruinas de Itálica, desaparecida ciudad próxima a Sevilla.

»Recuerdos a nuestras mamás y tú recibes un abrazo que pronto dejará de ser por carta de tu amigo.—*Rafael.*»

XX

DE REMENDÓN A MILLONARIO

La locomotora, esa conquista del ingenio humano, que llevó el progreso a los más escondidos lugares, atronó el espacio con un formidable rugido, sacudió su soberbia melena de humo y arrastró con fenomenal impulso una larga y pesada cola de coches fuera de la gran urbe sevillana.

En uno de esos coches habían tomado asiento D. Damián y Rafael. Iban pensativos y silenciosos. Esta vez Rafael no tenía la ansiedad de conocer tierras nuevas como en otras ocasiones. Sobre su ánimo pesaba más la tristeza de abandonar a Sevilla, donde, tan agradables días había vivido.

Así llegaron a Puente del Arco, situada en tierra de Extremadura, al comienzo de la provincia de Badajoz.

Por esta parte, el paisaje se ofreció más variado y pintoresco, debido a las estribaciones de la cordillera Mariánica, que separa Castilla la Nueva de Andalucía. Pero ese panorámico paisaje iba a durar poco. En cuanto dejaron atrás a Zafra, famosa población cuando el Imperio romano, una extensa llanura de pobre y triste aspecto se fué presentando a la vista de los viajeros. En ella se cultivaban cereales y se apacentaba ganado; pero todo indicaba que podría ser más rica con un cultivo más intenso.

Por la conversación que Rafael oye a dos viajeros en ese momento se entera de que a los lados del tren, muy lejos, dejan dos poblaciones que él hubiera visitado de buena gana, y son: Jerez de los Caballeros, patria de aquel intrépido marino y explorador, Núñez de Balboa, descubridor del océano Pacífico, y Medellín, donde nació el glorioso conquistador de Méjico, Hernán Cortés.

El convoy llega a Mérida, donde padre e hijo, que se dirijen a Cáceres, cambiaron de tren. Otros viajeros seguían a Badajoz, ciudad enclavada a orillas del Guadiana, río que ante ella se ensancha con apariencias de lago.

Mérida conserva importantes monumentos, algunos ruinosos, de cuando la dominación romana, época en que esta ciudad tuvo un gran esplendor. La obra que más enorgullece a esta vieja ciudad, es un puente de piedra sobre el Guadiana, de fantásticas proporciones; pues mide cerca de un kilómetro de largo y tiene 64 arcos. Es un puente asombroso que a D. Damián le recordó otro

visto por él en Galicia, en la población de Eume, con 52 arcos, de los que sólo luce 15 actualmente, pero mucho más moderno y no tan grande, pues el de Mérida fué construído cerca de un siglo antes de la Era Cristiana, y es el mayor de los puentes antiguos que hay en España.

Llegaron a Cáceres, vieja ciudad, donde decidieron pasar un día para no recorrer las dos provincias extremeñas de Sur a Norte sin detenerse en ninguna de sus poblaciones.

Sabían que Cáceres había sido ciudad importante cuando el Imperio romano, luego con los visigodos y más tarde con los árabes, con la particularidad de que del dominio árabe había sido conquistada cuatro veces por los españoles.

Población tan antigua, aunque actualmente no sea de las ciudades españolas más progresivas, algo digno de admiración conservaría de su pasado, y esta idea animaba a padre e hijo en su visita.

Lo que más les agradó fué la pintoresca situación de Cáceres, sobre una colina, coronando la cual está la parte vieja de la ciudad, rodeada por una ruinoso muralla. A partir de ella se fué extendiendo la población, como si la muralla estuviese construída para separar las reliquias respetables del pasado y señalar donde empieza lo moderno, indicador del progreso.

Pero en Cáceres, como en toda región extremeña, persistía en los viajeros la impresión de que no era una comarca próspera.

Hablaban de esto con un señor cacereño, cuando éste les refirió la siguiente historia :

«Para que ustedes vean — les dijo — que en cualquier punto de España puede prosperar y enriquecerse el español que se empeñe en conseguirlo, les voy a referir un caso histórico que ha sucedido aquí, en Extremadura, región que no es, como ustedes dicen, de las más progresivas.

»En Guadalupe, donde se levanta ese famoso Monasterio de su nombre, cerca de Logrosán, nació un individuo que muchos hemos conocido en algunas esquinas y portales de Cáceres ejerciendo el modestísimo oficio de zapatero remendón.

»Era un hombre bueno, que se dejaba estimar de cuantos le trataban, por lo que tenía bastante clientela. Pero el oficio le producía tan poco, que apenas le alcanzaba para vivir, no obstante lo que le ayudaba la mujer, lavandera de profesión.

»Los hijos del matrimonio aumentaban y crecían, con lo que las necesidades del humilde hogar eran cada vez mayores.

»El remendón no cesaba de pensar en la manera de obtener mayores ingresos con honradez, porque realmente en su casa comían mal y vestían peor.

»Un día, con dinero facilitado por un amigo suyo, compró un cerdo de cría, y con sobras de comidas que la lavandera recogía en una de las casas donde lavaba, alimentaban al cerdo, el cual empezó a crecer y engordar notablemente. Cuando el cerdo estuvo bien criado, el re-

remendón lo vendió, y después de pagar la deuda contraída por la compra, y de adquirir alguna ropa que necesitaban en la casa, con el sobrante compró dos cerdos de cría.

»Cuando vendió éstos, grandes y rollizos, adquirió seis, pequeños, y, desde entonces, con las sobras de comidas recogidas en varias casas y otros alimentos que



Pero el oficio le producía tan poco...

preparaba, fué sosteniendo un criadero de cochinos, cada vez más importante, vendiendo aquellos cuyo importe necesitaba para mejorar y sostener las comodidades de su casa.

»De todo esto nadie se daba cuenta, hasta que un día se echó de menos al remendón y su pobrísimo taller en las calles de Cáceres. Y cuando empezaba a sospecharse si se ha-

bría marchado de la ciudad o se habría muerto, empezó a vérselo por aquí mejor vestido y más cuidado, con sorpresa de los muchos cacereños, para quienes pasan los años sin que sepan lo que es prosperar lo más mínimo.

»Pero no paró ahí el caso del remendón — prosiguió el narrador —, sino que después instaló una fábrica de embutidos y de salazón de carnes de cerdo, productos

que empezó a vender en los pueblos inmediatos, luego en las otras provincias españolas, y más tarde en el extranjero, y es lo cierto que el zapatero remendón y la lavandera se hicieron millonarios, y ahora viven como príncipes, sin que deban la riqueza a los prodigios de ninguna varita mágica.

»Eso les probará a ustedes que en Extremadura, como en cualquiera otra región, puede ser rico el que se lo propone, si discurre y trabaja.»

XXI

VOLUNTAD Y ESTUDIO

Padre e hijo tomaron el tren en Cáceres para Salamanca.

Rafael no hubiese querido salir de la provincia cacereña sin visitar la ciudad de Trujillo, cuna de Francisco Pizarro, aquel valeroso caudillo que conquistó y gobernó el célebre reino del Perú. Como Pizarro había sido guardador de puercos en la infancia, se acordó del caso del zapatero remendón.

Atravesaban la provincia de Cáceres hacia el Norte, contemplando el poco atrayente paisaje, salpicado de pueblecillos de escasa importancia, con las tierras regularmente cultivadas, muy semejantes a las de Castilla.

Hacia Plasencia, la vetusta ciudad que conserva un hermoso acueducto y otras obras de los romanos, el

paisaje tomó más variados aspectos, hasta llegar a Béjar, acreditada por su industria de paños y tejidos.

El panorama aquí se fué presentando más alegre, y así fueron dejando atrás, entre otros pueblos, Alba de Tormes, donde murió Santa Teresa de Jesús, y Arapiles, célebre por la batalla ganada el año de 1812, por los españoles, ayudados de los ingleses, contra las tropas de

Napoleón cuando la invasión francesa.

Un cuarto de hora después llegaban a la venerable Salamanca.

La ciudad ofrece a los ojos del viajero una vista primorosa, de la que se recoge una primera impresión de grandeza y majestad. Preséntase coronada por las torres de sus soberbias joyas arquitectónicas sobre unas achata-
tadas colinas, a la margen derecha del río Tormes,



Pizarro.

en el cual se tienden un hermoso puente romano de 27 arcos y otro moderno, de piedra y hierro.

Bajo tan grata impresión los visitantes entraron entusiasmados en Salamanca, la vetusta y venerable ciudad, sólo comparable a Toledo y Santiago de Compostela por el esplendor que gozaron en remotos días, cuando en

esas ciudades tenían sus tronos la sabiduría y la riqueza.

Un conjunto maravilloso de viejos recuerdos arquitectónicos, no visto superior por los viajeros en parte ninguna, fueron admirando, al paso, por las calles salmantinas. Primeramente, las dos soberbias catedrales, la vieja y la nueva, contiguas, que tanto al exterior como por dentro rivalizan para atraer la atención del visitante. Luego, templos, como la iglesia de la Compañía, la iglesia y convento de San Esteban, la Clerecía y otros más, algunos en ruinoso estado.

La Universidad, si celebrada por su arquitectura, más famosa por los talentos españoles que en ella se cultivaron y que esparcieron el saber por toda España y gran parte de Europa y América. En ella fueron discípulos, o profesores, o ambas cosas, sabios como Cisneros, Nebrija, el Brocense, Ocampo, Sepúlveda, Pedro Ciruelo, Pérez Oliva, Arias Montano, Fray



Salamanca : Torre del Clavero.

Luis de León, a quien los salmantinos honraron con un monumento, y mil más. En la Universidad contemplaron la rica Biblioteca, una de las más viejas de España, y el sepulcro de Fray Luis de León, en la capilla de ese famoso centro docente.

Visitaron también otros edificios de cuando Salamanca fué gran centro de la sabiduría en España, tales como el Colegio del Arzobispo y el de Calatrava.

No les proporcionaron menos placer las visitas a otros soberbios edificios, cuales el Palacio Arzobispal, la Casa de la Salina, de precioso estilo plateresco, destinado a Diputación provincial; el Palacio de Monterrey, con una parte abandonada, en construcción, pero suntuoso; la Casa de las Conchas, con la fachada salpicada de conchas de piedra; la Casa Consistorial y otros muchos, más o menos antiguos y bellos.

En la tarde del último día que estuvieron en Salamanca paseaban en compañía de un señor salmantino que se complacía en mostrarles otras bellezas de la ciudad, cuando vieron que una pareja de guardias conducía a un hombre de mediana edad, vestido suciamente, borracho, y que profería palabras malsonantes y blasfemias.

— ¡Cómo lloraría tu hermano si te viera! — exclamó en voz baja el compañero de los visitantes.

Lo cual, oído por D. Damián, metió a éste en curiosidad de saber lo que deseaba manifestar el acompañante.

— ¿Quién es ese individuo? — preguntó.

Y el amigo refirió lo siguiente:

— Este sujeto — empezó diciendo el salmantino — es

una mala persona. Borracho, jugador, ratero, en fin, uno de esos pillos que son el sonrojo de un pueblo. Tiene su historia, mejor dicho, su historia es esa; el que tiene una historia brillante es un hermano suyo.

— Si usted nos la refiriera—indicó D. Damián.

— Con mucho gusto. Esos dos hermanos se quedaron huérfanos de padre, un ebanista de posición humildísima, cuando el mayor de ellos, que es el otro, tenía unos trece o catorce años. Como en el hogar no entraba más dinero que lo ganado por la madre, como sirvienta, y algunas caridades que los señores la hacían en alimentos, la miseria y el hambre eran dos azotes terribles para esos tres infelices.

Un día el mayor de los hermanos, que todavía pensaba como un chiquillo y cuya instrucción era muy deficiente, tuvo un momento de pensar como hombre, y abrazó la idea de que si trabajaba en algo, seguramente la miseria de la casa disminuiría.

Como no sabía trabajar en nada ni tenía preferencia por ninguna clase de ocupación, porque lo esencial para él era trabajar, se fué por toda la ciudad proponiendo sus brazos. En unas partes, porque no le necesitaban, y en otras, porque no servía y le recibían con burlas al verle tan delgado y solicitando trabajos superiores a sus fuerzas, es el caso que en ningún sitio podía empezar a ganar con su propio esfuerzo el pan que necesitaba para su alimentación.

Había dejado de visitar a propio intento una herrería, porque si los carpinteros le rechazaban con burla por

sus escasas fuerzas, los herreros harían otro tanto, con mayor motivo. Pero a la herrería fué con las pocas esperanzas que le quedaban.

Cuando expuso al herrero sus deseos, éste se le quedó mirando de arriba a abajo, sorprendido, por lo que el muchacho adivinó la negativa, y de sus ojos brotó amargo llanto, mientras refería acongojado todo lo que le pasaba. Entonces el herrero, que era hombre bondadoso, a pesar de su rudo oficio, le dió, por lástima, un puesto en el taller, como quien hace una obra de caridad.

Los otros compañeros de trabajo le recibieron friamente y hasta se burlaban de aquel muchachuelo flaco, de aspecto enfermizo y, al parecer, sin fortaleza para ganar el sustento en trabajo tan rudo.

Pero él, que tenía mucho amor propio, sacaba fuerzas prodigiosas de su cuerpecillo endeble, y tanto interés puso en aprender el oficio, que pronto ascendió a operario, y si no ganaba mucho, sí lo bastante para espantar el hambre, porque, además, era tan buena persona y tan buen hijo, que todos los sábados entregaba el jornal entero a su madre, y en vez de ir a la taberna a embriagarse, como otros compañeros, él se pasaba en su casa las horas de descanso leyendo los periódicos o algún libro instructivo que le prestaran.

Su hermano, ese granuja que ustedes han visto —prosiguió el salmantino—, entretanto, no llevaba a casa más que disgustos y quejas del vecindario, porque, desobediente a los consejos de la madre y al ejemplo del otro, comía de lo que el hermano tan penosamente ganaba,



El herrero, que era hombre bondadoso...

sin remorderle la conciencia, y todo el día andaba de trotacalles hecho un golfo.

¡Pero el otro hermano era tan distinto!... Cada vez que regresaba del trabajo a casa, con la ropa, la cara y las manos ennegrecidas por el carbón y la herrumbre, amasados con el sudor, en su interior sentíase henchido de orgullo. Era un hombre honrado que vivía de su trabajo, y, por lo mismo, digno del respeto y la consideración de todos.

Pero el pensamiento de aquel joven, de voluntad tan fuerte como el hierro que forjaba en el taller, era perseguir más atrevidas conquistas que la del sustento con trabajo tan duro. En la calle veía pasar a su lado otros hombres que, a fuerza de estudio y de privaciones, habían alcanzado lucida posición social; y el afán de imitación surgió en su pensamiento, con poderosa voz de mando. Se propuso, pues, estudiar una carrera, para ver si dejaba el pesado martillo de la fragua.

Y como el hombre es capaz de todo cuanto se proponga con decidido empeño, empezó por acudir a un colegio nocturno y a entregar al estudio todos los minutos de vagar que le dejaba el trabajo. Así estudió el Bachillerato, aprovechando hasta los meses de verano, y obteniendo en todos los exámenes las mejores calificaciones.

Un año antes de acabar el bachillerato, consiguió dejar el martillo para entrar en una oficina, donde obtuvo mayor remuneración, que le permitía vivir más cómodamente. Cuando concluyó el bachillerato, guardaba

unos pequeños ahorros y se trasladó a Madrid con su madre.

—¿Y sabe usted qué era de su hermano entonces? —preguntó el acompañante de los viajeros a D. Damián— Pues su hermano estaba preso por robo, lo cual fué uno de los motivos para que el otro se marchara de Salamanca.

Pues bien : el otro hermano ha seguido la carrera de ingeniero, y hoy le dan fama muchas obras por él construídas, como puentes, canales y puertos, que ha dirigido con maestría. Tiene publicados algunos libros sobre estas materias, muy elogiados; ha merecido distintos honores del Gobierno y vive feliz y rico.

Eso es ahora aquel herrerillo de quien se reían muchos que todavía viven pobremente o que apenas saben dónde tienen la mano derecha.

XXII

EL REGRESO

El tren fué rasgando en dos partes, de Sur a Norte, la provincia de Zamora, de paisaje más bien triste que alegre y monótono, aunque para que Rafael lo juzgase así, acaso dependía en gran parte de su ansiedad por llegar al pueblo natal. Pero de todas maneras, esta provincia le traía el recuerdo desagradable de la impresión recogida en Castilla al principio del viaje, y pensaba que acaso ese aspecto de pobreza dependía de que sus pobladores

no eran tan activos como los catalanes, los valencianos, los murcianos y otros. Pero tal vez consistía en que las tierras eran poco feraces y estaban faltas de riegos, ya que las lluvias eran escasas seguramente.

Lo cierto es que a Rafael le hubiera parecido más admirable esta parte de España si no fueran tan grandes sus deseos de abrazar a la madre, y referirle minuciosamente las impresiones del viaje, que eran muchas y muy gratas. Porque Zamora no es tan pobre como parece, con relación a los pocos habitantes que la pueblan; pues produce abundantes cereales, garbanzos, vinos, etc., y tiene abundante ganado.

Luego atravesaron la provincia de León, de más rico y alegre aspecto, en cuya capital hubieron de cambiar de tren.

Dos horas después descendían del puerto de Pajares, que les ofreció una encantadora vista, con sus picos nevados; algunos pueblecillos y casas aisladas en las faldas de las montañas, con los tejados también cubiertos en parte por la nieve. El curioso y admirable espectáculo le recordó a Rafael sus tiempos infantiles, cuando, por Nochebuena, instalaba en la galería de su casa el Nacimiento del niño Jesús con montañas de musgo que cubría de harina para imitar la nieve.

Alegrados por la contemplación del bellissimo panorama de su provincia, los dos viajeros departían muy contentos, mientras se acercaban a la villa bañada por el Cantábrico.

— Bueno, ¿y qué te ha parecido España? — preguntó D. Damián a Rafael.

— Me preguntarás de lo que hemos visto, papá; porque hemos dejado atrás muchísimas poblaciones y hasta algunas provincias enteras donde no hemos estado, y además regresamos a casa sin pasar por las provincias gallegas, las vascongadas, Santander y Navarra; pues del litoral Cantábrico nada hemos visto.

— Pero me parece— indicó el padre— que no es mala la excursión que hemos efectuado. Yo conozco ya Galicia y las otras provincias del Cantábrico, si bien mis recuerdos datan de veinte años largos; y en ese tiempo se habrán desfigurado con el progreso. Te prometo efectuar más adelante un viaje por esas otras tierras españolas. Pero bien, ¿qué opinión has formado de España, por lo que has visto y observado?

— Pues a mí me ha parecido España muy bella y muy rica. Estoy satisfechísimo del viaje, que ha fortalecido el amor que tenía a nuestra patria. Pero me acuerdo de lo que oímos al riojano a bordo, a los extranjeros, al salir de Granada y a otras personas, y pienso que España sería más bella y más rica y nación muy poderosa si los españoles nos lo propusiéramos por medio del trabajo constante, el estudio bien aprovechado y la perseverancia en nuestros propósitos de progreso.

— Muy bien, muy bien —dijo D. Damián—. Pero has de tener en cuenta, Rafael, que ningún país llegará jamás al término del progreso. Es preciso progresar sin reposo, porque la nación que se detenga satisfecha, será adelantada por las otras.

— Pues por eso mismo, papá, yo no me conformo. He

visto muchas cosas admirables y sorprendentes, pero yo quiero ver más y más cada vez.

— Bien. Entonces empieza tú mismo a prestar tu concurso al progreso nacional. En cada palabra y en cada acción tuya irá envuelto algo del progreso de España si te lo propones. ¿En qué se te ocurre ahora poner tu empeño para cooperar a esa prosperidad de la nación?

— No lo sé, papá. No se me ocurre nada en este momento. Pero sí te prometo que ayudaré al engrandecimiento de España en todas las ocasiones oportunas.

Y en tan animada conversación llegaron a su casa.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE

TERCERA PARTE

EL TÍO JENARÓN

Varios de los chicos del pueblo, siguiendo la diaria costumbre por ellos establecida, a la puesta del sol se dirigieron a la casa del *tío Jenarón*.

— ¡*Tío Jenarón!* ¡*Tío Jenarón!* — entraron gritando los muchachos —. ¿Ya sabe usted que llegó el señorito Rafael.

— Y ¿qué tal, qué tal, cómo viene? ¿Guapo, verdad? — preguntóles con impaciencia el anciano.

— Y muy contento. En la estación — dijo uno de los chicos — estaba casi todo el pueblo. Y nosotros también. Si usted hubiera visto qué alegría la de todos...

— Sí que lo siento — lamentó el anciano entristecido —. Pero yo no puedo ir más allá de la puerta de casa. Pesan mucho los años para mis piernas.

— ¡Vamos, *tío Jenarón!* — propuso uno de los muchachos mayores, que apenas tendría doce años —. No se ponga usted triste, que hoy es día de júbilo en el pueblo.

— Es verdad, es verdad. Tenéis razón — indicó el anciano forzando una sonrisa —. Ha llegado D. Rafael, y

con él vuelve la alegría que no tenemos cuando se va a viajar por esos mundos. Y su esposa, ¿cómo viene?

— ¡Más guapa y más elegante! — contestaron los muchachos.

— Como que D.^a Asunción — dijo el viejo — es un ángel del cielo. Y no merece menos D. Rafael.

— ¡Es tan buena!, ¿verdad, *tío Jenarón*? Ha traído para todos los muchachos del pueblo una cesta muy grande con dulces, bombones y caramelos.

— ¿Por eso es buena, tunante? — interrumpió el *tío Jenarón* —. Y si no trajese nada, ¿qué dirías?

— Pues diría lo mismo, porque ella es muy buena.

— Y ¿de dónde vienen D. Rafael y D.^a Asunción? — preguntó uno de los más pequeños.

— De un viaje por Galicia — respondió el anciano —, porque esa región no la conocía D. Rafael, y hace años que deseaba viajar por ella.

— Y a mí me gustaría tanto viajar por España — indicó uno de los chicos.

— Pues eso lo conseguirás si estudias mucho y luego trabajas con inteligencia para ser rico — propuso el anciano —. Así lo hizo D. Rafael, ahí donde lo veis, que es todavía un joven, casi un mozalbete.

— Y D. Rafael, ¿ha sido pobre, *tío Jenarón*? — inquirió uno de los muchachos.

— Pobre, precisamente, no — explicó el viejo —. Al morir el padre, hará cosa de diez años, éste dejó una pequeña fortuna, que luego aumentó muchísimo D. Rafael. Pero su padre fué pobre. Yo le vi nacer y criarse en esa

casa que ahora habita D. Rafael, cuando este pueblo era una pequeña aldea de doce casas y una iglesia. A D. Damián le debe muchísimo la villa próxima de la importancia que tiene; pues llegó a ser alcalde, el mejor alcalde que se conoció en ella. ¿No habéis visto en la villa la lápida que hay en la fachada del Ayuntamiento, consagrada a su memoria? Allí le recuerdan mucho y su nombre se pronuncia con el mayor de los respetos. Cuando se muere una persona, si ha dejado cosas admirables o recuerdos de buenas acciones, parece como que no muere en realidad. Todo se acaba o perece, amigos míos, pero el recuerdo es eterno. Mueren las plantas, los animales y las personas; pero si dejan grata memoria, viven siempre en el recuerdo y la veneración de todos. ¿Nunca oísteis lamentarse a alguien porque se le haya secado un rosal que daba hermosas flores, o una higuera que producía exquisitos higos? «Aquel caballo que se me murió — exclama uno —, ¡qué resistente, qué andador y qué noble eral!» Pues con las personas sucede lo mismo, con la ventaja de que el recuerdo es inmortal y se extiende hasta entre gente desconocida y lejana.

— Y a D. Rafael, ¿por qué se le quiere tanto en este pueblo, *tío Jenarón*—preguntó uno de los pequeños contertulios.

— ¿Esas tenemos? Pero ¿no sabéis quién es y lo mucho que vale D. Rafael? Pues acercaos y sentaos si queréis que hoy en lugar de cuentos os refiera una historia muy bonita ciertamente.

Sentóse el *tío Jenarón* en una banqueteta, y todos los

muchachos, en número mayor de veinte, en el suelo unos y otros de pie, formaron en torno de él un nutrido semicírculo.

Con el cayado entre las piernas, las manos apoyadas en el cayado y en las manos la barba, el *tío Jenarón* empezó así la prometida historia.

— Hace veinte años este pueblo era una pobre aldea de una docena de casas y una iglesia. Entonces D. Rafael, que era un chiquillo todavía, solía venir con sus padres a pasar aquí los domingos de buen tiempo. Algunos de vuestros padres y tíos, y entre ellos mis nietos Juan y Gonzalo, cada vez que D. Rafael venía a la aldea, lo celebraban como un gran acontecimiento.



Sentóse el *tío Jenarón* en una banqueteta...

Desde muy temprano corrían a la estación a esperarle, y con él de capitán de aquella tropa menuda, llenaban la aldea de alegría. Con la dirección de D. Rafael, que era un muchacho muy ingenioso, levantaban cabañas en el monte, tendían puentes sobre el río, construían gallineros y jaulas, convertían en jardín o huerto cualquier rincón de los prados de D. Damián. Como que muchos de esos árbo-

les gigantes que hay en las márgenes del río fueron plantados por ellos...

— También nosotros plantamos árboles, *tío Jenarón* — interrumpió uno de los pequeños contertulios.

— Sí, sí—afirmó el anciano—; pero vosotros, en cambio, estropeáis mucha fruta antes de que madure.

— Nosotros no, *tío Jenarón*—opusieron algunos—, serán otros muchachos.

— Y vosotros también, ¡tunantes! —repuso el anciano con agrio gesto—. Y no quiero más interrupciones.

— ¡Que os calléis! —se dijeron unos a otros repetidas veces, hasta que volvió a reinar el silencio.

— Pues D. Rafael — continuó el anciano — le tomó tanto cariño a la aldea que, dos años después de muerto el padre y al poco de casarse con D.^a Asunción, dejó el comercio que tenía en sociedad con D. Romualdo, a quien todos habéis visto alguna vez por aquí, y vino con su mamá y su esposa a vivir en la casa donde había nacido D. Damián. La aldea no había progresado nada desde que D. Rafael era muchacho, pues tenía las mismas casas y las mismas callejas. Los chiquillos de su tiempo eran ya hombres, unos casados, como algunos de vuestros padres, y otros solteros, pero todos hombres. Y como le recordaban mucho, querían y admiraban, recibieron todos a D. Rafael y su familia con gran júbilo. A los pocos días recuerdo que dijo D. Rafael a los de su edad: «Si me ayudáis, como cuando éramos muchachos, convertiremos la aldea en una villa...» Todos sonrieron, los muy incrédulos, cual si oyesen una cosa imposible

de realizar, y entonces insistió D. Rafael: «No lo pongáis en duda. Ayudadme y haremos una villa de la aldea. Bastará para ello con que unamos nuestros esfuerzos como cuando éramos chiquillos. Tened presente que las mayores ciudades han sido aldeas, o menos: una finca, una casa, un monasterio. No siempre hubo ciudades y villas en España. Todas las poblaciones han tenido origen en aldeas. Las ciudades se levantaron por el esfuerzo de los españoles cuando todos eran aldeanos...» Y así fué, amigos míos, cómo de aquella aldea de doce casas y una iglesia no queda más que el recuerdo. Don Rafael ha traído a este lugar la bendición de Dios.

II

LA FUENTE DEL PROGRESO

Todos los muchachos estaban pendientes, con gran interés y mucho silencio, de las palabras del anciano. Así es que cuando éste marcó una pausa, la impaciencia surgió en seguida en ellos.

— Y ¿qué hizo D. Rafael, *tío Jenarón*?— preguntó uno de los chicos.

— Conque, ¿qué hizo, eh?— respondió el anciano sonriente—. Pues a él se debe todo cuanto vale este pueblo, que ya va tomando el aspecto de villa. Cuando D. Rafael aseguraba que de la tierra saldría todo lo necesario para convertir la aldea en villa, algunos pensaban que el

señorito estaba loco, y no faltaba quien se riera de sus empeños. Él sabía que la tierra recibe con cariño la semilla arrojada en su seno, que la acaricia, que la da calor y que reúne en torno de ella las substancias necesarias para que la semilla se nutra y fructifique. Pero también sabía otras cosas que los incrédulos ignoraban, y es que la tierra se cansa de dar, y para que no se agote y envejezca es preciso alimentarla para que se conserve joven y potente y pueda producir mucho. No la bastan el agua y el sol; necesita algo más, y ese secreto lo traía D. Rafael. ¿Y a que no sabéis en qué consistió el secreto? —preguntó el anciano a los muchachos.

— En que trajo mejores semillas para las siembras, ¿verdad, tío Jenarón?—se atrevió a decir uno.

— En los arados modernos y otras máquinas agrícolas —propuso otro.

— De todo eso hubo algo — respondió el anciano —; pero el secreto principal consistió en unos polvos que él conocía, y que parecen polvos encantados, sin que lo sean. Se trata de esos polvos que habéis visto esparcir en las tierras antes de sembrarlas, y que reciben agradecidas, como una bendición del cielo, y pagan con frutos mejores y más abundantes. Don Rafael empezó a adquirir todas las tierras sin cultivar próximas a la aldea, algunas de las cuales cedió en renta a varios vecinos, y otras las explotó él mismo, para lo que trajo de otros pueblos labradores con sus familias, y construyó para ellos algunas casas, con lo que empezó a crecer la aldea. Tu padre — dijo a uno de los contertulios — vino a este

lugar como jornalero de D. Rafael, y hoy es un labrador de los ricos. Pues esto sucedió a muchos que siguieron los consejos, las enseñanzas y la protección de D. Rafael. Porque él protegió y protege siempre a cuantos desean trabajar, y ha sido el padre de todos.

— Pero *tío Jenarón*, usted nos ha prometido referir la historia de cómo la aldea creció hasta formarse este pueblo—dijo uno de los chicos mayores.

— A eso voy, hombre, a eso voy—contestó el *tío Jenarón*—, que todavía estoy aquí para contárosla, y vosotros la oiréis si no me importunáis. Como que los polvos traídos por D. Rafael—continuó el anciano— no se podían emplear al tuntún, trajo un perito agrónomo, y entre los dos fueron analizando las tierras, para saber la clase y cantidad de polvos que necesitaba cada una y el cultivo que a cada una convenía más. Y todos los labradores empezaron a cultivar sus tierras, siguiendo el consejo de los dos y el ejemplo de lo que en las suyas hacía D. Rafael. Las tierras empezaron a producir más y mejores frutos. Todos los labradores mejoraron las comodidades de sus casas; comían y vestían más ricamente y hasta les sobraba dinero. A la sombra de esa prosperidad vinieron agricultores de otros pueblos y de otras provincias, entre ellos algunos de vuestros padres, y con ellos algunos de vosotros que no habéis nacido aquí. Y la aldea empezó a extenderse al tiempo que se hermo-seaba. Don Rafael regalaba el terreno a todo el que quisiera construir una casa en la calle donde él tiene la suya, que entonces era una mala calleja. Y esa calle, las ace-

ras de ella y los dos puentes que hay sobre el río son obra de todos los vecinos, porque todos trabajaron ahí, uniendo los esfuerzos de cada uno para bien de todos, lo mismo que lo hacían cuando chiquillos. Pero la obra de D. Rafael no se redujo a eso. Antes de venir él a la aldea, ningún labrador tenía más de dos bueyes, una vaca flaca, un caballo viejo, un cerdo y cuatro o seis gallinas, y algunos labradores tenían mucho menos. Pues él les enseñó a invertir en animales el dinero sobrante de las cosechas, y fué el primero que reunió esa vacada y esa gran cría de gallinas que tiene. Trajo hermosos ejemplares de vacas, toros y aves de corral para mejorar las razas, y con él aprendieron todos a obtener riqueza de los animales, como la obtenían antes de la agricultura con la venta de hortalizas, frutos y cereales. Así fué como algunos de vuestros padres y otros vecinos se enriquecieron, y son ahora grandes propietarios, habitan buenas casas y tienen mucho ganado y hasta dinero sobrante en el Banco.

III

CONMOVEDORA ESCENA

— Y ¿de quién es la fábrica de embutidos, *tío Jenarón*? — preguntó uno de los contertulios.

— Eso es otro de los progresos traídos por D. Rafael — respondió el viejo —. El edificio lo levantó él y la fábrica fué instalada en sociedad con esos dos amigos su-

yos de la villa, D. Remigio y D. Cristóbal, quienes, por entonces, construyeron esas dos quintas de tejados de pizarra que hay en la carretera, y a las cuales vienen a pasar los veranos. Los tres son los dueños principales, pero además dieron participación en las utilidades a varios obreros, y, entre otros, el padre de éste — dijo señalando a uno de los chicos —; ahí ganó los ahorrillos con que hace poco levantó la casa donde vive.

— Papá ya tenía algunas economías antes, *tío Jenarón* — repuso el aludido.

— Tu padre tenía un taller de hojalatería en la capital de la provincia — explicó el anciano —, donde apenas ganaba para sostener la familia. ¿No ves tú que tengo ochenta años, y los diez últimos, por mis padecimientos, no he podido dedicarlos sino a saber lo que hacen los demás? — manifestó el viejo sonriendo.

— *Tío Jenarón* — dijo otro de los chicos —, ya que usted lo sabe todo, también sabrá cómo se fundó la fábrica de quesos, ¿verdad?

— También, también lo sé — contestó el anciano —. Ese negocio se debe a un gran rasgo de ingenio de don Rafael. Como en el pueblo tenían todos los labradores muchas vacas de razas muy lecheras, llegó el momento en que hubo exceso de leche. La que se vendía en la villa alcanzaba un precio muy bajo, casi ruinoso, y además sobraba una cantidad igual o mayor. Las vacas lecheras producían menos riqueza de la que consumían como alimento, y sus dueños iban a la ruina. Así fracasaba uno de los mejores negocios traídos por D. Rafael,

en el que sufría él mismo los mayores daños, por tener mayor número de vacas. Pero un día reunió a los labradores en su casa, y enseñándoles un libro que tomó en la mano, les dijo: «Aquí tengo el secreto para que nuestro ruinoso negocio de la leche se vuelva espléndido. En estos días he venido estudiando la industria quesera, y he dado con un medio de obtener quesos exquisitos, de larga duración y de preparación sencilla y económica. Con la ayuda de mi esposa, he realizado ensayos de un resultado magnífico. Aquí tenéis las muestras; probadlas.» Y todos probaron de dos o tres clases de queso, a cual más sabroso. «Pues bien — prosiguió D. Rafael —; si queréis montaremos una fábrica de quesos. Que cada uno aporte el capital de que pueda disponer y yo completaré lo que falte. Deseo que todos seamos socios de la industria esa para que todos participemos de sus utilidades, que serán grandes, sin duda.» Y allí mismo — prosiguió el tío *Jenarón* — se constituyó una Sociedad industrial por acciones de 500 pesetas. El negocio malo se transformó en bueno, por la inteligencia y la voluntad de un hombre solo, y ya empezaban a decir todos: «Don Rafael se ha empeñado en convertir la aldea pobre en villa rica y lo va consiguiendo.»

— Sí que es listo D. Rafael — dijeron algunos muchachos.

— Y muy bueno, ¿verdad tío *Jenarón*? — manifestaron otros.

— Y además de listo y bueno — añadió el anciano — aprovecha todos los momentos y todas las circunstancias

para enaltecer a España. ¿No veis que las latas de embutidos y las de quesos tienen una faja con los colores rojo y amarillo de nuestra bandera? Pues esas latas, que además tienen el rótulo de «La Española», van a todas partes del mundo proclamando que son productos españoles. Y como los embutidos y los quesos son de excelente calidad, en todas partes conquistan de los consumidores simpatías para España. Ejemplos como el de D. Rafael hay muy pocos, amigos míos.

— Por eso se le quiere tanto — dijo uno de los chicos.

— Es que lo merece — aseguraron otros.

— Merece eso y mucho más — afirmó el *tío Jenarón*—.

Ahora está con el asunto de esa mina de hierro, que traerá el mayor motivo de progreso y engrandecimiento para el pueblo.

En cuanto se acabe de tirar el ramal de ferrocarril hasta la mina, y de construir esas casas para obreros que forman la cuarta calle del pueblo, se empezará a extraer el mineral. Dentro de un mes la mina estará en explotación. Entonces quedará asegurado un espléndido porvenir para este pueblo; pues la Compañía está dispuesta a montar, más adelante, una gran fundición de hierro. Conque ya sabéis quién es D. Rafael — continuó el anciano —, lo que vale y lo mucho que merece el cariño de todos.

En este punto la historia del *tío Jenarón* y cuando se aproximaba la hora de que los muchachos se retiraran a sus casas, fué sorprendida la reunión con la presencia de Rafael, quien llegaba a saludar al anciano.

No apenas se dieron cuenta los chicuelos de la llegada

de Rafael, cuando todos se pusieron en pie precipitadamente, y gorra en mano, le abrieron paso hasta el *tío Jenarón*, puestos en dos grupos a los lados de éste.

A los chiquillos, influídos por el relato del anciano, Rafael les parecía más hermoso y más simpático que nunca. Todos sentían en aquel momento correr por sus venas la sangre con rara precipitación, y el asombro y el entusiasmo surgieron con tal ímpetu en aquellos tierno corazones, que prorrumpieron en fuertes y sucesivos vivas a Rafael, armando una espantosa gritería.

De pronto una emocionante escena impuso silencio en aquellas bocas atronadoras. Fué que el *tío Jenarón*, temblando sobre las piernas, dejando caer entre ellas el cayado y con abundantes lágrimas en los ojos se adelantó al encuentro de Rafael, y los dos se estrecharon en un abrazo cariñoso que duró unos minutos.

Rafael ayudó luego a sentarse nuevamente al anciano, que secaba en los arrugados párpados de sus ojos las últimas lágrimas de la emoción.

Los muchachos, comprendiendo que ya estaban de



... temblando sobre las piernas...

más allí, se fueron retirando poco a poco hasta la puerta, sin despegar la vista de Rafael, atraídos con admiración creciente. Ya en el umbral, volvieron a retumbar la casa sus chillidos.

— ¡Viva D. Rafael!

— ¡Vivaaa!

— Gracias pequeñuelos, muchas gracias — les dijo el festejado amablemente.

Después, se fueron cada cual a su casa.

— ¿Qué les pasa a los chicos que están entusiasmados? — preguntó al *tío Jenarón*.

— Es que les acabo de contar lo que has hecho para convertir la aldea en villa, Rafael.

— Nada de eso, *tío Jenarón* — opuso Rafael modestamente —. Yo soy un hombre como los demás, y lo que parece obra mía es obra de todos.

— Bueno, bueno — repuso el anciano —. A mí no vendas tú a desfigurar la verdad de lo que he visto. Tú has sido como un dios para esa pobre aldea, de la que no queda más que el recuerdo en dos docenas de personas.

— Y ¿qué tal le fué a usted durante mi ausencia? — preguntó Rafael.

— Como siempre. Ya lo ves. Con mis ochenta años auestas, esperando descargarlos de un momento a otro. Ya no puedo dar cuatro pasos sin fatigarme, Rafaelito. Pero moriré satisfecho de ver tanta felicidad y tanta alegría en torno mío y bendiciéndote a ti.

— Vamos, *tío Jenarón* — interrumpió Rafael —, que todavía sus espaldas resisten el peso de diez años más.

— Ya están dobladas, ya lo están, Rafael — rechazó el anciano —. Además me va faltando el buen humor de otros tiempos. Todavía me entretengo en reunir a los muchachos por las tardes para contarles cuentos; pero algunas veces les fatigo y les aburro, porque ya se me ocurren pocas cosas. Y ¿qué tal te fué por Galicia, Rafaelito? ¿Y tu esposa?

— Muy bien, *tío Jenarón*; Galicia es una región encantadora; allí parece que todo ríe, porque todo es alegre.

IV

UNA COLMENA HUMANA

Un viajero que al cabo de diez años hubiese vuelto a pasar por aquel punto, con seguridad se creería extraviado. Y si acaso reconocía el lugar, por el paisaje o porque alguien le dijera el nombre del pueblo, se restregaría los ojos por suponerse objeto de un sueño o víctima de una alucinación.

«¿Cómo una ignorada aldea de doce casas y una iglesia pudo convertirse tan rápidamente en un pueblo de cuatro calles con algunos buenos edificios y otras muchas casas y quintas aisladas?» Esto se preguntaría asombrado el viajero. Y buscaría en la memoria el recuerdo de algún cuento infantil, donde una hada convierte un bosque en una ciudad de palacios.

Pero no. Allí nada había de encantamiento. Las casas

no eran de cristal, sino como las de todos los pueblos; ni los habitantes eran gigantes o enanos, sino hombres, mujeres y niños, como en todas partes. Y las casas no surgían de la tierra, como a golpes de varita mágica, porque el viajero veía obreros que, en distintos lugares del pueblo, construían edificios, colocando piedra sobre piedra, ladrillo sobre ladrillo y teja sobre teja.

¿Acaso los campesinos habían encontrado en las entrañas de la tierra algún tesoro inmenso?

Eso ya era discurrir más atinadamente. Sí; habían encontrado un gran tesoro en las entrañas de la tierra. Pero si el viajero se figuraba que tal hallazgo consistía en un montón de monedas de oro no estaba menos equivocado, y por ese orden de suposiciones no adivinaría jamás la causa de lo que le parecía milagro.

El niño menos listo del pueblo podía informar al viajero, por si lo ignoraba, de que no hay en el mundo tesoro comparable a la voluntad del hombre, porque la voluntad lo puede todo, hasta convertir los granos de tierra en pepitas de oro, que eso se había hecho, y no otra cosa, en aquella desaparecida aldea, sin el concurso de hadas ni duendes ni otros seres fantásticos.

Y si el viajero quería convencerse de eso, le bastaría entrar en el pueblo y observar cómo se vivía allí, para que cesara su asombro, al explicarse en seguida que todo aquel progreso estaba sostenido por la voluntad de los moradores, entregados con amor y entusiasmo al trabajo, y unidos todos en una preciosa hermandad a la manera de una colmena humana.

Vería en aquellas cuatro calles, alegres y limpias, casas en construcción, varios talleres, comercios distintos; dos fábricas que enviaban sus productos a otros pueblos, a otras provincias y a países lejanos, a cambio de riqueza; tierras en los alrededores con primorosos cultivos; grandes vacadas, buenos criaderos de cerdos y de gallinas, y, por si eso era poco, en un monte cercano se instalaban depósitos, cargaderos y departamentos para maquinaria y oficinas de una rica mina de hierro, que muy pronto se pondría en explotación.

Y de que todo eso era obra de una voluntad, se hubiera podido convencer esa misma noche.

El Casino, del cual era presidente Rafael, estaba instalado modesta y decentemente en una casa suya. Era el lugar de reunión, descanso y esparcimiento de los vecinos.

Allí, después de cenar, esperaban a Rafael, el mismo día de su regreso, multitud de amigos, ansiosos de tributarle la bienvenida, no satisfechos del recibimiento en la estación del ferrocarril aquella tarde.

El pueblo entero estaba allí representado, y entre todos, ricos y pobres, los más ilustrados y los menos, reinaba gran fraternidad y alegría.

En el centro de la sala, en una mesa, había unas bandejas con dulces y algunas botellas de licores para festejar al recién llegado.

Cuando Rafael, acompañado de D. Dámaso, el ingeniero de la mina, penetró en el local, el entusiasmo de aquella nutrida reunión fué delirante.

— ¡Viva D. Rafael Pérez!

— ¡Viva el padre del pueblo!

— ¡Viva el protector de los obreros!

Cada «viva» era contestado con un atronador ¡Vivaaa!
Los aplausos se repetían.

Rafael, con la voz apagada por la emoción, apenas podía dar las gracias, y repartía con efusión abrazos y apretones de manos.

¡Excelente cosa debe ser el sentirse querido y admirado por los demás! ¿Qué pasaría en el pecho de Rafael, ante aquellas muestras de cariño, gratitud y admiración? Seguramente se sentía el hombre más feliz de la Tierra. Y si su pensamiento no estuviese embargado por la emoción, volaría a los tiempos olvidados en que comenzó a trabajar al lado de su padre, y se vería con orgullo, en la imaginación, barriendo el establecimiento sin sentir repulsión a tan humilde trabajo, porque precisamente en el trabajo había encontrado la fuente de aquella incompatible felicidad.

Cuando las demostraciones del entusiasmo se calmaron, consumiéronse los dulces entre copas de licores, en medio de una alegría que colmaba los corazones de buenos sentimientos.

Y luego, como deseaban escuchar las impresiones del viaje de Rafael por Galicia, formaron un nutrido corro en torno suyo.

V

GALICIA, LA CALUMNIADA

El alcalde era un hombre bonachón y honrado a carta cabal, muy estimado en el pueblo, pero de corta ilustración. Por esto y por su carácter agradable, algunos de los vecinos solían bromear con él, cosa que le complacía.

Cuando Rafael se dispuso a relatar sus impresiones de Galicia, el alcalde pareció mostrar poco interés en oír la narración.

— Pocos recuerdos interesantes nos traerá usted de Galicia, ¿verdad, D. Rafael?

— Lamento mucho, señor alcalde — empezó a decir el aludido —, que tenga usted de Galicia tan equivocado juicio. ¿Qué diría usted si yo le asegurase que Galicia es de una belleza sólo comparable a nuestra Asturias?

— Señor alcalde — dijo en broma el maestro de los hijos de los mineros —, sería conveniente que estudiara usted Geografía e Historia de España. Y no digo esto porque yo sea gallego, sino porque me interesa como maestro.

— Hombre, discúlpeme usted — argumentó el alcalde —, que no estuvo en mi deseo molestarle en su amor a la región natal. Todos somos españoles...

— Pero eso no basta, señor alcalde — dijo el ingeniero —. Españoles somos todos, sí; unos malos y otros buenos. Son malos los que forman juicio equivocado de

algo que es español, puesto que tienen obligación de conocer todo lo que hay de bueno y de malo en España, sin confusiones ni errores, porque son perjudiciales siempre.

— Bueno, señores; les prometo ir a la escuela desde mañana—contestó el alcalde, continuando la broma.

Con lo que todos rieron. Luego el alcalde prosiguió.

— Cuéntenos usted, D. Rafael, esas impresiones de Galicia, que ya me interesa mucho el asunto, y será una lección que aprenda.

— Y el asunto lo merece—dijo Rafael—. Puedo asegurarles que la región gallega y Asturias son el pedazo de tierra más hermoso de nuestro país. Esa provincia de Pontevedra y todo el litoral, en general, son el panorama más encantador, más poético del mundo. Llega a fatigar la continua contemplación de las maravillas naturales que encierra. Y como a la tierra le pasa lo que a las personas, que está alegre cuando es rica, la alegría del paisaje de Galicia descubre la gran riqueza de la región. Sus tierras feraces producen todos los productos propios del clima; sus praderas, verdes y frescas, alimentan mucho ganado, que se exporta en grandes cantidades a otras regiones y al extranjero; tiene además muy variadas minas y canteras de piedra y mármol; se explota toda clase de industrias en mayor o menor escala, especialmente de pescado en conserva, que da fama a Galicia en el mundo. Pero, en fin, nada demuestra mejor la riqueza de esas provincias como el extraordinario número de ciudades y villas que viven florecientes, y el estar

la región materialmente cuajada de pueblos y aldeas. Y para que tengan ustedes una idea — prosiguió Rafael — del enorme progreso de Galicia, sepan que Vigo, por ejemplo, tenía a mediados del pasado siglo menos de cinco mil habitantes, y hoy pasa de los sesenta mil.

— Confieso mis errores, D. Rafael—interrumpió el alcalde—, y ardo ya en deseos de conocer a Galicia. El día que me aleje de Asturias tomaré esa dirección.

— Me parece muy bien, señor alcalde — asintió Rafael —. ¿No sabe usted que las mejores lecciones de Geografía se aprenden con los pies?

— ¿Cómo con los pies? — preguntó, sorprendida, la primera autoridad.

— Sí, señor — insistió Rafael —. Quiero decir *caminando*.

Rieron todos la ocurrencia.

— Prefiero imitarle a usted y viajar en tren, que es más cómodo — opuso festivamente el alcalde.

— Bien está. El caso es caminar, aunque sea en una borrica.

Y dando un cambio al diálogo, Rafael continuó su narración:

«A que Galicia sea muy grata al viajero, además de sus preciosísimos paisajes y del trato bondadoso de los gallegos, contribuye con el aspecto de sus poblaciones, muy bellas y progresivas en general y atopadizas.

»Pues a pesar de tener Galicia muy vieja historia y haber sido de gran esplendor en pasadas épocas, casi todas sus poblaciones son modernas. Hay, sin embargo,

algunas excepciones, como las históricas ciudades de Túy y Ribadavia, en la provincia de Pontevedra, cerca de Portugal, y la gloriosa Santiago de Compostela y Mondoñedo, en territorio de La Coruña.

» Tanto Asunción como yo sabíamos que lo mejor de Galicia es el litoral; pero convenimos en detenernos en Orense, como primera visita, y no nos ha pesado. Nos atrajo a esa ciudad aquella vieja copla que dice:

Tres cosas hay en Orense
que no las hay en España:
el Santo Cristo, la Puente
y la Burga hirviendo el agua.

» En la época de ese cantar, Orense era un villorrio y ahora es una ciudad pequeña, pero simpática, que sabe honrar la memoria de insignes gallegos, como la preclara pensadora Concepción Arenal y el filósofo Feijóo, dos glorias españolas que tienen allí sendos monumentos.

» El Santo Cristo a que se refiere la copla es una maravillosa escultura, muy admirada y venerada, que está en una capilla de la Catedral. La Puente se refiere al puente de piedra romano sobre el Miño, con nueve arcos, de los cuales sólo luce actualmente siete; es hermoso y de atrevida construcción. Y las Burgas son tres fuentes de agua termal, aprovechada en un lavadero público y utilizada también por los vecinos pobres para los usos domésticos.

» De Orense nos fuimos a Vigo. Yo no sé cómo ponderarles esa provincia de Pontevedra. Toda ella es un maravilloso jardín natural, de perenne verdor, con mon-

tañas empinadas, valles apacibles, bosques frondosísimos, profusión de manantiales, ríos, cascadas, grutas, y, hacia el mar, preciosas bahías, islas caprichosas y rías de encantadores panoramas. En fin, la Naturaleza brinda en esta provincia, como en ninguna otra, la majestad de la Creación plenamente. La nombran la Suiza española porque se tiene a Suiza por la nación más pintoresca del mundo.

»La población más grande y más importante de la provincia es Vigo, pues ganó en tamaño y belleza, en pocos años, a la capital, y es tal su florecimiento en todos los órdenes, que llegará a ser una de las ciudades más importantes de España y aun de Europa.



Concepción Arenal.

»Pese a su situación, muy pintoresca, pero desfavorable por lo pendiente del terreno, de tal modo se ha engrandecido Vigo, que es una de las ciudades más jóvenes de España. Sus incontables palacios parecen contruídos a un tiempo. Allí lo antiguo ha desaparecido sepultado por lo moderno.

»Este excepcional progreso de Vigo se lo proporciona su enorme y profunda bahía, una de las mejores del mundo, resguardada en todas direcciones por un cordón de montañas que le sirve de abrigo y proporciona grandes

seguridades a los buques contra los temporales. Las orillas de esta bahía lucen algunos puertos pequeños, pueblecillos de pescadores, playas y preciosas quintas de verano.

>Vigo tiene la gloria de ser cuna de aquel famosísimo marino, Méndez Núñez. Pero como si Vigo quisiera demostrar que no sólo enaltece a hombres gloriosos en las armas, sino también a los que lo son en las letras, además del monumento de bronce a Méndez Núñez, ha erigido un precioso busto de mármol al gran poeta gallego Curros Enríquez.>

VI

MÁS DE GALICIA

— Además de Vigo — continuó Rafael — visitamos otras poblaciones en la misma provincia, pues fué en la que más tiempo estuvimos, de las cuatro que forman la región. La capital, Pontevedra, es una preciosa ciudad, no muy populosa, pero llena de encantos. Tiene unos alrededores muy lindos, poblados de quintas señoriales muy lujosas, con magníficos jardines. Estuvimos también en varias villas, como Villagarcía y Marín, bellas, alegres y progresivas.

— También habrán estado ustedes en mi pueblo, La Coruña, ¿verdad, D. Rafael? — preguntó un empleado de la Compañía minera.

— ¡Ya lo creo! — exclamó el aludido —. ¿Cómo íbamos

a dejar atrás a La Coruña, capital de su provincia y de Galicia? Es una ciudad limpia, bella y muy alegre, esto, tanto por su clima como por el trato cariñoso de sus habitantes. Es un pueblo que sabe trabajar y divertirse a la vez; es laborioso y bullicioso. Tiene industria y comercio muy importantes. Está situada La Coruña en una península, con una hermosa bahía al Este y una linda playa al Oeste y la población en el centro. El puerto es uno de los más importantes de España, particularmente por su excelente situación geográfica en la Península, que le vale ser punto de escala para la navegación entre las naciones del Norte de Europa y América. En este puerto está el faro más antiguo y famoso de España, conocido por la Torre de Hércules, cuya construcción es atribuida a los romanos, por unos historiadores, y a los fenicios, por otros. Tiene La Coruña, entre sus parques y jardines, un precioso paseo llamado de Méndez Núñez, en memoria de ese glorioso marino español, entre cuyo frondoso follaje se encuentran dos artísticos monumentos consagrados a dos glorias femeninas de la intelectualidad española, que son : Concepción Arenal y la Condesa de Pardo Bazán. Galicia es acaso la región que ha dado a España mayor número de mujeres famosas. Acordaos—prosiguió Rafael—de cuando los ingleses atacaron a La Coruña en 1589, que fué defendida con heroísmo y gloria por Mayor Fernández de la Cámara y Pita, conocida en el mundo generalmente por María Pita. Y no olvidéis tampoco que la sentimental poetisa Rosalía Castro es también gallega.

«Antes de ir a La Coruña — continuó Rafael, tras bre-

ve pausa — estuvimos en Santiago de Compostela, anciana y venerable ciudad, que es, al igual que Toledo y Salamanca, como un libro donde puede estudiarse historia de España en la época del antiguo esplendor nacional.

›Acreditada esa ciudad de guardar las cenizas del apóstol Santiago, fué, después del triunfo del cristianismo en el mundo civilizado, uno de los santuarios más famosos, visitado por peregrinos de todos los países.

›A esta fama de Santiago de Compostela se sumó luego la conquistada por su famosísima Universidad, acreditada en el mundo de faro y de guía del saber. Esos son los dos mayores motivos que dieron a Santiago un renombre mundial que todavía goza.

›El templo donde se venera al Apóstol, es una de las catedrales mayores y más bellas que se conocen. Está en un costado de una plaza que, por su capacidad y la grandeza de los edificios que la forman, se reputa una de las más amplias y bellas de Europa. Los otros tres costados los forman el Hospital Real, el Colegio de San Jerónimo y el Consistorio (o sea el palacio donde se reúnen el Ayuntamiento, el Juzgado y la Audiencia),

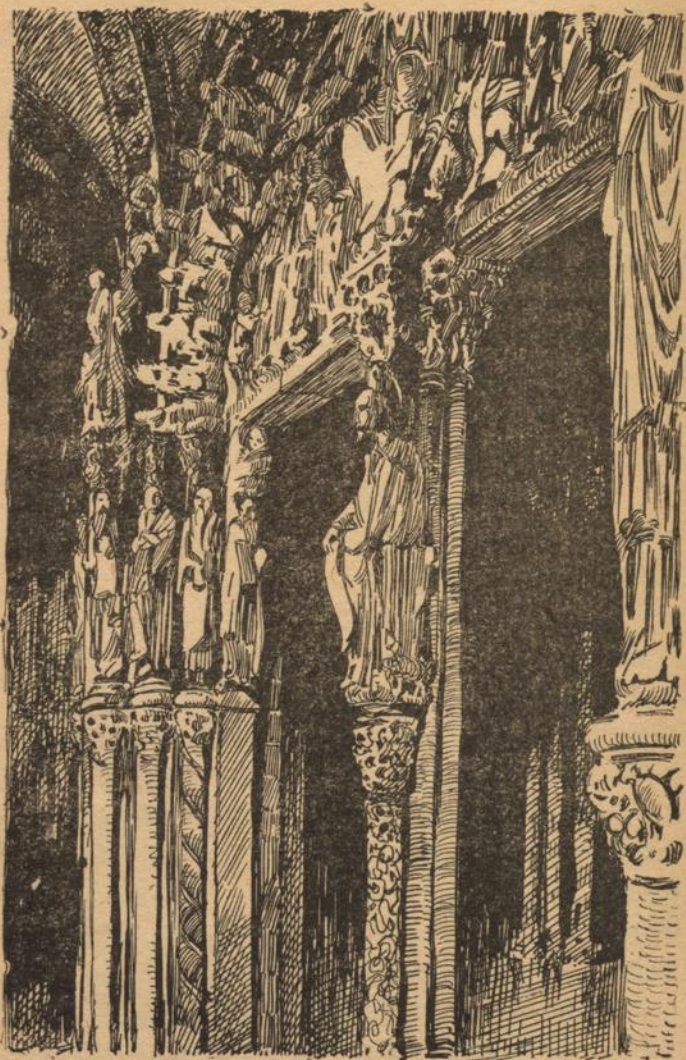
›Otros muchos antiguos y suntuosos edificios—añadió Rafael—embellecen a Santiago, y recuerdo, entre ellos, la celebradísima Universidad, el Colegio de Fonseca, donde están las Facultades de Medicina y Farmacia; la iglesia de San Martín, y próxima a la ciudad está la célebre Real Colegiata del Sar, de columnas inclinadas en el interior del templo y un claustro que es una joya arquitectónica.

»Pero la Catedral se destaca muchísimo entre todos los grandes monumentos arquitectónicos de Santiago. Sus cuatro fachadas son asombrosas, particularmente la que da vista a la citada plaza, con dos altas torres y una escalinata de dos ramales, entre los que hay una puerta que da entrada a la Catedral vieja, templo subterráneo. Nada al interior de la Catedral maravilla tanto como el Pórtico de la Gloria. ¡Qué suntuoso! Bastará os diga que Asunción tuvo la curiosidad de contar las estatuas que embellecen este Pórtico de la Gloria, y alcanzan al número de 135.

»Después, nuestra visita más interesante fué a El Ferrol, ciudad que tiene la gloria de haber sido cuna de preclaros españoles, como la eximia Concepción Arenal y el talentoso político José Canalejas, vilmente asesinado siendo presidente del Consejo de Ministros en 1912.

»La parte moderna de El Ferrol, que es la mayor de la ciudad, tiene un precioso aspecto por sus calles amplias, rectas y aseadas, en torno de primorosos paseos y jardines, como los de Suances, de Herrera y la Alameda, o de bellas plazas, cual la del marqués de Amboage, con una estatua de este benemérito ferrolano, y la plaza de Armas, donde se yergue un obelisco al glorioso marino Churruca, que pereció heroicamente en el combate de Trafalgar contra los ingleses.

»El Ferrol, como es uno de los tres departamentos marítimos de España, pues son los otros dos Cartagena y Cádiz, tiene su mayor importancia concentrada en el arsenal y los astilleros, donde se construyen y arman



Santiago de Compostela : Pórtico de la Gloria, en la Catedral.

grandes buques. Aquello es otra ciudad por lo extenso y el gran número de construcciones que encierra.

»Después de El Ferrol hemos visitado otras villas y ciudades de grato recuerdo, pero con lo dicho — indicó en broma Rafael — le bastará al señor alcalde para corregir su opinión de Galicia... ¡Ah! Se me olvidaba una cosa que puede servir de saludable consejo a usted, señor alcalde, y es un rótulo que había en una lápida colocada en el Ayuntamiento de Mondoñedo — y sacando Rafael un apunte de la cartera añadió —; dice así :

Aquí dentro no ha lugar
pasión, temor o interés;
sólo el bien público es
lo que aquí se ha de mirar.»

Todos los contertulios rieron a costa del señor alcalde.

— ¡Hombre! — exclamó la primera autoridad —. Yo creo que no tendrán ustedes queja de mí. Me parece que no lo hago mal...

— Sí, señor, lo hace usted bien — dijo el médico —; menos cuando da su opinión de regiones que no conoce.

Y entre risas y bromas se terminó la reunión.

VII

LA MINA DE HIERRO

Semanas después hubo en el pueblo un día de gran júbilo. Por un agujero, a la manera de túnel, salían de la colina las primeras vagonetas de mineral de hierro, cuya

aparición fué saludada con ruidosos aplausos de todo el vecindario.

Lo que más admiraba a todos los espectadores era que aquel monte hubiese podido encerrar un tesoro, sin que nadie lo hubiera descubierto por espacio de siglos. Infinidad de personas habían transitado por las laderas del monte. Pero todas habían pasado por allí sin curiosidad, sin mirar con inteligencia donde pisaban, hasta que un hombre listo, laborioso y afortunado se agachó a coger unos raros pedruscos, con los que tropezó, los mismos con que tantos y tantos habían tropezado antes.

Ese hombre era Rafael, y aunque no necesitaba del hallazgo, pues tenía sobrada fortuna, acaso convino al pueblo que fuera el dichoso descubridor de la mina y no otro hombre, porque con Rafael tendrían protección cuantos a su lado fuesen buenos y trabajadores.

En la duda, que se lo preguntaran a los obreros que trabajaban en la mina y en los talleres; pues Rafael, con ser el director de la Compañía minera, más parecía un camarada de los obreros. «Ante todo — solía decir a los empleados —, no quiero que el hombre trabajador y de buen comportamiento tenga el menor motivo de queja. Que la riqueza de la mina lleve el bienestar y el consuelo a todos los hogares.» Y a los obreros les animaba con frases por este estilo: «Cualquier descontento justo que tengáis, me lo anunciaréis inmediatamente. Os pido actividad y constancia, que miréis por vuestro negocio; pero también es mi deseo que estéis satisfechos de cumplir vuestros deberes.»

Y los obreros recibían buenos salarios; vivían en casas higiénicas, alegradas las ventanas con flores; consumían los géneros de un establecimiento exclusivamente para la población obrera, donde los vendían a precios reducidísimos; tenían una gran escuela para sus hijos, en la cual se daba de comer a los pequeñuelos que sus padres quisie-



... se agachó a coger unos raros pedruscos...

ran, mediante el pago de unos céntimos; el Hospital, del cual era directora honoraria Asunción, los acogía con maternal piedad si caían enfermos; en caso de enfermedad, tenían médico, medicinas y derecho a ingresar en el Hospital, gratuitamente todo, y además recibían medio salario para evitar que la miseria proyectara su fatídica sombra en los hogares; a la vejez disfrutarían de una pen-

sión como retiro, que les evitaría pedir limosna... ¿Cómo no iban a estar satisfechos aquellos hijos del trabajo?

La escuela para los hijos de los empleados y mineros de la Compañía era una escuela modelo, instalada en un sencillo, pero moderno, amplio y ventilado edificio.

Eran actualmente pocos los alumnos, a cargo de un maestro y una maestra; pero muy pronto crecería esta población escolar, porque a la sazón se estaba construyendo otra calle más de casas para obreros, los cuales pronto vendrían a dar crecimiento y vida al pueblo y a intensificar la explotación de la rica mina.

Esa escuela tenía una cocina y además un amplio comedor, donde comían muchos de los hijos de los mineros por una inverosímil cantidad de céntimos.

Las varias aulas donde se forjaban el corazón y el cerebro de los niños estaban montadas a la altura del mejor de los colegios modernos. Mas no era en ellas donde los chicos recibían las más provechosas lecciones, sino en el espacioso jardín, patio o huerta, que de las tres cosas tenía.

Allí, a cielo descubierto, alimentando los pulmones con aire libre y sano, aprendían los muchachos a sentir por la tierra el culto que merece en los hombres civilizados, y las niñas se adiestraban en faenas propias de su sexo, tales como lavar, coser, bordar, etc., acariciadas por el sol, para que fuese más encantadora la escena.

En la parte destinada a huerta, los chicos aprendían a ser buenos agricultores, recogiendo el fruto de las semillas, que ellos mismos sembraban, y el lugar dedicado a jardín era un primoroso vergel, exclusivamente cuidado

por los muchachos, verdaderos jardineros en miniatura algunos de ellos.

Otras lecciones no menos útiles las aprendían bajo un ancho cobertizo perfumado por el jardín. Allí, a determinadas horas, manejaban la sierra y el cepillo del carpintero, la cuchara del albañil, la forja del herrero, modelaban figuras de barro... Más de cuatro cosas útiles construían allí los muchachos, mucho más estimadas por ellos que las compradas. Y así, por distracción y entretenimiento, aprendían el amor al trabajo, del que no puede prescindir ningún hombre bueno, aunque viva de sus riquezas o de otros medios distintos a los que le hayan enseñado en la escuela.

Entretanto, las niñas aprendían en la cocina, a esas mismas horas, las faenas propias de ese lugar o las concernientes al aseo de una casa, con la escoba y un trapo, como si fueran mujeres hechas y derechas.

Era, en efecto, la escuela una población infantil trabajadora. Pero no sólo se educaban allí los niños y las niñas en el trabajo; se ilustraban al mismo tiempo en todos los ramos del humano saber: principalmente recogían ilustración en los grandes mapas en relieve que se habían hecho con cemento en el patio, dentro de grandes estanques circulares, a la manera ideada por el sabio canónigo español el P. Manjón, fundador en Granada de las Escuelas del Avemaría, adaptadas después en muchas poblaciones de España y del extranjero.

Uno de esos mapas era el mapamundi, con dos estanques redondos y grandes, unidos en una parte por el

borde, llenos de agua para simular los océanos. En uno de esos estanques, el de la derecha, estaba el continente antiguo, y en el de la izquierda el continente moderno, o sea América. En ese planisferio figuraban todos los países de la tierra, perfectamente señalados, con sus montañas y cordilleras, sus lagos y ríos más caudalosos y las principales vías de comunicación.

En el otro estanque circular, del mismo tamaño, estaba la Península Ibérica, o sea España y Portugal. Como el territorio español tenía mayores proporciones que los países del otro mapa, España, además de sus cordilleras, montañas, ríos, carreteras y vías férreas, tenía bien indicados los puertos de mar, las grandes poblaciones, etc.

En estos dos mapas los muchachos efectuaban viajes imaginarios a través de todas las provincias españolas y de todos los países del mundo, recogiendo una práctica e inolvidable lección de Geografía, mientras del ilustre maestro aprendían otra de Historia, referente a los lugares que iba señalando con una vara el discípulo.

Aquello era muy entretenido, se aprendían muchas cosas admirables sin esfuerzo, y estudiar así era un gusto muy grande para los muchachos.

VIII

HISTORIA MARAVILLOSA

La infantil tertulia del *tío Jenarón* había aumentado con algunos hijos de mineros y empleados de la Compañía.

Los hijos de los ricos y de los pobres formaban allí estrecha hermandad. Al fin eran hijos del trabajo, y llenaban el portalón donde el anciano los recibía, ansiosos de oír sus cuentos.

— *Tío Jenarón*—le dijeron los chicos cierta vez—, hace tiempo que no le escuchamos ningún cuento, y venimos a que nos enseñe uno.

— Pero si ya os conté toda la colección — respondió el anciano—, y me falta humor para inventarlos.

La noticia entristeció todos los semblantes. ¡Se habían acabado los cuentos del *tío Jenarón*!

— Pero hablaremos de otra cosa — prosiguió éste —. ¿Qué aprendisteis hoy en la escuela?

— Nos explicó el maestro—dijo el hijo de un rico labrador—la diversidad de cultivos que obtiene el hombre de la tierra.

— ¡Qué casualidad!—exclamó el hijo de un minero—. De eso mismo nos habló también nuestro maestro.

— ¿Y ninguno de los dos os ha explicado cómo aprendió el hombre a ser agricultor?—preguntó el anciano.

— No, señor; no, señor—contestaron todos a un tiempo y con entusiasmo, porque adivinaron que el *tío Jenarón* les contaría cómo había sucedido eso.

El *tío Jenarón* lo sabía todo, según ellos. Y lo cierto es que cuando no sabía una cosa la adivinaba.

Todos los muchachos se acercaron al anciano, sentándose en el suelo.

— Pues hace algunos miles de años—empezó diciendo el *tío Jenarón* en medio de un silencio de convento—,

el hombre no sabía cultivar la tierra, y sólo tomaba de ella algunos frutos que crecían silvestres. Entonces los hombres eran salvajes, andaban desnudos, vivían en cuevas o en muy toscas cabañas, y además de frutos silvestres buscaban para su alimentación caza y pesca.

— Eso ya lo sabíamos nosotros, *tío Jenarón*—dijo uno de los oyentes.

— Calla tú, *doña Sabiduría*, si no me callo yo—increpó el viejo.

— ¡Que te calles!—impusieron todos al interruptor.

Y el *tío Jenarón* continuó.

— Pues entonces, en un olvidado país había un árbol copudo que daba sombra a una roca. Entre dos gajos de una rama de ese árbol formó su nido una pareja de pequeños pajarillos, y en él criaron un polluelo. Cuando el hijo estuvo plumado, la madre le dijo un día: «Vamos. Ya tienes edad para ganarte el sustento sin ayuda de tus padres. A volar. Busca algo que te sirva de alimento; pero como te falta experiencia, deseo que me enseñes tu comida antes de nutrirte, no sea cosa que te envenenes o indigestes.»

»El pajarillo—continuó el viejo—tendió las alas al aire, y en un vuelo inseguro perdióse a lo lejos, con gran disgusto de la madre que no quería que se expusiera mucho a las flechas y las piedras de los hombres salvajes, porque comían los pájaros crudos.

»Y el tierno pájaro retardaba su regreso más de la cuenta a la casa paternal, por lo que la madre prorrumpió en desgarradoras pñadas de dolor: «¡Hijo mío, hijo mío!

¿Dónde estás? ¡Te he perdido para siempre! ¡Ay de mí!
¡Me lo habrán comido los hombres.»

»Pero nada malo había sucedido al pajarillo—siguió el tío *Jenarón* —, porque, al fin, llegó al nido, si bien fatigado, donde su madre lo recibió con las alas abiertas.

«A ver, ¿qué traes para alimento?» — preguntóle la pajarita, después que se hubo sosegado su corazón maternal.

»Y el hijo mostró en su pico un grano de trigo.

«Eso no sirve, hijo mío. Has perdido el tiempo —, explicóle la madre—porque ese grano de trigo sólo puede servir a otros pájaros mayores, ya que nosotros necesitaríamos partirlo, y no podemos. Arrójalo, que si intentas comerlo te ahogará.»

»Y el grano de trigo fué a caer sobre la roca, en un hoyuelo que estaba lleno de tierra blanda, como el polvo, entre la que se enterró.

»Pasó tiempo — continuó el anciano —, y de aquel puñado de tierra en la roca surgió una débil pero esbelta planta, que se desarrolló rápidamente, rematada con una especie de espiga, cuajada de granos como el arrojado por los pájaros, a los cuales llamó tanto la atención aquel suceso, que lo tuvieron por milagroso.

«Si nuestras bocas fuesen más grandes y más fuertes—se decían—habríamos descubierto la manera de tener siempre alimento cerca del nido, sin necesidad de ir muy lejos, con peligro de que nos maten los hombres.»

»Días después pasaron dos salvajes cerca de la peña, y sorprendidos de aquella rara planta que les parecía nacida en la propia roca, se quedaron admirados.



... pasaron dos salvajes cerca de la peña...

»Entonces los pájaros, desde el nido, empezaron a piar: «Ji..., ji... Es que la tierra da mil por uno; da mil por uno.»

»Los salvajes, que comprendían el idioma de los pájaros, creyendo que se burlaban de ellos, se pusieron tan furiosos que arrancaron la planta, destrozaron la espiga y tiraron los granos por el suelo, pisoteándolos después. ¡Así eran de ignorantes los hombres entonces!

»Sucedió luego — siguió diciendo el *tío Jenarón* — lo que tenía que suceder forzosamente: que cuando meses después volvieron a pasar por allí los dos salvajes, vieron, asombrados, que de la tierra habían brotado cien plantas iguales a la despedazada. Entonces se acordaron de la exclamación de los pájaros: «La tierra da mil por uno; da mil por uno.» Y comprendieron que ésa era la verdad.

»Los salvajes probaron unos granos y les gustaron. Iban a comérselos todos, cuando empezaron a discurrir, como hombres, que podían civilizarse, y aprovechando la enseñanza de los pájaros, sembraron una gran parte de los granos de trigo.

»Andando el tiempo efectuaron esta misma operación con otras semillas, hasta que llegaron a vivir de la agricultura, y se fueron civilizando.

»Ya sabéis — concluyó el *tío Jenarón* — cómo descubrió el hombre que la tierra devuelve mil granos por uno cuando se cultiva.»

IX

TRIUNFO DE UNA VOLUNTAD

A la vez que trabajador era también aquel un pueblo culto. La vida no se diferenciaba en el trato social de otras más grandes poblaciones. La rusticidad de los moradores en la aldea de las doce casas y una iglesia había desaparecido, como desapareció la forma primitiva del pueblo.

Por entonces fué inaugurada una calle más de casas para obreros, ocupadas por más trabajadores, que llegaron con sus familias a dar mayor rendimiento productivo a la mina y mayor número de habitantes al pueblo, el cual ya contaba cinco calles con ésa rápidamente edificada.

El negocio había producido buenas utilidades, y Rafael repartió entre los obreros una parte de las ganancias, que todos recibieron con sorpresa y agradecimiento.

Muchos emplearon las cantidades recibidas y algunos ahorrillos que guardaban en acciones de la Compañía minera, con lo que empezaron a participar de las ganancias de la mina, además de lo que les correspondía como producto del diario trabajo.

No podían dejar aquellos hombres trabajadores de vivir contentísimos. Al mismo tiempo, les importaba mucho que el pueblo donde vivían, donde sus hijos se educaban con esmero, donde probablemente pagarían a la tie-

rra el tributo de mortales, les importaba mucho que aquel pueblo se engrandeciera sin cesar. Y como uno de los mejores medios de progreso dependía de sus manos callosas y de sus corazones blandos, se entregaban a este empeño con ardor y alegría.

Pero aún le faltaba al pueblo algo que necesitan las villas para dejar de ser pueblos.

De eso se preocupaba Rafael.

En una Junta de la Compañía minera expuso la necesidad de instalar una fábrica de luz eléctrica, ya que el pueblo consumía una cantidad de luz suficiente para sostener la producción de ella. Y allí mismo la Compañía acordó destinar el capital necesario para esta nueva empresa, que, a la par que gran comodidad para el vecindario, proporcionaría un paso más en el engrandecimiento del pueblo y otro medio de ganancias a los accionistas.

Meses después en todos los hogares se arrinconaban palmatorias, candiles y quinqués, para alumbrarse con esa luz más clara y más limpia. Los faroles públicos, de fúnebre luz de aceite, fueron asimismo reemplazados por luces eléctricas, y el pueblo cobró de noche la alegría que se escapaba siempre que el sol desaparecía en el Poniente.

Rafael, que si estuvo atento a la conquista de la luz material, nunca se había descuidado en lo que a la luz intelectual se refiere, pensaba también en los medios de iluminar las inteligencias, cuando se le ocurrió algo parecido a lo efectuado por su padre, en ya lejana fecha, siendo aquél alcalde de la villa inmediata, donde Rafael tuvo su cuna.

La ilustración es tan necesaria como el trabajo a la vida progresiva de los pueblos, y con este pensamiento aplicado a la circunstancia de que el local del Casino resultaba pequeño, debido al crecimiento del pueblo, propuso a la Sociedad, en su calidad de presidente, la construcción de un edificio más grande y a la vez más hermoso, que él mismo se ofreció a levantar con su capital, y entregarlo a la institución por módica renta.

Fué aceptada la idea y llevada rápidamente a la realidad. Un año más tarde el Casino se trasladó a una casa soberbia, la mejor del pueblo, en la que se instalaron, entre otras dependencias para distracción y cultura de los socios, un salón con biblioteca, que fué muy concurrido; una sala de espectáculos, con su escenario, en el que alternaban alguna que otra compañía de teatro con algún profesor, traído de cuando en cuando para pronunciar alguna conferencia instructiva, y aulas para clases nocturnas, asistidas por los dos maestros y las dos maestras del pueblo, que fueron materialmente invadidas por los hombres y las mujeres que, durante el día, aprendían en el libro del trabajo.

Una mañana el maestro de la escuela sostenida por la Compañía minera para hijos de empleados y mineros, entró en el despacho de Rafael, siendo recibido por sorpresa, pero amablemente por éste.

— Vengo a solicitar un favor de usted, D. Rafael—empezó a decir el maestro—. Me han enterado de que la Compañía minera ha tomado el acuerdo de regalar al pueblo un parque, que se situará en el terreno yermo que

que hay próximo a la estación del ferrocarril, y yo deseo que los chicos de mi escuela sean los que lleven a cabo esa obra.

— Su amor a los muchachos, mi querido maestro—repuso Rafael sonriente—, le ha llevado a usted a forjar la ilusión de que ese parque puede ser tarea de niños.—Y mostrando al maestro un plano, continuó—: Pero este plano le dará a usted idea de que se trata de un empeño superior al de fuerzas infantiles.

— No son vanas mis ilusiones, D. Rafael — arguyó el educador —. Entre mis discípulos, aunque chiquillos todos, hay jardineros consumados. Lo que pido es obra que, bajo mi dirección y la de un jardinero experto, podrán ejecutar mis muchachos. No dude usted que donde sea preciso la mano de un hombre, cuatro o seis manos de muchacho suplen perfectamente.

— Sí, señor; comprendo que el argumento de usted además de nobilísimo es razonable — asintió Rafael —. En fin, yo no me opongo a su deseo. Al contrario, lo aplaudo muchísimo. Y en último caso, nada se pierde por hacer esa prueba. Lo que no puedan los muchachos lo harán los hombres.

— Mil gracias, D. Rafael—añadió el dómine—. Cuando el parque se haya concluído, tanto mis muchachos como yo veremos en esa obra un motivo de orgullo. Ellos apreciarán en él, cuando sean hombres, algo que les parecerá de ellos, y me recordarán a mí con cariño, después de muerto, por haber contribuído también al progreso de este pueblo que, si no es el mío, no le quiero menos.

Días después la obra de los albañiles quedaba terminada. Habían construído una acera en forma de cuadrilongo, que encerraba una gran extensión del terreno yermo inmediato a la estación del ferrocarril. En el centro montones de tierra, pedruscos esparcidos y algunos lugares con césped pisoteado, esperaban las manos infantiles que dieran belleza al lugar.

Y una tarde llegaron el maestro y el jardinero con un pequeño ejército, risueño, ufano, decidido, cual si marchara a la conquista de un mundo, al lugar destinado para parque. Dos carros se habían adelantado a esta curiosa comitiva, conductores de herramientas, plantas y semillas.

Antes de comenzar las tareas, el maestro arengó a los chicos de este modo:

«Ya sabéis cuál es nuestra misión aquí: construir un parque. La gente piensa que para esta empresa es imprescindible el brazo fornido de los hombres, y nosotros vamos a demostrar que las fuerzas de los muchachos unidas son capaces de realizar todo cuanto puedan hacer ellos.

»La tierra de este lugar, de triste aspecto ahora, espera con secreta alegría la obra de vuestras manos, para mostrarse a todos satisfecha y bella por medio de las flores, con sus colores lindos y aromas delicados. No olvidéis que las flores son la sonrisa de la tierra cultivada.

»¡Muchachos: manos a la obra!»

Un mes más tarde, el lugar de triste aspecto habíase convertido en un bonito parque. Un seto macizo de boj

limitaba el jardín por la parte interior de las aceras, con una entrada al centro de cada costado. Dos calles, en forma de cruz, con tiernos arbolitos en los bordes. Y en todas direcciones, diversos adornos de jardín, alternando con fino césped en rigurosa simetría. Nadie hubiera adivinado que aquello fuese obra de muchachos, pero los muchachos lo hicieron y ellos cuidaron el parque en adelante.

Ya nada le faltaba al pueblo para que tuviese todo el aspecto de villa, y para que lo fuera de verdad obtuvo por ese entonces el título de tal, concedido por el Gobierno, suceso que se celebró con grandes fiestas populares de un entusiasmo indescriptible.

Hasta el tío *Jenarón* salió a la calle ese día, rejuvenecido por el alborozo de su pecho, y recorrió el pueblo apoyado en brazos cariñosos. Y cada vez que encontraba uno de los viejos vecinos de la aldea con doce casas y una iglesia, le decía a voces: «Recuerda, recuerda las palabras del señorito: *convertiremos la aldea en villa...* ¡Y ahí la tienes!... ¡Ahí la tienes!... ¡Ja..., ja..., ja...! ¡Si parece cosa de magia! »

X

LA MONTAÑA

Dos meses más tarde, en el de abril, Asunción y Rafael daban motivo a que se agolpara el vecindario en la estación. Iban a emprender un viaje por las provincias

del litoral cantábrico en dirección de Francia, para después continuar por el extranjero la excursión veraniega.

A la juventud, la riqueza y la felicidad en el joven matrimonio, se juntaba la veneración que por ellos sentía todo el pueblo, para que la vida estuviese para ellos llena de encantos. La demostración de cariño, en este caso de la despedida, era una mezcla de entusiasmo y pena. Todos los vecinos lamentaban la ausencia de la bienhechora pareja, que se llevaba de la villa la principal causa de la alegría que en ella reinaba, puesto que sin ellos parecía que dominaban el silencio y la tristeza en todos los hogares.

También Rafael y Asunción sentían a un mismo tiempo la satisfacción del viaje de recreo que emprendían, y la pena de ausentarse del pueblo donde tenían los más caros afectos. Por eso, durante el viaje en dirección a Santander, no gozaron plenamente de la belleza y grandiosidad del paisaje costero. Les parecía muy grato, pero era mucho más de lo que les parecía. ¡Como que se trata de una de las partes más hermosas de España, rica y progresiva!

Llegaron a la capital de la Montaña, única provincia marítima de Castilla la Vieja, por lo que Santander tiene un aspecto propio y muy distinto del resto de la región. Es provincia más panorámica, más rica, y está más rejuvenecida por el progreso.

Pese a su antigüedad, Santander es una población joven, porque lo moderno ahogó lo antiguo, reducido a una barriada de pescadores y marineros. Todo lo demás

es nuevo, bello y esmeradamente limpio, pues Santander es de las poblaciones que saben no hay belleza sin limpieza.

Asunción y Rafael recogieron muy grata impresión de esa ciudad, situada al pie de una hermosa bahía, y en pendiente suave hasta un cordón de montañas que la defienden de las brusquedades atmosféricas. El espectáculo que ofrece Santander es encantador. A la vera de la bahía se extiende el paseo de Pereda, al pie del cual nace la ciudad, en una larga y elegante fila de edificios semejantes, cortada por las calles que avanzan hacia el centro de la urbe.

Pero el mayor encanto húbolo nuestra pareja en El Sardinero, precioso lugar inmediato a Santander, unido por medio de dos líneas de tranvía eléctrico. Lo delicioso de El Sardinero está en sus dos playas, de las más concurridas por bañistas de todas partes.

Frente a la playa mayor y en el centro de espaciosa terraza, álzase majestuoso el edificio destinado a Casino, que es el lugar de esparcimiento de los bañistas. Y al lado de esa playa y al centro de una reducida península, llamada de la Magdalena, muéstrase con primoroso aspecto el soberbio y elegante Palacio Real, donado a los soberanos D. Alfonso y D.^a Victoria por los santanderinos.

Tiene Santander muchos atractivos para el forastero, en sus calles, paseos, parques y plazas, embellecidos, como es usual en todos los pueblos cultos, con monumentos a sus hijos predilectos.

El último día de la estancia en Santander, Rafael recogió una impresión dolorosa, como para que no resultasen todas alegres. Fué en el puerto, ante un enorme buque cargado de españoles que partían con rumbo a América. Aquel cuadro de cientos de personas que decían adiós a la ciudad, agolpadas en una baranda del vapor, le trajo el recuerdo de su padre, cuando de igual manera había abandonado la patria, y en su rostro se dibujó una gran tristeza repentinamente.

— ¿Qué te pasa, que te has quedado tan triste y silencioso? — le preguntó su esposa.

— Que me inspira mucha lástima ese espectáculo — dijo Rafael, señalando al buque.

— ¡Pobre gente! — exclamó Asunción —. Se van a probar fortuna en América. Acaso encuentren allí la felicidad.

— Eso es lo que precisamente me apena — continuó Rafael —; que todos marcharán convencidos de que van a ser felices; todos creen que han de ser ricos, y no saben que la riqueza va con ellos, porque la mayor riqueza son la salud y las energías que tienen para trabajar, y para eso no es necesario marcharse de España, donde, además de vivir más felizmente, con el trabajo y el ahorro, pueden enriquecerse aquí los pocos que obtengan riquezas por allá. ¿Piensas tú, Asunción, que es preciso salir de España para hacer fortuna?

— No; porque en nuestra villa — dijo ella — hay algunos que se han enriquecido sin salir de allí. Pero como tú no puedes evitar que esos del buque se vayan a Amé-

rica, no es cosa de que te pongas tan apenado. No quiero verte así, Rafael.

— Es que me acuerdo de mi padre — arguyó él —, y pienso que si viera este cuadro, probablemente lloraría. Por él sé yo que esos emigrantes van a vivir por allá amargados y arrepentidos, casi todos, cuando les hiera el desengaño de la ilusión de fortuna que ahora los decide a dejar la patria.

XI

EL PAÍS VASCO

No salieron de la provincia santanderina sin visitar algunas otras poblaciones, como Laredo, Castro-Urdiales y Torrelavega, las dos primeras con puerto de mar e industria y comercio importantes, especialmente en pescado, y todas progresivas, merced a la riqueza agrícola, comercial y fabril de esa provincia.

Pero una comarca de florecimiento mucho más pujante iba a recibir a los viajeros, y era la provincia de Vizcaya, a cuya capital, Bilbao, llegaron una apacible tarde primaveral.

A Rafael esperábase allí una sorpresa. Suponía él que en las provincias vascongadas sucedía lo que en las catalanas: que se hablaría con preferencia al castellano el idioma propio de la región; pero advirtió pronto, no sin regocijo, que todo el mundo se expresaba corrientemente en castellano, por lo que no se sintió extranjero, cual

en Cataluña, ya que nada como un idioma común hermana más a los hombres por apartados que vivan.

Asunción experimentó una sorpresa de otra índole. Tanto había oído y leído de la importancia marítima de Bilbao, que se le figuró encontrar un gran puerto de mar. Y como la vista del mar en las poblaciones es siempre el aspecto más grato de ellas, Asunción mostró a Rafael en seguida deseos de pasear cerca de la bahía... Con lo cual provocó la risa de su esposo, quien hubo de explicarle que el mar distaba de Bilbao unos doce kilómetros, y que si Bilbao tenía comunicación marítima, lo debía a las condiciones navegables del río Nervión, que pasa por la ciudad, convirtiéndola en puerto de río, o de ría, pues que como ría se le consideraba.

Como efectivamente pudo ver Asunción que esto era así, cuando momentos después llegaron a uno de los muelles en la margen del Nervión. El aspecto de la rica y popular ciudad, en esta parte, agradó mucho más a Asunción que si el mar llegase hasta allí. Rafael también disfrutó del risueño panorama, que le recordaba el del Ebro, en Zaragoza, y el del Guadalquivir, en Sevilla; pero indudablemente, el aspecto del Nervión, en Bilbao, era más bello, porque como tiene por ambas márgenes los edificios alineados, este río toma el aspecto nuevo y agradable de una calle marítima, de un canal urbano.

Por la margen del río dieron un largo y muy entretenido paseo, que les permitió contemplar los cinco magníficos puentes, uno de ellos giratorio, que se abre en dos alas para permitir el paso a las embarcaciones;

puentes que unen el barrio antiguo de Bilbao con la parte nueva, por donde paseaban a la sazón, llamada el Ensanche.

Todo en esta magnífica ciudad atestiguaba a los viajeros el más intenso florecimiento, que la convirtió rápidamente en una de las urbes españolas más importantes y populosas. De no saber ellos esto, lo habrían adivinado ante el extraordinario número de grandes y modernos edificios, entre los que admiraron el de la Diputación provincial, con precioso escudo de la provincia en el frontis, de bronce y esmalte; el Palacio municipal, suntuoso y, como el anterior, regiamente instalado; el soberbio de la Escuela de Artes y Oficios, donde visitaron el Museo de Bellas Artes, con tres notables salas de arte moderno, en pintura y escultura, y otras muchas construcciones particulares o de Sociedades de arte y recreo, como las de El Sitio, la Bilbaína y la Sociedad Coral.

Y como la inmensa importancia minera, fabril y comercial de Bilbao, merced a la inagotable actividad de los vizcaínos, permite el derroche en obras útiles y bellas a la vez, no han descuidado en dotar a la gran ciudad de paseos, parques y jardines, que podrían servir de modelos a otras poblaciones, entre los que sobresalen el Paseo del Arenal.

Durante los días que los viajeros permanecieron en Bilbao, no se concretaron a contemplar y admirar las grandes muestras del florecimiento bilbaíno. Unas veces en tren, otras por carretera (pues Vizcaya tiene muchas

carreteras y de las mejores y más panorámicas de España), efectuaron algunas excursiones a otras poblaciones de la provincia.

Les agradó sobremanera Portugalete, donde Bilbao tiene un gran puerto, que le facilita un inmenso comercio con el extranjero, particularmente de mineral de hierro con Inglaterra. En Portugalete admiraron el atrevido y famoso puente colgante, por debajo del cual pasan los grandes buques, y que consiste en una elevada armazón de hierro, pendiente de la que, por medio de cables, atraviesa el río un transbordador que conduce viajeros, mercancías y hasta vehículos a la otra orilla, donde se extiende una pequeña, pero alegre, población, Las Arenas, con una hermosa playa, muy favorecida por los veraneantes.

También les resultó muy agradable la visita a Santurce, pintoresco pueblo, cuyos moradores viven especialmente de la pesca. Para ellos la principal fuente de vida, riqueza y progreso es el mar, como para otras poblaciones la agricultura y la industria; que lo importante es vivir y prosperar con el trabajo, sin el que no hay más que pobreza, tristeza y embrutecimiento.

En Vitoria, la capital de Álava, solamente dos días estuvieron Rafael y Asunción. No se trata de una gran ciudad con innumerables atractivos para los forasteros. Es de reducidos ámbitos y no muy agitado progreso; pero todo en ella parece moderno y bello, porque Vitoria es una población extremadamente limpia, con lo que, si los vitorianos careciesen de otras estimables cualidades y si

Vitoria no tuviese otros títulos y méritos, bastaría el apuntado para conquistar la simpatía de los visitantes.

Pero reúne la capital de Álava otras buenas cosas, pues en sus calles, bonitas, anchas y rectas, así como en sus parques y jardines, La Senda, El Prado y La Florida, se respira pulcritud y bienestar.

Tras breve viaje en tren, penetraron los excursionistas en la rica provincia de Navarra, hermana de las Vascongadas por el idioma regional, los usos y las costumbres. Llevaban el principal propósito de visitar la capital, Pamplona, en cuya ciudad, como en Vitoria, pudieron advertir en seguida que los navarros son también de los españoles más amantes del orden, la limpieza y la tranquilidad.

También Pamplona es de reducida extensión, pero muy atopadiza.

Vieron y admiraron cuanto de más sobresaliente encierra la ciudad. Estuvieron en la Catedral, edificada en el siglo XI y reconstruída en 1390 por el rey de Navarra Carlos III; es un templo bello sin suntuosidad, de estilo grecorromano, con un claustro de estilo gótico que es una maravilla.

Entre otros edificios públicos modernos les admiraron mucho la Diputación provincial, la Audiencia y el Ayuntamiento, en cuyo segundo piso contemplaron con placer la exquisita exposición de muebles, cuadros, instrumentos, alhajas y obras de arte, todo lo cual legó, a su muerte, aquel célebre violinista pamplonés, Sarasate, que tanta gloria conquistó para España en el mundo con su arte prodigioso.

Estuvieron además en el hermoso Teatro de Gayarre, que lleva el nombre de aquel celebradísimo cantante navarro que, con su voz maravillosa, también conquistó en el extranjero mucha fama para España; lo cual prueba que un sólo hombre puede honrar tanto o más a la patria con su saber o su arte como un ejército victorioso. ¿Ejemplos? Sarasate con su violín, y Gayarre con su garganta.

XII

GRANDEZA SOBRE ESCOMBROS

Acomodados en un departamento de primera clase, en el tren que se dirigía a Guipúzcoa, cruzaban por tierras fértiles y pintorescas de Navarra, deleitándose en la contemplación del paisaje, cuando trabó con ellos conversación un viajero inmediato que habían conocido en el hotel de Pamplona.

— ¿Conque van ustedes a San Sebastián? — preguntóles.

— Sí, señor — contestó Rafael —. Tenemos el propósito de pasar unos días en esa famosa ciudad, que es una de las pocas que no conozco de España.

— Pues bien vale el deseo de conocerla — argumentó el viajero —; porque es la población más bella de España y una de las más bellas del mundo.

— Por hermosa la tengo—dijo Rafael—; pero no creía mereciese tan grande elogio.

— Pues no exagero nada — prosiguió el otro —, y pronto lo verá usted. Además, San Sebastián es una población adorable, pues que ha demostrado que nada puede acabar con un pueblo fuerte que sabe convertir escombros en palacios. ¿No conocen ustedes la historia de San Sebastián?

— Algo sé de ella a través de lecturas — indicó Rafael —; pero ignoro los detalles.

— Pues San Sebastián data de muy remotos tiempos — comenzó a explicar el viajero —. Comenzó siendo un pueblo de pescadores, dedicados con especialidad a la ballena en el Cantábrico, y al bacalao en aguas de Terranova. Por su situación y florecimiento, después de descubierta América fué muy codiciada por otros países. Dos veces anexionó Francia esa provincia a su territorio por la fuerza; la última, cuando la invasión de España por las tropas de Napoleón, cuyo dominio duró desde el año de 1808 al de 1813. Entonces los ingleses y los portugueses, que habían venido en auxilio de España contra Francia, atacaron a San Sebastián, y después de destruir gran parte de la ciudad con un formidable bombardeo y de tomarla de los franceses, la convirtieron en cenizas con un incendio horroroso que no era necesario. De aquellos escombros empezó a surgir en mayores proporciones, con más rapidez y más belleza, la actual ciudad de San Sebastián, que se ha convertido en un siglo en una de las ciudades más preciosas del mundo, gracias también a la excepcionalmente encantadora situación que ocupa. No sólo es residencia, como usted sabe, de los reyes, la

Corte y gran parte de la aristocracia, durante el estio, sino que son también muchísimos los extranjeros que vienen a ella de temporada veraniega. Pero no van ustedes—indicó el viajero—en buena época a San Sebastián, porque hasta después de primavera son pocos los veraneantes que hay allí, y la ciudad conserva mucho todavía de su tranquilo aspecto invernal.

— Nos vemos obligados — dijo Rafael — a visitar ahora San Sebastián porque deseamos aprovechar el verano para hacer un viaje por el extranjero, que emprendemos dentro de breves días.

— Lo digo — continuó el otro — porque San Sebastián es bello y alegre en todo tiempo, pero tiene un cierto sello de tranquilidad que se borra y olvida completamente con el bullicio veraniego, que trae a la ciudad una continua fiesta de arte y deportes.

De la libreta de apuntaciones utilizada en sus viajes por Rafael, de la cual se han tomado muchas notas para componer este libro, transcribimos literalmente la descripción de San Sebastián, por no atrevernos a mejorarla. Dice así:

«Asunción y yo llegamos a la Perla del Cantábrico en los últimos días de abril.

»Tenía mucha razón un compañero de viaje cuando aseguraba que todavía no estaría San Sebastián agitado por el bullicio de la colonia bañista. Pero en cuanto a la ciudad en sí, no tenía menos razón para asegurar que es la más bella de España, pues yo no he visto nunca panorama tan lindo como el de esta población.

»Las vistas que presenta desde los montes de Urgull e Igueldo son superiores a cuanto pueda idearse. Estos dos montes están en la línea de la costa; y entre ellos pasa el mar, bañando la isla de Santa Clara, que sirve de rompeolas, a extenderse tierra adentro en un gran círculo, bordeado por la encantadora playa de San Sebastián, llamada La Concha, por tener exactamente esta figura, de lo que la ciudad ha tomado el nombre de Perla del Cantábrico.

»Si maravillosa es aquí la obra de la Naturaleza, el genio de los hombres también puso en ella muchos encantos.



... la isla de Santa Clara, que sirve de rompeolas...

»La playa, de las más hermosas que se conocen, de arena fina y suave oleaje, está bordeada por un precioso paseo, en alto y sombreado, en toda la extensión de La Concha, a manera de mirador. Por debajo de ella y al nivel de la playa corre una espaciosa galería, que sirve de refugio a los bañistas, deseosos de pasear a la sombra o de protegerse de la lluvia si los sorprende.

»Este conjunto está embellecido con un anfiteatro de palacios, situados al pie del paseo de La Concha, casi todos con primorosos jardines, entre amplias y muy

limpias calles, hermosas avenidas y parques encantadores.

»No recuerdo impresión más grata que el paseo en compañía de Asunción por el borde de La Concha, desde el Palacio Real de Miramar, casi en un extremo, cerca del monte Igueldo, hasta el Gran Casino, situado enfrente, al otro extremo, inmediato al puerto y no distante del monte Urgull, que está coronado por el vetusto castillo de la Mota.

»El Gran Casino es un majestuoso edificio, cuya principal fachada, sobre una gran terraza, está coronada en el centro por dos gallardos torreones. Es una aristocrática Sociedad, donde se encuentra cuanto puede apetecerse de comodidad y recreo. Frente al Gran Casino se extienden los primorosos jardines de Elderdi-Eder (nombre que, traducido del vascuence al castellano, quiere decir «hermoso sitio»), embellecidos con artístico y suntuoso monumento levantado en 1915 para conmemorar el centenario del resurgimiento de San Sebastián sobre las ruinas de su destrucción, y en cuyo monumento figura una estatua de la reina D.^a María Cristina, como gratitud por la protección que la ciudad le adeuda.

»En nuestros paseos por la bellísima ciudad, que parece residencia de príncipes y magnates, y lo es efectivamente en verano, hemos tenido ocasiones de admirar muchos edificios que son verdaderas joyas arquitectónicas, las cuales proclaman nuestra actual grandeza artística de España, y serán siempre admiradas a través de los siglos, como hoy admiramos todavía las de nuestros abuelos.

»Los palacios de la Diputación provincial y de Justicia son imponentes por la severidad de la arquitectura, y dan idea de la gravedad de los asuntos a que están destinados. El frontis del primero está ennoblecido con bustos de guipuzcoanos que son gloria de España: Oquendo, Legazpi, Elcano, Urdaneda y Lezo. Eso demuestra que San Sebastián, si es población amante de lo bello, no lo es por vanidad, ya que, a la vez, honra a sus hijos más ilustres; pues además Oquendo tiene una estatua, y el genial y malogrado músico Usandizaga fué inmortalizado no ha mucho tiempo con un precioso busto.

»Edificios suntuosos son también el Instituto, la iglesia del Buen Pastor, algunos otros templos y muchos palacios destinados a teatros, sociedades, hoteles, comercios y residencias de ricas familias.

»La última y no menos grata impresión de San Sebastián hubimosla en el monte llamado Ulía, desde cuya cumbre se divisa una gran extensión de esta rica provincia, otra mayor del mar Cantábrico y una pequeña parte de territorio francés. La ciudad, desde allí, ofrece un panorama de incomparable hermosura, superior aún al de los otros montes que forman la entrada de La Concha.

»Mañana saldremos para el extranjero. Estoy sintiendo no sólo salir de esta preciosa ciudad sino ausentarme de España. Pero deseo conocer lo que hay en otros países, para saber si es mejor o peor lo que tenemos los españoles.»

XIII

LA ALEGRÍA DE SER ESPAÑOL

El tren avanzaba raudo por tierra española.

Rafael y su esposa regresaban, por fin, a su casa tras largo recorrido por el extranjero. Habían viajado por la



El tren avanzaba raudo por tierra española.

elegante Francia, la bella Italia y la Alemania laboriosa. Sus corazones estaban satisfechos de las emociones recogidas bajo otros cielos. Sus ojos habían gozado el placer de la contemplación en cuanto encierran de más bello y admirable esas tres grandes naciones, si bien todo envuelto en un velo de tristeza, como consecuencia del luto y la miseria que les causó la guerra en que se destrozaron desde el año 1914 a 1918.

Vieron, sin embargo, en esos países cosas muy admirables; pero el viaje les sirvió para sentir más hondo cariño y más veneración por las cosas que hay en Espa-

ña. Y es que nada satisface tanto como lo de uno, y por eso todos los hombres sienten predilección por las cosas de su país.

Bien se advertía esto en las caras risueñas de Rafael y Asunción. Descubrían una especial dulzura de sus corazones. En tierra española no había ya distancias para ellos; les parecía que estaban en el jardín de su casa, y eso viene efectivamente a ser España: el jardín de las casas de los españoles.

Hablaban como dos chicuelos, y en verdad que sentían ese bienestar que experimentan los niños cuando se sientan en las rodillas maternas.

— ¡Mi España, mi España adorada! — decía Rafael.

— No hay país' como el nuestro, ¿verdad, Falo? — le preguntaba amorosamente Asunción.

— Ni parecido — le respondía él —. Hasta el aire que se respira es más agradable. La alegría más grande de mi vida es la alegría de ser español.

— Alegría y orgullo — indicó su esposa.

— El orgullo cabe — indicó él — cuando se tiene la satisfacción de haber cumplido todos los deberes de español.

— Pues tú — añadió ella — los has cumplido admirablemente. ¿No vamos ahora a una villa, que podemos llamar nuestro pueblo, que es creación tuya?

— ¡Cómo me quieren y veneran allí! ¿Verdad?

— Y no hacen nada de más, porque te lo deben todo — propuso Asunción.

— Hice lo que pude; no hay milagro en eso — opuso él modestamente.



— Pero otros muchos españoles podrían hacer lo mismo que tú — argumentó ella — y no lo hacen.

— Lo que más siento — indicó Rafael, poniéndose triste — es que no viva mi padre, para que pudiera ver que he cumplido la promesa que le di de ayudar al engrandecimiento de España. Pero, en fin, me contentaré con el agradecimiento y el cariño de nuestro pueblo, pues nosotros no podemos decir nuestro a otro con más motivo que a éste. Mañana por la noche estará materialmente invadida la estación por todo el vecindario, ansioso de que lleguemos.

¿Que si estaría ansioso? Mucho más. Era ya un frenesí rayano en locura el deseo de que llegaran los viajeros. Y el pueblo tenía preparada una sorpresa para Rafael, que le obligaría a frotarse los ojos para convencerse de si no se trataba de un sueño. Por su pensamiento no hubiera cruzado en toda su vida la idea de la sorpresa que le esperaba.

Cosa extraordinaria sería cuando todo el pueblo, ricos y pobres, hombres y niños, contribuía a preparársela. El proyecto se agitó apenas se había ausentado de la villa Rafael, en su viaje de recreo, emprendido ocho meses antes. Parecía como si la vida de todos dependiera de la ejecución de aquel propósito.

Todos los vecinos vaciaban los bolsillos con entusiasmo, mientras se decían en voz baja el proyecto, como temerosos de que el aire llevara las palabras a los oídos de Rafael.

Era noche cerrada cuando éste descendió del tren,

entre clamorosos vítores de una apiñada multitud que llenaba el andén de la estación.

— Por aquí, D. Rafael; vamos por aquí, que está mejor el piso — dijeron dos o tres vecinos señalando al parque. Rafael y Asunción, seguidos de una muchedumbre,



... un elegante monumento...

entraron en el parque, el cual les servía también de camino hacia su casa.

¿Qué vieron de pronto? Multitud de lucecillas eléctricas, pendientes de alambres, en el centro del parque, y debajo un bulto enorme, oculto entre cortinas de sacos.

— ¿Qué es eso? — preguntó Rafael.

Y en ese mismo instante los sacos vinieron al suelo, dejando al descubierto un elegante monumento, rematado por un busto de bronce, mientras la multitud prorrumplía en clamorosos vivas a D. Rafael, y unas niñas vaciaban al pie del pedestal unas canastillas de flores.

En el monumento se leía :

A

DON RAFAEL PÉREZ,
FUNDADOR DE ESTA VILLA,
GRAN CIUDADANO Y GRAN PATRIOTA,
EL PUEBLO QUE LE AMA Y VENERA
1922

Rafael no pudo articular palabra. Le ahogaba la emoción. A sus ojos, por fin, afluyeron las lágrimas; porque las penas y las alegrías muy hondas se confunden en el corazón y causan llanto.

Su esposa se abrazó a él, también con los ojos bañados en lágrimas, mientras le decía: «Eso es la alegría de ser español...»

Madrid, invierno de 1923.

FIN

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

	<u>Páginas</u>
I. — La recompensa.....	9
II. — Una pequeña tragedia.....	12
III. — Quién era el <i>Andalucito</i>	18
IV. — En la aldea.....	24
V. — El chico extranjero.....	29
VI. — Madre y patria.....	33
VII. — La carrera de Rafael.....	36
VIII. — La patria de lejos y de cerca.....	39
IX. — Lo que fué España.....	43
X. — El hogar grande.....	50
XI. — El trabajo enaltece.....	53
XII. — Los libros.....	57
XIII. — Primer sueldo y ascenso.....	64
XIV. — Un gracioso pleito.....	69
XV. — El idioma.....	73
XVI. — Los méritos personales.....	77
XVII. — Justicia.....	82
XVIII. — De villa a ciudad.....	85
XIX. — El dolor de los animales.....	92
XX. — A viajar por España.....	96

SEGUNDA PARTE

I. — De Asturias a Castilla.....	103
II. — La grandeza de Castilla.....	110
III. — Los árboles.....	116
IV. — Impresiones madrileñas.....	121

	<u>Páginas</u>
V. — La guerra.....	126
VI. — De asombro en asombro.....	129
VII. — El lazarillo manchego.....	135
VIII. — Zaragoza, la bella y heroica.....	141
IX. — Barcelona.....	145
X. — El héroe.....	149
XI. — El paraíso valenciano.....	154
XII. — En tierra andaluza.....	160
XIII. — La ciudad flotante.....	165
XIV. — Las Afortunadas.....	171
XV. — El sueño.....	175
XVI. — A través de Andalucía.....	182
XVII. — El palacio encantado.....	186
XVIII. — De Granada a Córdoba.....	190
XIX. — El reino de la alegría.....	196
XX. — De remendón a millonario.....	202
XXI. — Voluntad y estudio.....	207
XXII. — El regreso.....	215

TERCERA PARTE

I. — El tío Jenarón.....	221
II. — La fuente del progreso.....	226
III. — Conmovedora escena.....	229
IV. — Una colmena humana.....	235
V. — Galicia, la calumniada.....	239
VI. — Más de Galicia.....	244
VII. — La mina de hierro.....	249
VIII. — Historieta maravillosa.....	254
IX. — Triunfo de una voluntad.....	260
X. — La Montaña.....	265
XI. — El país vasco.....	269
XII. — Grandeza sobre escombros.....	274
XIII. — La alegría de ser español.....	280





